

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del 12º Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento





CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Consejero presidente: Mario Velázquez Miranda

Consejeras y consejeros electorales: Myriam Alarcón Reyes
Carolina del Ángel Cruz
Yuri Gabriel Beltrán Miranda
Mauricio Huesca Rodríguez
Bernardo Valle Monroy
Gabriela Williams Salazar

Secretario ejecutivo: Rubén Geraldo Venegas

Representantes de los partidos políticos ante el Consejo General

Partido Acción Nacional: Diego Orlando Garrido López, propietario
Alberto Efraín García Corona, suplente

Partido Revolucionario Institucional: René Muñoz Vázquez, propietario
Víctor Manuel Camarena Meixueiro, suplente

Partido de la Revolución Democrática: Roberto López Suárez, propietario
José Antonio Alemán García, suplente

Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú, propietario
Benjamín Jiménez Melo, suplente

Partido Verde Ecologista de México: Yuri Pavón Romero, propietario
Zuly Fera Valencia, suplente

Movimiento Ciudadano: Armando de Jesús Levy Aguirre, propietario
Hugo Mauricio Calderón Arriaga, suplente

Nueva Alianza: Lorena Morales Sandoval, propietaria
Ramón Alfredo Sánchez Zepeda, suplente

Morena: José Agustín Ortiz Pinchetti, propietario
Juan Romero Tenorio, suplente

Encuentro Social: Inocencio Juvencio Hernández Hernández, propietario
Guadalupe Campos Jordán, suplente

Diputadas y diputados invitados permanentes de los grupos parlamentarios del Congreso de la Ciudad de México

Partido Acción Nacional: Diego Orlando Garrido López
Jorge Triana Tena

Partido Revolucionario Institucional: Armando Tonatiuh González Case

Partido de la Revolución Democrática: Valentín Maldonado Salgado

Partido del Trabajo: Circe Camacho Bastida

Partido Verde Ecologista de México: Teresa Ramos Arreola
Alessandra Rojo de la Vega Piccolo

Morena: Donají Ofelia Olivera Reyes



Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del 12° Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento

CIUDAD DE MÉXICO • 2018



DIRECCIÓN EJECUTIVA DE EDUCACIÓN CÍVICA Y CONSTRUCCIÓN DE CIUDADANÍA
Gustavo Uribe Robles, director ejecutivo

Autores

Ximena Lizeth Cruz Rosas, Io Marin Ruiz Canelo, José Daniel Hernández Márquez, Luis Felipe Aguilar Olguín, Andrea Vívar Olvera, Jesús Armando Jiménez Martínez, Korinthya Atzhanett Chaparro Salgado, Jacob Vázquez Cruz, Ana Jimena Valencia Cosme, Miranda Paola Dávila Lumbreras, Carolina Rivera Ramos, Adolfo Enrique Guayara Aponte, Osiris Nahomí Núñez Barbeyto, Illariq Aimeé Peña Poblano y Sergio Alejandro Ramos Sandoval.

Jurado calificador

Coordinadoras: Roxanna Erdman, Gabriela Vanessa Damián Miravete y María del Mar Argüelles San Millán
Integrantes del jurado: Adriana Ruiz Velasco, Alan David Gutiérrez Aguirre, Cristina Hid Arida, Daniela Herrera Pelayo, Gisela Santibáñez Calderón, Isabel Poitevin Chacón, Larissa Moncayo González, Mireya Martínez Tamayo, Octavio Laborie Arriola y Sarah Gajón Anaya

Edición

Supervisión: José Luis García Torres Pineda, jefe del Departamento de Diseño y Edición
Diseño y formación: Kythzia Cañas Villamar, analista diseñadora
Corrección de estilo: Fabián Augusto Torres Macías, supervisor de grupo "B"
Ilustración: Salvador Rojo Flores

Primera edición, noviembre de 2017

ISBN: 978-607-8605-10-1

D.R. © Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, Tlalpan,
14386, Ciudad de México

www.iecm.mx

Impreso y hecho en México.
Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores(as).
Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

Índice

Segunda categoría (De 12 a 14 años)

Saliendo adelante 9
Ximena Lizeth Cruz Rosas

Descansa en paz, héroe de los niños 25
Io Marin Ruiz Canelo

Diez Niños en La Sala Mayor 37
José Daniel Hernández Márquez

Menciones honoríficas de la segunda categoría

Ensayo y error 53
Luis Felipe Aguilar Olguín

Giro de 180° 63
Andrea Vivar Olvera

El niño Juanjo 71
Jesús Armando Jiménez Martínez

Maricela de San Cristobal de las Casas 77
Korinthya Atzhanett Chaparro Salgado

Sin familia 81
Jacob Vázquez Cruz

Como un sueño 87
Ana Jimena Valencia Cosme

El fantasma negro 95
Miranda Paola Dávila Lumbreras

Tercera categoría
(De 15 a 17 años)

**¿Ayer fue realmente ayer?, ¿hoy fue del todo hoy?,
y ¿mañana...?** 103
Carolina Rivera Ramos

El derecho a la realidad 119
Adolfo Enrique Guayara Aponte

La historia de seis pueblos 131
Osiris Nahomi Núñez Barbeyto

Menciones honoríficas de la tercera categoría

¿Y qué ganas tú? 147
Illariq Aimeé Peña Poblano

El Niño 161
Sergio Alejandro Ramos Sandoval



Segunda categoría

(De 12 a 14 años)



Primer lugar

Saliendo adelante

Ximena Lizeth Cruz Rosas



Mi nombre es Pablo, pero todos me dicen *Conejo*. Tengo 11 años. Bueno, no puedo decir que no estoy a gusto con la vida que estoy llevando hasta ahora; sé que no es la mejor, ¡pero, vamos! El día de hoy encontré un llavero de pepsi en la basura. ¡Wow! Hace mucho que no me encontraba uno.

Vivo en la Central de Abastos. Venden de todo y, desde que yo era muy *morrillo*, me enseñaron a cargar los *huacales* donde venía toda la mercancía. Me llevaba los diablitos de un lado para el otro, cargados de mariscos, de fruta... ¡de lo que fuera! Y de *premio* me daban un poco de lo que llevaban para comer: una torta, media naranja, un poco de arroz, una cabeza de pescado... Yo ni siquiera me detenía a observar lo que aquellos hombres me daban, excepto cuando era una *morralla*; ahí sí importaba, porque mi paga era de 30 varos.

Al salir de la *chamba* me voy a casa con mis *jefes* y mi hermana para llevar la comida. Debajo de un puentecito hay un local clausurado; levanto la cortina y ahí está mi casa. Tenemos una estufa eléctrica, dos colchonetas para dormir, una mesita de madera y un sillón medio gastado; mi hermana le saca el relleno y mi madre le pone un *estate quieto* tremendo. Yo me entrometo para que no la golpee y me va peor. Mi *apá* se queda mirando la escena con una *caguama* en la mano (siempre se gasta el dinero que traigo en alcohol). Mi madre no puede golpearme fuerte porque mi padre le dejó morado el ojo y un brazo hinchado, así que por fin él se levanta, empuja a mi *amá*

para que se aleje y saca su cinturón. Ustedes ya saben que cuando un padre saca aquella arma de su cintura, no es para dar unos besitos.

Al día siguiente la rutina es la misma, solo que hoy don Felipe me dio dos piernas de pollo rostizado y mi hermana dejó en paz el pobre sillón. Hoy no tenía hambre y decidí salir un rato con el *Pollo*, el hijo del *Güero*, que vende ostiones, camarones y pulpo. *Pollo* tiene mi edad, pero su papá lo deja salir de la central; de hecho, ellos viven afuera y él va a la escuela.

Creo que a *Pollo* le va mejor que a mí. No recuerdo cuando fue la última vez que salí; además, no puedo dejar a mi mamá ni a mi hermana solas con mi papá cuando él esta borracho.

—Pollo, ¿por qué ir a la escuela *carnal*? —pregunte riéndome. —No tiene importancia si hay algo para *tragar* todos los días. No tiene caso si yo ya se hablar y despachar a la clientela con sus diablitos.

—*Conejo*: no solo se enseña a hablar. Se enseña a sumar, a restar, a conocer y a saber qué es lo que quieres ser de grande. ¿O qué? ¿Aca-so siempre dirigirás diablitos con alimentos toda tu vida para recibir un poco de pan para ti y tu familia?

Me quede pensativo. —La *neta* no había pensado en ser otra cosa.

Me despedí de *Pollo* y paseé un rato por los puestos, pensando en lo que había hablado con él y de repente, como por arte de magia, llegó la idea a mi cabeza.

Corrí lo más rápido que pude hacia mi casa y decidí decirle a mi mamá.

—Jefa.

—¿Qué quieres, *mijo*? —mi madre estaba cambiando a mi hermana. Ya le cuesta trabajo, porque con mi otro hermano que ella lleva dentro y los golpes de mi padre, se ha hecho más lenta.

—Quería decirte... bueno, quiero decirte algo muy importante.

—¡Bueno, habla ya, chamaco!

—¡Ya voy, ya voy! Bien, yo intento traer el dinero a la casa y algo de comida y no creo que siempre sea así. O sea, podría ayudar a traer más dinero si me latiera estudiar de otra cosa y...

Fui interrumpido.

Era mi papá. No lo vi cuando llegué, ya estaba briago y decidí callar.

—¿Qué dijiste, *escuincle*? ¿estudiar? —después de que dijo eso, empezó a reír descontroladamente —¿De qué te va a servir la escuela? ¡También yo apoyo a esta casa, Pablo! ¡¿Quién te ha metido la idea del estudio?! ¿Acaso piensas que tengo dinero para útiles?, ¿uniformes?, ¿tareas? No, no, no, Pablito. Tú te vas a quedar aquí y seguirás haciendo lo que has hecho hasta ahora, si no quieres que te rompa el *hocico*.

—Viejo, tu hijo sólo está contándote lo que le gustaría hacer y... —ahora mi madre fue interrumpida.

—¡Cállate, mujer!

Lo único que mi padre me ha dado son decepciones. Pero esta vez, de verdad quería estudiar, salir adelante, igual que *Pollo*, así que no me importó lo que él dijo, yo lo iba a cumplir...

Al día siguiente, salí más temprano que de costumbre, hice lo que debía y después salí co-

rriendo con *Pollo*. Le conté mi idea y lo que pensaba mi papá.

—Bien. Sólo te prestaré uno de mis uniformes para que pases de improviso.

—Gracias, *Pollo*. Eres mi mejor amigo.

—No agradezcas, *carnal*.

Al llegar a la escuela, me saludaron como un compañero normal. Me sentía nuevo: me desconecté de lo poco que conocía; todo era una locura. Me perdí entre tantas cosas nuevas.

Había tantos salones. Ya estaba ansioso por aprender, no había nada que esperar. Mi pequeña vida se empezaba a hacer grande.

—¡Oye, *Conejo*! —me llamó *Pollo* para dirigirme a su salón de clases, donde ya había bastantes niños. —¡Escúchenme! Él es Pablo, nunca ha venido a la escuela. No es malo, solo manténganse en silencio.

—¿Y si lo descubren? —gritó alguien a lo lejos.

—Bueno. Si es así, le explicare a la profesora.

Bien. Era hora, no había vuelta atrás; los pupitres estaban por parejas, así que me senté con la única persona que yo conocía en ese momento: *Pollo*.

La profesora entro al salón llena de alegría:

—Buenos días, alumnos. Por favor saquen su cuaderno de Formación Cívica y Ética. Pasaré lista.

—¡Va a pasar lista! —me cuchicheó *Pollo*.

—¡Agáchate, *güey*!

—Señor Álvarez ¿hay algún problema? —dijo la maestra dirigiéndose a *Pollo*.

—Para nada, profesora. Todo está bien. —dijo *Pollo* con nervios.

—Bueno, comencemos con la clase. Este día hablaremos de los derechos de los niños y las niñas.

—Ya levántate, *Conejo*.

La maestra nos explicó que las personas adultas, e incluso niños como nosotros, sufren diariamente violaciones en sus derechos, causándoles depresión, problemas psicológicos o incluso llegan a ser privados de su libertad.

—Un derecho muy importante es el derecho a tener educación —dijo ella mientras escribía en el pizarrón. —El 20 de noviembre es el día internacional de los derechos del niño.

—*Pollo*, entonces ¿al no dejarme venir a la escuela...?

—Sí, *Conejo*. Están violando tus derechos.

—Asimismo, queridos alumnos, hay varias maneras en las que son violados sus derechos; por ejemplo, el maltrato físico, como golpes, bofetadas, pellizcos o el acoso escolar, que es cuando te burlas de alguno de tus compañeros; el acoso, también se conoce como *bullying*; y otro muy importante es el privarte de tus estudios, el ponerte a trabajar a una edad muy corta, el no permitirte ir a la escuela para que obtengas tu aprendizaje.

—No *manches*, yo no debería trabajar —pensé.

¡¡¡¡¡R!!NG!!!!

Sonó una chicharra.

—¡Es el recreo, *Conejo*!

—¿Qué *transa*? ¿Recreo? —honestamente yo me imaginaba un baile.

—Sí, *güey*. Son 30 minutos para comer y jugar fútbol... bueno, los niños. ¡Córrele, *Conejo* para que nos toque en el primer tiempo! —me fui corriendo y ahí estaban otros *compas* de *Pollo*.

—¿Qué *transa*, *Pollo*? ¿No nos presentas a tu amigo?

—Claro, Toño. Él es Pablo, pero le dicen el Conejo. ¡Es a todo dar!

—¡Bien! ¿Quieren jugar en el primer turno?

—¡Clarinetes! ¡Juguemos!

Tal vez yo soy un *morro* de poco mundo, pero el fútbol lo traigo en mi cuerpo por ley. ¡Esos 15 minutos fueron los mejores! Sudé, metí un gol y, aunque ellos no me conocían, me abrazaban y me aclamaban. La escuela era genial.

Jugué el segundo tiempo también. *Pollo* me abrazaba. Gracias a él estoy aquí.

—¡Oye, Conejo de las praderas! ¿Qué tal te la estás pasando?

—¡De pelos! —contesté feliz.

¡¡¡¡¡R!!NG!!!!

—¿Y ahora a donde hay que ir, *Pollo*?

—¿Cómo que a dónde? ¡Pues al salón otra vez!

Al dirigirme al salón, la maestra estaba detrás de mí y, cuando volteé la mirada, ¡me vio!

—¡Oye! ¡Niño! —ella me alcanzó y me tomó del brazo. Ya todos habían entrado al salón. En ese momento *Pollo* salió a salvarme.

—¡Profesora, yo puedo explicarle!

—¿Explicarme qué? ¿Quién es este niño? —la maestra estaba confundida, así que abrí la boca.

—Profesora: soy Pablo, y es el primer día que vengo a la escuela.

—Muy bien... ¿y porque la directora no me aviso absolutamente nada? ¿Por qué tu no me avisaste que eres de nuevo ingreso?

—Es que ese es el problema, de verdad es su primer día de escuela, pero de toda su vida, profesora —dijo *Pollo*.

En cuanto escuchó eso, la mirada de la profesora se transformó. Era un rostro con lástima e intriga

—¿Pero por qué?

Le explique toda mi situación de principio a fin. No me gusta mentir.

—Bueno. Tu situación es complicada, Pablo, ya que son demasiados trámites legales. Y si tus papás no te han atendido bien desde antes, puede que ellos también estén en problemas.

—¿Y qué puedo hacer?

—Convencer a tus papás de que te dejen venir a la escuela. Sólo necesitas acta de nacimiento, tu CURP, tal vez te falte uno que otro papel, pero de eso yo me arreglo con la directora.

La maestra se fue un momento y después regresó con la directora.

—Podemos hacer una excepción con la cartilla de vacunación y las boletas anteriores, pero el examen médico no debe faltar.

—Gracias, directora —mencioné antes de que se fuera.

Al salir de la escuela, yo caminaba con *Pollo* cuando alguien me tomo del brazo.

—¡TE DIJE QUE SI TE VEÍA AQUÍ TE IBA A IR MAL! —jera mi papá! *Pollo* me tomó del brazo antes de que me pegara.

—¡Vámonos, *Conejo*! —salimos corriendo rápidamente.

—¡Niños! ¡Por aquí! —jera la maestra en su carro! —¡Suban!

Hicimos lo que nos pidió, volteamos por la ventana y vimos como mi papa se alejaba furioso.

—Pablo, ¿siempre tu papa es violento?

—Sí, profesora. No nada más conmigo, con mi *jefa* y con mi hermana —la maestra me observaba desde el espejo.

—Justo de esto hablamos la clase de hoy. Ni tú, ni tu madre y hermana deben sufrir el maltrato. Tu padre puede tener serios problemas.

—Profesora, ésta es mi casa. ¿Vienes Pablo? —dijo *Pollo*.

—¡Claro! —dije emocionado.

—No, no, no. Pablo y yo debemos arreglar unos asuntitos. —mencionó la profesora. Yo la miré con extrañeza.

—Como quiera la profesora, ¡Adiós, Pablo! Mañana paso por ti para ir a la escuela.

—¡Sí! ¡Adiós, *Pollo*! —luego que él se fue, voltee a ver nuevamente a la maestra —¿Cómo que asuntitos?

—Bueno, te iré a hacer un examen médico ¡y espero verte mañana en clases! —en cuanto la profesora dijo eso, sonreí. ¡De verdad iría a la escuela!

Cuando llegamos con la doctora, me revisó mi peso, mi estatura, mis alergias.

Al terminar, me dio una paletita y mencionó:

—Bueno, es un niño fuerte, pero está bajo de peso. Habrá que alimentarse mejor —mientras la doctora decía eso, la maestra volvía a hacer su cara de lastima.

Salimos del consultorio y la profesora dijo:

—El otro *asuntito* es que me acompañaras a mi casa y comeremos una deliciosa pechuga rellena y pasta ¿te parece?

No contesté de inmediato. De verdad, no entendía por qué alguien que no conocía estaba siendo buena conmigo.

—¿Por qué me ayuda?

—Porque es lo que necesitas: ayuda, conocer otra gente, salir adelante. Así que sube al auto, porque esas pechugas no se preparan solas.

En cuanto dijo eso, empecé a reírme. Llegamos a su casa, era linda, y empezamos a cocinar. Me lavé las manos, me enseñó a empanizar y a rellenar las pechugas mientras ella hacía la pasta. Cuando terminamos, nos sentamos en su comedor, yo puse los platos y ella sirvió la comida. Jamás me la había pasado tan *chido* en mi vida.

Me despedí de ella y le agradecí la ayuda. La maestra quería llevarme a casa, pero me negué.

Regresé a casa, debajo de un puentecito, en un local clausurado y vaya sorpresa que me encontré.

—Pasa, hijo —no puede ser. Era mi papá, estaba tomado, y en una esquina mi mamá abrazaba a mi hermana muy fuerte, sabía lo que significaba. —¿Qué te dije, Pablo?

—¡Hice lo que me dijiste! ¡Salí a trabajar como todas las mañanas, aunque yo no debo hacerlo! ¡Traje dinero que deberías gastar en darle de comer a mi mamá, que está embarazada, y a mi hermana, no en tu alcohol!

Después de decir esto, el golpe no fue con el cinturón, ni con un cable o con una chancla; golpeó mi cara con su puño.

Desperté en mi cama. Mi mamá me limpiaba con un trapo mojado mi cara, me dolía todo.

—Mamá —dije suavemente.

—¡Shhhh! —me ordenó silencio y acarició mi cabello. Mi padre no estaba.

—Salió por su alcohol como bien dijiste, después de que cayeras al suelo, se dio la vuelta y se fue.

Con trabajos alcance a decir:

—No voy a seguir trabajando por él —mi madre solo volteo a verme y me dijo:

—Lo sé, y está bien, pero sólo está bien para ti, *mijo*. —sé que mi *jefa* se refería a que, si yo no trabajo por ella y mi hermana, mi papá tampoco, y ella no puede sola por él bebe.

Al día siguiente escuché la voz de *Pollo* gritando que ya era hora, pero no respondí. Yo ansiaba con todas mis ganas salir de mi casa y volver al nuevo mundo, pero mi cuerpo me dolía por los golpes y mi madre no puede sola con todo.

Un rato más tarde me paré como pude de mi cama, me vestí y salí a trabajar. Por suerte, recibí 90 pesos de tres encargos que tuve y varios, al verme todo golpeado, me dieron algo de comer. En la basura encontré otro llavero de pepsi para mi colección.

Regresé a mi casa y ahí estaba mi mamá, llorando. Le di el dinero y algo de la comida que me sobró, se limpió las lágrimas.

—Hola, hijo. ¿Cómo te fue?

No conteste. Me dolía todo; me sentía mal porque yo no quería estar en mi casa; me sentía mal porque mi papá se había salido con la suya. Así que sólo me fui a la cama.

¡PUM! ¡PUM! ¡PUM!

Estaban tocando, así que abrí la puerta

—Hola, mucho gusto. Somos la SSP y buscamos al padre de Pablo.

—¡Soy yo! ¿Qué? ¿Ya soy famoso o qué?

—No, señor. Debo informarle que acaban de procesar una denuncia por violencia hacia la mujer y puede ganar hasta 15 años de prisión dependiendo de la gravedad, tiene que acompañarnos.

Mi padre empezó a gritar, pero no pude hacer nada. Mi madre se acercó a mí y me abrazó. Ella tampoco tenía por qué defender a mi padre.

—¡Pablo!

—¡Maestra! —la vi, emocionado.

—Sí, Pablo, soy yo. *Pollo* me dijo donde vivías y... ¡qué te paso en el rostro!. Me da gusto que ahora estén más seguros sin tu padre.

—¿Fue usted?

—Sí, Pablo. También las mujeres tenemos derechos y los suyos también deben ser respetados.

—¡Muchas gracias, maestra!

—¡*Conejo*! —escuché a lo lejos que alguien gritaba.

—¡*Pollo*! —corrí a abrazarlo.

—¿Y ahora? ¿Van a meter al *corralón* a tu papá?

—No lo sé, *Pollo*, pero también va a tener sanciones por violar mis derechos ¿no?

—Claro que sí, Pablo. Eso lo ven los jueces en la declaración —dijo mi maestra.

La maestra platicó con mi mamá sobre mi interés en los estudios y mi mamá la apoyo. Entregó los papeles y me inscribió a la escuela.

Al día siguiente, mi mamá nos llevó a mi hermana y a mí con gusto a la escuela.

—Hijo...

—¿Qué pasa, *amá*?

—Pues quiero pedirte una disculpa. Yo pude frenar esta situación desde mucho antes y no lo hacía por miedo a tu padre. Yo también te privé de tus derechos y te causé un mal. Espero que me disculpes de corazón.

Cuando mi mamá menciona estas palabras, se escurrieron lágrimas de mis ojos.

—No te preocupes, mamá. Te amo y lo haré siempre, no importa el pasado.

La abracé como nunca lo había hecho. Me dirigí al salón de clases y vi que la profesora hablaba con mi mamá, al verla se notaba muy feliz.

Esta vez, hablamos sobre cómo evitar que las personas violen nuestros derechos, algunos son:

- ◆ Derecho a la familia: una familia que nos ame, nos respete, y nos brinde de las cosas necesarias para vivir (techo, comida)
- ◆ Derecho a tener educación: debe ser laica y gratuita.
- ◆ Derecho a no ser maltratados: no debemos ser maltratados ni física ni verbalmente.

Al llegar de la escuela, no estaban las cosas en el local donde vivo. En lugar de eso, sólo estaba mi mamá y mi hermana sonrientes

—¿Y ahora que pasa?

—Algo que te va a alegrar mucho, *mijo*.

—¿Qué ocurre?

—Bueno, pues tu maestra habló conmigo en la mañana y nos dijo sobre un departamento que estaba dando en venta desde hace mucho tiempo ¡y nos permitió quedarnos ahí! Más adelante cuando yo pueda trabajar, nos daría una renta aceptable.

—¡No puede ser!

—¡Sí, hijo! ¡Nos vamos de aquí!

Mi mamá, sin importarle su bebé, empezó a saltar de felicidad conmigo y mi hermana.

La denuncia en contra de mi papá fue procesada y mi mamá asiste puntual a las audiencias.

Tres días después mi mamá dio a luz, fue un niño y lo llamo Fabián. Yo asisto a la escuela normalmente y mi hermana también ingresó a primero de primaria.

Pollo y yo nos metimos en el equipo oficial de fútbol que organizaba el profesor de Educación Física.

Mi mamá trabaja en una estética y al fin llevamos una buena vida como una familia unida que dejó de tener miedo de aquellas personas que nos hacen daño. Gracias a la información de la profesora, sabemos cuáles son nuestros derechos, las maneras en las que pueden ser violados y las instituciones que los protegen, tanto nacional como internacionalmente.

—Y bien, *Conejo* ¿Qué te gustaría ser de grande?

—Creo que aún no lo sé, ¿y tú, *Pollo*?

—Quisiera ser un astronauta. Pero, pensándolo bien, creo que un biólogo marino estaría perfecto: ver a los animales acuáticos, ayudar a evitar su extinción... Sí, eso me gustaría ser de grande.

—¡Wow! Pensándolo bien me gustaría ser abogado, porque de esa manera me gustaría ayudar defendiendo a personas inocentes que son víctimas de algún maltrato o algo que los lastime... Creo que yo sería un abogado.

—Órale, ¡que padre! Bueno, ¿vamos a jugar fútbol a las canchitas?

—¡Jajaja, *Pollo*! ¡No me retes porque te gano en los penales!

—¡Vas, *Conejillo de Indias*! ¡A ver quién gana de aquí a la cancha!

Fin





Segundo lugar

Descansa en paz, héroe de los niños

Io Marin Ruiz Canelo

—¡Ahgg! ¡No! —pronunciaba un chico de cabellos castaños mientras arrugaba una hoja de papel con la iniciación de uno de sus cuentos. Él era una persona que amaba la literatura y, por iniciativa de una de sus compañeras, comenzó a escribir en algunas plataformas de este tema, donde consiguió fama por su gran desempeño en la escritura. En eso se animó a entrar en concursos de literatura, algunos de los cuales llegaba a ganar. Ahora participaba en otro de sus tantos concursos; en esta ocasión el tema era *derechos de los niños*, que para él era algo sumamente difícil, pues la mayoría de sus cuentos se basaban en ciencia ficción, seres mitológicos, etcétera.

Eso era porque su padre era un inventor y a veces tenía locas ideas, como crear maquinas del tiempo, viajes temporales o hasta el poder volar. Claramente lo había intentado varias veces, pero siempre fallaba.

El chico suspiró mientras dejaba el lápiz sobre su escritorio y posaba sus manos en su nuca. Estaba cansado de tanto esfuerzo por crear o, más bien, tratar de hacerlo; se estaba rindiendo, cosa que no pasaba muy seguido, pues su mente siempre estaba llena de creatividad e imaginación. Decidió irse a dormir para descansar. Posiblemente mañana tendría la iniciativa de terminarlo.

Mientras dormía, el joven sentía como si arena cubriera sus pies, hasta que de repente una fresca agua le empapaba por completo el rostro, haciéndolo despertar de golpe. —¡EH! —decía mientras sus ojos se acostumbraban a la fuerte luz del sol.

Evidentemente no se hallaba en su habitación; se levantó lentamente, sus ojos miraban a todas direcciones tratando de descifrar el lugar donde se hallaba —¡Hey, Babotas! Mírame cuando te estoy hablando —una dulce voz pronunciaba aquellas palabras con cierto tono de enojo. Odiaba que la ignoraran. El joven miró a la propietaria de esa voz: era una joven con un vestido blanco o, más bien, una tela color crema, llena de manchas de mugre, enrollada en forma de vestido sobre el cuerpo de aquella joven —¿Quién eres tú? —preguntaba el chico con cierta curiosidad. —¡No juegues ahora!, tenemos que volver al reino para continuar con nuestras labores para no molestar al rey —le comentaba para comenzar a caminar en dirección hacia un pequeño pueblo que se notaba a lo lejos. Él, sin opción alguna, decidió seguirle.

Después de una larga caminata, finalmente llegaron al pueblo antes mencionado. Al entrar, se podía escuchar el bullicio de aquel lugar; se podía observar a varios jóvenes de diferentes edades, entre los 10 y los 19 años, siendo golpeados, discriminados, humillados y hasta cambiados por animales, alimentos o vestimenta. —¿Qué es este lugar? —preguntaba curioso el chico mientras se encogía de hombros —¡¿Acaso estas lento el día de hoy?! Estamos en Wendimar, nuestro *hogar* —el joven todavía no comprendía en dónde estaba, pero prefirió seguir con la chica para poder averiguar más sobre ello. Su curiosidad era mayor que su deseo de irse de ahí. No es que quisiese quedarse demasiado tiempo, sólo quería terminar con su curiosidad para irse tranquilo, además de que no sabía cómo diablos iba a regresar —Pues

entonces ¿dónde quedaba el hogar de rey... —estaba a punto de terminar la oración cuando de repente chocó con un señor de unos 40 años de edad —¡EH! ¿¡Porque no te fijas, maldito esclavo?! —el señor estaba a punto de darle una bofetada al chico, cuando de repente la joven que le acompañaba se puso frente a él recibiendo aquel golpe. El señor sólo sonrió maliciosamente para luego retirarse camino a un bar —¡Gracias! —decía el chico mientras miraba asombrado a la chica. Se preguntaba por qué el señor de hace un momento lo quiso golpear y dónde se encontraba la autoridad para evitar eso.

Continuaron caminando hasta llegar a su destino: el hogar del rey. Era un inmenso palacio, que sólo desde el exterior se miraban las lujosas maderas que lo conformaban, junto los ventanales inmensos, que dejaban asomar los carísimos muebles que su majestad poseía. Él quedó asombrado ante las pertenencias tan lujosas encontradas en ese magnífico lugar. —Baboso. No te quedes ahí. Entremos de una buena vez —rodearon el enorme lugar, entraron por la puerta trasera, donde se encontraron con más niños de entre 10 y 19 años —Bien. Comencemos a trabajar antes de que el rey llegue de sus juntas —decía la chica para darle un mandil al joven y explicarle sus labores. Para ella, evidentemente era raro, ya que se suponía que él conocía perfectamente sus labores en aquel reino. Lo que ella desconocía era que su amigo era ahora el joven de pelos castaños cual venía de otra era más avanzada.

Él a duras penas pudo sacar información sobre ese pueblo, la era en la que se encontraba y

quien se suponía que era. El pueblo ya se encontraba hacía tres años; ahí comenzó principalmente la esclavitud de niños. Al parecer, a los niños de entre 10 y 19 años se les considera personas de rango inferior; es decir, personas sin derecho alguno. En algunos casos, varios niños son intercambiados por vestimentas, alimentos, animales o minerales piedras preciosas. Los jóvenes trabajan esclavizados hasta los 20 años, cuando se les considera maduramente adultos, para finalmente unirlos y aceptarlos en la sociedad *superior*. La era en la que se encontraba era en los inicios de las sociedades, donde un solo rey gobernaba una nación entera, no había cambios y, si llegase a morir, sus hijos ocuparían su lugar, un legado para abreviar. Él supuestamente era Yujji, un esclavo más del rey. La noche anterior no se había sentido muy bien y escapó a las afueras del pueblo; su amiga Yuki lo había ido a buscar, pero fue en vano. No lo halló hasta el día siguiente, exactamente donde él despertó.

Al terminar con las labores que Yuki le indicó, fue directamente a la habitación donde todos los esclavos dormían. Él, agotado, no tardó en dormir.

Horas después, se escuchaba un sonido algo molesto para su gusto: era el sonar de su despertador. Al abrir los ojos, se dio cuenta de que se encontraba de nuevo en su hogar, como si nada hubiera pasado, como si el tiempo se hubiera detenido. Se levantó y se vistió para bajar a desayunar junto a su padre. Horas después, subió nuevamente a su habitación para tratar de escribir el cuento en el que había estado trabajando. Tenía varias ideas, pero no podía formular perfectamen-

te alguna para que fuera algo creativamente decente. Pero no consiguió nada más que un par de párrafos y hasta ahí lo dejó; no quería exigirse demasiado, pues sabía que si lo hacía terminaría con un pésimo trabajo, cosa que no era de su agrado.

Decidió reflexionar más sobre aquel *sueño*, pues para ser verdad era demasiado realista como para que fuera sólo eso. Leyó varios libros, pero no tuvo éxito en ello, así que ansioso espero al anochecer.

Al llegar la oscuridad de la noche, rápidamente se fue a dormir y, como predijo, volvió a tener aquel sueño: se encontraba en la misma habitación donde se quedó en el suceso anterior, con la única diferencia de que se encontraba solo. No le parecía raro, posiblemente los demás ya se encontraban haciendo sus labores; salió de aquel cuarto y se dirigió hacia la cocina para comenzar con sus labores o más bien con los labores de Yujji.

Mientras eso sucedía, Yujji no se la pasaba del todo bien en el cuerpo de aquel castaño. Era algo nuevo para él; el hecho de que lo trataran con cierto respeto y leer en varios periódicos sobre los nuevos logros de niños genios era algo completamente asombroso. Sin duda disfrutaba aquel lugar donde los niños eran tratados de igual forma que el resto, sin superioridad hacia los adultos ni inferioridad hacia los niños. Aún no sabía de quien era esa vida tan perfecta. En efecto, Yujji bien sabía que él se encontraba en el cuerpo y vida de alguien más. —Seguramente él se encuentra en mi vida y cuerpo como yo en el suyo —decía para sí mismo. No era nada tonto, siempre buscaba la lógica a todo sentido, era alguien muy listo, hay que destacar.

Yujji se divertía explorando la habitación del chico, leía sus trabajos y eran realmente buenos para él. El chico investigó algunos derechos de los niños mientras se sorprendía, pues algunos de esos derechos los defendían de los maltratos que diariamente sufrían por parte de los adultos; por ejemplo, el derecho a la igualdad sustantiva, pues siempre se les comparaba con los adultos dándoles a entender que ellos eran los de menor rango; el derecho a no ser discriminado, esto les sucedía mayormente a los niños que nacían con piel morena o negra, ya que sencillamente los mataban o eran apartados por la sociedad; el derecho a la educación, eso sólo lo conseguían las personas de entre 20 y 30 años, especialmente si vienen de familias con mayor presupuesto; el derecho de vivir en familia, pues sus familias casi siempre los intercambiaban como esclavos por cosas de mayor valor o utilidad, etcétera.

Cada vez que leía los informes sobre los derechos de los niños, sus ganas de jamás volver a su pueblo aumentaban.

Lastimosamente, llegó la hora de ir a descansar, él bien sabía bien que eso era el fin de su perfecto soñar, así que no se resistió más y durmió. Momentos después, al despertar, notó que se encontraba nuevamente en su pequeño pueblo, decidido a cambiarlo de una buena vez. Necesitaba poder cambiar esas ridículas normas de superioridad; estaba harto no podía soportarlo más, así que comentó su idea sobre la revolución de los niños a éstos, pero la mayoría no lo apoyó, ya que era una idea ridícula para ellos, pues tenían más que nada miedo de que las cosas fallaran y fueran tratados de peor forma.

Mientras, para nuestro castaño las cosas tampoco iban de lo mejor: él estaba bastante disgustado por la forma en la que los niños eran tratados en ese pueblo. Quería ayudar, pero no sabía cómo. En eso, descubrió una pequeña nota entre las hojas de su cuaderno —Hola. Soy Yujji. Soy la persona con la que cambias tu cuerpo y vida por las noches. Quisiera que me ayudaras, pues estoy harto de que nos traten de lo peor en mi pueblo. Tengo una idea para que podamos acabar con esto: mándame tu respuesta por un papelito y yo, al cambiar cuerpo contigo, lo leeré y responderé en seguida —el joven no lo pensó más y respondió aquel mensaje de Yujji, aceptando de forma positiva el trato de aquel chico.

Y como lo describieron, al cambiar de cuerpo contestaban los mensajes del otro hasta a completar su plan a la perfección. Aquí comenzaría la rebelión de los niños.

En un día, ya listos para su rebelión contra los adultos, Yujji fue directo hacia el rey, el cual, para su infortunio, no se encontraba, pero sí su hijo de 20 años, el príncipe, al cual tomaron como *rehén*, cuando sólo querían hablar con él. En eso, Yujji acertó con su teoría: el joven príncipe estaba enamorado de Yuki, la amiga del chico, así que hicieron un pequeño trato: —Tú nos ayudaras a hacer los derechos de los niños, para que así nosotros podamos ser protegidos por éstos, pues siempre vivimos con el temor y esperanza de poder llegar a los 20 para sobrevivir; a cambio, Yuki corresponderá tus sentimientos. ¿Qué dices? —el príncipe asintió, pues por su amada haría lo impensable. Yujji le conto la pequeña parte de su plan donde él actuaba.

El príncipe decretaría los derechos del niño, tal y como los escribiera Yujji. En eso, contraería matrimonio para así tomar el mando sobre el pueblo y echar de una vez a su padre del trono, para convertir la sociedad en algo mejor, donde no haya más superioridad de los adultos, donde no haya más maltratos hacia los niños, donde todos seamos iguales.

Y así se hizo: cuando el rey regresaba de sus viajes de negocios por la nación que él controlaba, para su sorpresa su hijo ya estaba comprometido con la joven Yuki —¿Qué pasa aquí?. Me voy a recoger las cuotas y ya estas comprometido ¿y con un niña? Sabes bien que no lo acepta... —en eso, su majestad fue interrumpido por el príncipe —El que no aceptara más injusticias seré yo. Cuando me case, tomaré el trono y protegeré a los niños. Ellos no merecen eso. Tú más que nadie sabe lo que es ser tratado como una basura —el rey se quedó sin palabras. No tenía opción, era aceptar el legado de su hijo —Supongo que no me dejas otra opción... —o matarle para que jamás tomara el reino. El rey se fue por la peor decisión: sacó su arma y apuntó a la cabeza de su descendiente —Nos veremos en el infierno, mi amado hijo —en eso, Yujji, entró a la *oficina* del príncipe para ver al rey apuntándole con el arma de fuego.

El sonido de una bala disparada se escuchaba a lo lejos —¡No! ¡Yujji! —decía el príncipe mientras tomaba el cuerpo del joven entre sus brazos. En eso, varias lagrimas salían de sus ojos, recorriendo sus mejillas. El rey estaba asombrado por el increíble sacrificio del niño: dar su vida por la de un adulto, algo que nadie nunca hizo —Felicida-

des, padre. Creaste un nuevo nivel de idiotez... la ¡cobardía! —decía el príncipe mientras desenfundaba su arma y, aprovechando el estado de *shock* en el que se encontraba su padre, lo mató de un disparo, vengando así la muerte de Yujji, por su enorme valentía y corazón de oro.

El funeral de Yujji fue algo especial: su ataúd fue decorado con varias flores azules, como sus ojos; y durante su ceremonia fueron anunciados sus derechos decretados para un mejor reino —Derecho a la supervivencia, derecho a la prioridad, derecho a la identidad, derecho a vivir en familia, derecho a la igualdad sustantiva, derecho a no ser discriminado, derecho a vivir, derecho a la vida libre de violencia, derecho a la protección de la salud, derecho al amor, derecho a la educación, derecho al descanso, derecho a la libertad de expresión, derecho a la participación, derecho a la intimidad, derecho a la seguridad —decía el nuevo rey mientras lágrimas cubrían sus mejillas.

—Descansa en paz, Yujji. Héroe de los niños, creador de nuestra revolución.

El joven de cabellos castaños ya había temido lo peor. Según la revolución de los niños que planeo Yujji, esperaba que todo saliera bien, pues ya habían pasado días desde que no cambiaban cuerpo y vida. Decidió desocupar su mente y tratar de escribir su cuento para la competencia cuando de repente su padre le llamó.

Bajó para ir a donde se encontraba él —¿Pasa algo, padre? —preguntaba confuso —¿Lograste terminar tu cuento?, ¿qué tal te fue con la revolución de Yujji? —preguntaba el padre mientras limpiaba varias cosas y miraba de reojo al castaño

—No y no lo sé, ya no he cambiado cuerpo... con... Yujji —decía de forma cortante —¿Cómo es que sabes de yujji? —el padre rio mientras se acercaba a su hijo —Como no encontrabas inspiración para tu cuento, decidí ayudar con esto —decía mientras le mostraba un casco que tenía varios cables y circuitos —Con él pude cambiar sus almas, o más bien, sus cuerpos, para que vivieran la vida del otro y descubrieran cosas nuevas, para defender a los niños —el padre dejó a un lado el casco y tomó un libro algo polvoso, que tenía como título: *Descansa en paz, héroe e los niños, creador de nuestra revolución* —Léelo. Sé que te gustará y te inspirará para esa historia —el castaño asintió y subió a su habitación con el libro en manos y comenzó a leer. Al terminar, no pudo evitar soltar algunas lágrimas, pues se había encariñado con Yujji. Decidió comenzar a escribir sobre él, el cuento trataría de nada más y nada menos de su valentía, de su sacrificio por no más niños maltratados, por su honor y amor así todo el mundo.

Descansa en paz yujji, héroe de los niños, creador de nuestra revolución, valiente soldado caído por nosotros los niños



Tercer lugar

Diez Niños en La Sala Mayor

José Daniel Hernández Márquez



Era la mañana del 27 de abril.

Las computadoras ya se hacían oír por todo el edificio gubernamental. Todos los trabajadores, como cada día entre semana era costumbre, se tomaban su café mientras hacían los deberes correspondientes y los teléfonos sonaban sin parar, anunciando llamadas entrantes que volvían loco a cualquiera que estuviera ahí. Pero en realidad eso no importaba, al menos no ahí. Eran las altas oficinas y todos se enfocaban en su debido trabajo desde las 8:00 hasta las 15:00, sin parar. Era tan sólo uno que otro acarreado el que se volvía loco ahí.

Definitivamente ninguno de los alcaldes que se encontraban en La Sala Mayor era uno de esos “acarreados locos”. No, ellos eran metódicos y les gustaba pensar las cosas con detenimiento, paz y ligereza, pero fortaleza al mismo tiempo.

Era una sala redonda en el piso más alto del edificio, en el fondo del pasillo, abarrotado por pequeñas oficinas; con tapices de color guinda, lo que le daba cierto tono de trabajo pero de tranquilidad al mismo tiempo. Siempre oliendo a un aroma de frutas o especias.

Cinco alcaldes en total: el alcalde Ramos, el más viejo e inteligente de entre todos, sentado hasta el frente en una silla de madera; la alcaldesa Aguilera, sentada a su lado en un sillón; sentada junto a ella, la alcaldesa Mora; el alcalde Castillo, parado junto a la puerta de frente con el alcalde Ramos; y el alcalde Villalobos, parado igualmente entre Castillo y Ramos.

—Bien, parece ser que todos concordamos.
—añadió el alcalde Ramos —Los niños y adoles-

centes ya no son los de antes. —Vaya que tenía razón, pues a su edad tan avanzada, ya es claro que los chicos de ahora no son lo mismo de lo que eran en aquella época cuando él vivió su niñez y juventud.

—¡Pero claro! —asintió la alcaldesa Aguilera —Tiene usted toda la razón. No sólo los niños y adolescentes dejaron de ser como nosotros los recordamos. Las circunstancias y el entorno en el que viven ya han cambiado drásticamente.

La alcaldesa parecía estar enamorada del alcalde Ramos o simplemente quería un ascenso. Era ella la que siempre concordaba con él, puesto que el señor Ramos era el más sabio y con el mayor sentido de liderazgo.

—Es por ello que necesitamos ayudarlos y protegerlos, tal como nuestros predecesores nos trataron a nosotros. Creo que yo soy el primero en decir que no sería lo que soy ahora sin ellos —continuó el alcalde Castillo. Él tenía toda la razón, debía ser coherente con los tratos que había recibido en su juventud, los cuales, definitivamente, no habían sido los mismos que recibió en su niñez. Ésta había sido perturbadora y desolada, pero no siempre fue así.

Un milagro pasó en las calles donde él vivía. Como de costumbre, salía de casa con dirección a su escuela, a donde sólo iba por obligación y su conocimiento venía realmente de las bibliotecas que visitaba por curiosidad. Era un alivio salir de esa morada cuando se tenía una situación familiar tan complicada ahí dentro.

Era un niño más, caminando con tantos libros como uno podría imaginarse, pero con una



diferencia: la dedicación con la que leía. Incluso cualquier coche podría haberlo atropellado por lo sumergido que venía en esos libros. Pero fue justo eso lo que llamó la atención del secretario García, que pasaba por esas calles por casualidad. Un niño tan interesado en aprender no se veía todos los días. La atención del secretario se posó totalmente en el pequeño alcalde Castillo. Debía hablar con ese pequeño.

—Hey, niño —le llamó con cariño en una banqueta. —Te gusta aprender, ¿cierto?

—Hum... creo. ¿Por qué lo pregunta, señor? —se dirigió tímidamente al secretario.

Fue en ese momento que el secretario decidió no quedarse de brazos cruzados. No debía hacerlo. Después de todo, la educación es uno de los derechos de los niños. Desde entonces la vida del alcalde Castillo dio un giro drástico; el secretario García lo apoyó en todo lo que pudo, desde la educación en una mejor escuela hasta un dinero extra. Fue así como Castillo llegó a ser quien es ahora.

Por ello, él se sentía con la total obligación de cambiar y acomodar lo mejor posible el camino de las siguientes generaciones, tal como el secretario García hizo alguna vez con él.

—¿Y bien? —se hizo escuchar el alcalde Villalobos, un hombre bonachón, con un gran bigote. Que realmente sólo estaba ahí, haciendo su trabajo, sin meterse en ningún problema. —¿Y todo esto a qué viene?

—Claro. Perdona, Isaac. Tú no has estado ahí cuando todo esto comenzó —dijo el alcalde Ramos. —Te pondremos en contexto.

—Hemos estado hablando sobre los adolescentes y niños en la actualidad —explicó la alcaldesa Mora. —Es definitivo que su forma de pensar y la de su entorno ya ha cambiado. Pero la cara del gobierno ante ellos no lo ha hecho. Buscamos cambiar eso.

—¿Alguna idea? —cuestionó Ramos.

Todos se miraron entre ellos, esperando que alguno viniera con algún comentario. Pero nadie lo hizo. Sólo bajaron la cabeza y pensaron.

—Yo estaba pensando en renovar el sistema educativo —dijo el alcalde Castillo. —Los libros físicos algún vez fueron de muy buena utilidad. Pero todos ellos ya están en internet y, si no están, hay mejores. ¿Para qué seguir gastando en libros? Las tabletas ayudarán mucho más.

—Te doy toda la razón, Castillo —le dijo Villalobos. —Pero eso en realidad es algo que las escuelas han empezado a hacer y que no tardarán en terminar.

—Así es —dijo Ramos. —Debe haber algo más en lo que ser útiles.

—¡Los derechos! —se exaltó la alcaldesa Aguilera. —¿Hace cuánto que fueron renovados los derechos de los niños y adolescentes? Debe haber algo nuevo.

—¿A qué te refieres con algo nuevo? —le cuestionó Ramos.

—¿Por qué no se lo preguntamos a los niños y adolescentes? Ellos darán sus opiniones y comentarios con nosotros, y nosotros ya lo discutiremos o modificaremos. Hay que hacer su voz valer.

Todos se voltearon a ver nuevamente en la sala. Sin ninguna objeción, se dio a conocer la decisión final ante la prensa.



—Ha habido una reunión de alcaldes en la Ciudad de México para discutir ciertos temas, entre ellos, los niños y adolescentes mexicanos —comenzó explicando frente a cámaras el alcalde Castillo. —Se ha llegado a la conclusión de querer hacer valer la voz de los niños y adolescentes mexicanos. Es por eso que se les invita a formar parte de la discusión de la renovación de derechos de los niños y adolescentes junto a nosotros, los alcaldes. Los mejores 10 jóvenes de entre 9 y 17 años en las escuelas de la Ciudad de México serán seleccionados e invitados a participar con nosotros. Muchas gracias —concluyó.

“Haz tu voz valer” era el emblema que se desplegaba en la televisión después del comunicado del alcalde Castillo.

Yo, un niño de 14 años, lo veía... en uno de los comerciales de youtube y no en la televisión, pues ese aparato, que alguna vez revolucionó la comunicación, ahora se ve opacado por las plataformas de internet.

Tenía que “hacer mi voz valer”, como lo decía ese comercial, pues tenía algunas ideas de cómo renovar los derechos de los niños y adolescentes.

Fue así como en la mañana del día siguiente, cuando el profesor nos cuestionó sobre quién quería participar en la convocatoria, yo me apunté sin pensarlo dos veces. Con mi nombre escrito en un papel, junto a mi dirección y mi número de celular, era un niño más en una larga lista de nombres de niños y niñas que buscaban lo mismo que yo, “hacer su voz valer”.

No estaba seguro de poder conseguirlo, pues sólo los alcaldes sabrán su criterio de *mejores*,

como el alcalde Castillo lo había dicho. Pues pese es un término muy relativo. ¿A qué se referían con eso? Podría ser mejor en las calificaciones escolares, mejor portado con mis padres, mejor portado con los profesores de la escuela, mejor ante Dios incluso. Sólo ellos sabrán. Pero yo esperaba que lo eligieran como el más apto para esa tarea que decidiría el futuro de los niños, niñas y adolescentes de hoy y del futuro.

Un mes después de la junta de los alcaldes, el 27 de mayo, se dio a conocer la decisión final de los alcaldes ante la prensa. Una vez más yo lo vi en uno de los anuncios de youtube. Para mi sorpresa, yo fui uno de los elegidos entre los demás nueve que seguramente también se habían cuestionado sobre si eran los *mejores*.

Mi escuela fue la intermediaria entre el gobierno y yo. Mis profesores me apoyaron en la cuestión de hacer las decisiones correctas. Era un gran peso con el que ahora cargaba y debía estar consciente de ello. Especialmente mi profesor de Formación Cívica y Ética me dio consejos, según lo antes visto en clase, un día antes de la junta con los alcaldes.

—Creo que el mejor consejo que te puedo dar es tener claro qué es lo que realmente quieres para el futuro de México —me decía el profesor. —Realmente a la gente mayor como yo no nos afectará demasiado. Es a ti y a las futuras generaciones a las que realmente afectará este cambio. Así que piénsalo muy bien y con la mente fría y enfocada.

Con estos consejos de mi profesor, ahora me dirigía al edificio gubernamental donde anteriormente había sido la junta de los alcaldes en La



Sala Mayor. Mis padres me acompañaron hasta la sala de espera en el primer piso y no más, no se les estaba permitido ir más allá, como nos explicó una señorita amablemente. Lo que se llegara a discutir en esa junta se quedaba clasificado hasta su anuncio público, si se llegaba a publicar alguna vez, pues no todas las propuestas de derechos hechas por nosotros serían aceptadas, debían ser analizadas previamente por los alcaldes.

Una vez que mis padres y yo llegamos a la sala de espera, ya se encontraban ocho niños, niñas y adolescentes ahí, todos con sus padres. Yo era el noveno, en espera del décimo. Era él o ella la pieza faltante para comenzar la junta de propuestas ante los alcaldes.

—Hola —se acercó a mí un niño de aproximadamente 12 años. —¿Nervioso?

Yo asentí con la cabeza —No es muy común hablar ante los alcaldes y que éstos te escuchen tan atentamente —le respondí.

El niño me sonrió —Tienes razón. Soy Rafael, por cierto.

—Hola, Rafael, un placer —se acercó una niña que aparentaba tener 16 años aproximadamente —Soy Mariana. ¿No están emocionados? Nuestra voz se hará valer, como dicen en el comercial —dijo entre risitas.

—Ustedes también lo vieron en youtube, ¿cierto? —se acercó un niño de aproximadamente mi edad, 14 años —Soy Diego. Realmente no creo que nos escuchen, seremos nosotros quienes escucharemos. Sólo crea publicidad al gobierno, ¿no creen?

—Posiblemente, pero no hay por qué criticar antes de tiempo. Aún ni hemos visto a los alcaldes —se acercó una niña a la bolita que se empezaba a hacer en medio de la sala —Propondremos nuestros derechos, porque... todos han hecho su tarea, ¿cierto?

Todos alrededor del círculo afirmaron con la cabeza mientras se veían entre ellos.

—Parece ser que no nos invitaron a la fiesta, Alf —se acercaba uno de los gemelos, Jorge, diciéndole a su hermano Alfredo.

—Jamás pensé que nos recibirían de esta forma, Jor —dijo simulando su indignación.

—Abran el círculo —dijo la niña que anteriormente había preguntado si todos habían “hecho su tarea” —Hey, ustedes. No mordemos, ¿quieren venir? —le dijo a tres niños que se encontraban sentados en un sillón de la sala.

Ya estaban los nueve niños reunidos en un círculo. Cada uno pensando en las primeras impresiones que daban los de su alrededor.

—Será una larga junta, ¿cierto? —dijo uno de los tres niños que se habían acercado. Tenía 12 años, al igual que Rafael —Cuando voy con mi padre al trabajo, no hago otra cosa mas que aburrirme en las largas juntas para grandes.

—Esta vez no será así —le dijo Mariana —En las juntas de tu padre no debes participar, ¿o sí? Pues esta vez sí y eso la hará más divertida. Para eso... —empezó a dirigirse a todo el círculo —Tenemos que organizarnos. Empecemos por decir nuestros nombres y nuestra edad, ¿va? Yo soy Mariana y tengo 16 años.

—Soy Rafael, tengo 12 años.



—Soy Diego, tengo 14 años.

—Soy Ximena y tengo 17 años –dijo la niña que invitó a los tres niños sentados en el sillón.

—Yo soy Daniel y tengo 14 años –dije en mi turno.

—Yo soy Alfredo, pero pueden decirme Alf, y tengo 15 años –dijo uno de los gemelos.

—Yo soy Jorge, pero pueden decirme Jor, e igual que mi hermano tengo 15 años –dijo el segundo de los gemelos.

Me llamo Ana y tengo 13 años –dijo una de los nuevos tres niños.

—Soy Regina y tengo 14 años.

—Soy Juan y tengo 16 años.

Todos nosotros nos entendimos muy bien y rápido. Ya éramos un equipo con unión, decisión y fortaleza. Estos valores que compartíamos entre nosotros fueron los que Sara, una niña de 12 años, logró absorber rápidamente. Era una niña muy dulce y agradable que se lograba acoplar a su entorno, en este caso, a nosotros.

Con la recién llegada, ya era hora de subir hasta el último piso con todos los alcaldes. Era toda una experiencia. Diez niños caminando hacia La Sala Mayor, aterrados de lo que pudiera pasar e intimidados por el conocimiento y experiencia de los alcaldes. Realmente ninguno se sentía seguro de ser lo suficiente bueno para tomar las decisiones importantes del país.

La señorita que amablemente nos recibió a mis padres y a mí en la sala de recepción ahora nos acompañaba a todos nosotros por el elevador y los pasillos hasta llegar a La Sala Mayor. Fue inevitable para todos nosotros respirar hondo y

olfatear al llegar a la sala. Su aroma era realmente bueno y muy relajante.

Como era de esperarse, fueron largas horas las que estuvimos ahí. Pero mucho tiempo no a fuerzas significa que sea aburrido. Los alcaldes, siempre con una sonrisa en la cara, se esforzaron por hacer la junta lo más agradable posible para nosotros. Sabían que no estábamos acostumbrados de esa manera.

Muchos derechos fueron propuestos por nosotros. Todos muy buenos y que notablemente harían crecer al país. Mi duda quedó resuelta, el término "mejor", que el alcalde Castillo usó en su comunicado ante la prensa, se refería a aquél que tuviera mejores ideas, mejor inteligencia reflexiva en los problemas y mejor panorama del mundo y del país hoy en día. Eso fue respondido cuando todos mis compañeros de junta hablaron ante los alcaldes. Sus propuestas de derechos, por más mínimas que fueran, estaban increíblemente argumentadas con situaciones reales actuales del país.

Eran unas y otras propuestas de derechos las que se hacían en esa sala. La mayoría eran aprobadas por los alcaldes pero sí era cierto que también muchas eran rechazadas por una u otra razón. Pero esas propuestas nunca verán la luz. Pues lo que se decía en esa sala nunca saldría de ella a no ser que fuera anunciada públicamente y oficialmente por el gobierno. Algunos de los niños y jóvenes que fueron ahí salieron decepcionados porque sus propuestas no fueron aceptadas pero a ellos se les fue animando con comentarios como: "Ganaste experiencia." No estés triste por eso.



Finalmente después de aproximadamente tres horas encerrados en esa sala, aunque muy bien acompañados con galletas y chocolate con leche, se tomaron las decisiones finales. Los nuevos derechos de los niños, niñas y adolescentes ya habían sido aprobados. Fue así como sus derechos y el rumbo de los Estados Unidos Mexicanos cambiaron para bien. Fue así como sus nuevos derechos fueron otorgados:

- ✦ Derecho a la familia con las debidas beneficencias; casa, vestido y alimentación.
- ✦ Derecho a no ser obligado por ninguna autoridad al trabajo.
- ✦ Derecho a la socialización con personas de su edad, menores y mayores.
- ✦ Derecho a la educación en las nuevas tecnologías.
- ✦ Derecho a recibir las tradiciones del país por voz de las generaciones pasadas.
- ✦ Derecho a la conectividad a internet.
- ✦ Derecho a poseer de una mascota.
- ✦ Derecho a expresarse libremente a través de las tradiciones del país.



Menciones honoríficas de la segunda categoría

(De 12 a 14 años)



Ensayo y error

Luis Felipe Aguilar Olguín

No pude ser. Otra vez ese despertador. ¡Ay, no! Y luego la voz de mi mamá:

—Esteban, levántate. Son las 6:30. Vas a llegar tarde, como siempre.

Todos los días es lo mismo. ¿Por qué tengo que ir a la escuela? La odio. ¿Quién la habrá inventado?

—Ya voy, mamá —respondo con fastidio, aferrándome a los últimos segundos con mi almohada.

Cómo quisiera estar ahorita durmiendo o despertándome con la idea de ir a jugar *fut* con mis amigos. Pero no, tengo que ir a la escuela. ¿Para qué voy si ya sé todo? Nunca hay nada nuevo. Bueno, esto me ocurre cada mañana. Nunca me quiero levantar, aunque al final siempre lo haga, y eso porque me entusiasma imaginar *echar la reta* con los del 3° “E” y ganarle a Toño. Es un verdadero asno en el *fut*.

No otra vez. Ya se me hizo tarde bañándome. No podré comerme mi desayuno.

¿Por qué siempre huevo, fruta cereal y leche? ¿Qué no se le puede ocurrir otra cosa a mi madre? ¡Ah, ya sé! Los tiraré en sus plantas y nadie se dará cuenta.

—¿Ya te acabaste el desayuno, Esteban? Sólo nos quedan unos minutos para poderte dejar o llegarás tarde.

—Sí, mamá, ya acabé —tomo mi mochila y estoy listo.

Camino a la escuela, observo por la ventana del auto y me percató de cómo todos los niños van apresurados y me pregunto: ¿Por qué irán felices si es una verdadera tor-

tura? Al menos yo ocuparía mi tiempo en otra cosa más productiva.

Mi madre me deja sobre la calle, a un lado de la entrada de la secundaria, pues después va a dejar a mi hermana. Como de costumbre, compro mi *lunch* con el *Rana*, un cuate que vende afuera del colegio. Cómo quisiera ser él y ganar dinero y no entrar a clases.

—Hola, *Rana*.

—¿Qué pasó, mi Esteban? ¿Lo de siempre o qué?

—Sí, por fa.

—Ahora sí ya se te hizo bien tarde. Ten tus galletas y torta. Córrele porque te están cerrando la puerta, carnalito.

—¡Ah, no te preocupes! Me toca Force y me cae mal la maestra. Hasta me duermo en su clase. Así que no hay no problema, tú tárdate lo que quieras.

—No. ¡Cómo crees, mi Esteban! No digas eso. Afortunado tú que puedes entrar. Mírame a mí, yo dejé la escuela desde que iba en quinto de primaria.

—Claro que no, afortunado tú que no vas. Yo quisiera estar en tu lugar, *Rana*. Pero, bueno, deja entro, si no ya tendré otro retardo y le hablarán a mi mamá.

No sé por qué el *Rana* me dijo que era afortunado. Como sea, mi mente se va programando para dormir en la siguiente hora.

—Buenos días, chicos, ahora veremos un proyecto muy interesante e importante: los derechos de los niños, niñas y adolescentes. Para el cual me van a investigar sobre la vida de algún chico al que se le estén violando alguno de sus derechos. Incluso pueden ser de ustedes mismos. Me entregarán un ensayo a más tardar para el viernes. Así que tienen cinco días para entregarlo.

—¡Nooooo! —me quejo en voz alta —¿Por qué tan poco tiempo, *miss*? No se pase. En esta semana es el torneo de *fut*. No hay tiempo para su tarea.

—Esteban, con el respeto que nos merecemos: no me importan tus excusas y, sobre todo, porque de no entregar el ensayo, reprobarás este bimestre. No tengo nada de evaluaciones. Esta oportunidad es la última para que salves la calificación.

No. Lo que me faltaba: un trabajo que entregar. Ahora sí, adiós entrenamientos por la tarde. ¿Y de qué lo haré? ¡Ah, ya sé! Lo haré de cuando no respetan mi derecho al descanso y esparcimiento. Sí, de eso lo haré.

Saliendo de la escuela, vuelvo a ver al *Rana* pero con los ojos como llorosos y le pregunto qué pasó:

—Nada, *carnalito*, cosas que pasan. Nada que no sea de todos los días. ¿Y a ti, cómo te fue, mi Esteban? ¿Cuántos goles le echamos al Toño?

—Pues, ahora ninguno. Ando pensando en una tarea.

—¿Tú? ¿En una tarea? No, ¡pus qué bueno que ahora sí te estás aplicando! Y ¿de qué es tu tarea?

—De los derechos que tenemos los adolescentes. Puras tonterías, pero si no entrego, me reprueban.

—No, *pus aplícate*, mi Esteban. ¿Y de qué lo vas hacer?

—¡Sobre que no respetan mi derecho al descanso y esparcimiento!

—O sea que...

—¡Ay, *Rana*! Pues que no me dejan jugar.

—¡Ah! Pero si tú sí juegas...

—Sí, pero no como yo quiero, *Rana*. Bueno, tú no entiendes de eso.

—Sí, tienes razón, yo no sé de eso, Esteban. Ten tus papas y ya vete, si no, tu mamá se va a preocupar por ti.

Me llevo las frituras y las voy ingiriendo camino a casa. Llegando, mi mamá ya tiene la comida lista. Sin embargo, como me llené con las papas, no quiero comer y me subo a mi cuarto a preparar el ensayo para la maestra de Force. De repente, suena la puerta.

Toc, toc, toc...

—¿Se puede?

—Sí, mamá. ¿Qué quieres? —no debería de contestarle de esa manera, pero estoy muy molesto.

—Sólo ver si no te sentías mal. Es que no quisiste comer, hijo.

—No, comí unas papas con el *Rana* y no tengo hambre. Además, me dejaron tarea. Si no, la hago, me reprueban y tú y mi papá me regañarán.

—¡Ah, eso sí! Si repruebas: adiós fútbol, adiós celular, adiós videojuegos... ¡Ah! Y adiós salidas. Así que haz tu tarea muy bien. Yo sé que tú lo lograrás. Eres muy inteligente, hijo, sólo que eres flojito.

—Sí, sí, mamá. Adiós —digo con rapidez; a veces me desespera tanto que quisiera ya vivir solo.

Bueno, pues a trabajar en la tarea... aunque todavía tengo flojera. Mejor mañana. Es hora de revisar mi *face* y ver qué subieron al grupo, qué videos compartieron o... ¡mejor aún! Checar si hay videos de cómo molestan al tonto de Ángel.

El tiempo se va volando, transcurren dos horas cuando vuelvo a ver el reloj. No hubo nada bueno. Creo que optaré por dormir un rato para después irme a jugar y entrenar para el partido de mañana.

De la misma forma, pasan los días y llega el jueves y no he hecho nada del ensayo, así que exactamente a las 11:00 pm, lo recuerdo bien, comienzo mi tarea. No se me ocurre nada. Me bloqueo... *Pues total corto y pego la información del Internet, no creo que la maestra se dé cuenta.*

Viernes temprano y, como todos los días, no me quiero levantar. No desayuno por las prisas y aun así llego un poco tarde a la *secu*. Con prisas y todo, me doy cuenta de que no está el *Rana*. ¿Qué le habrá pasado? A lo mejor se le hizo tarde como a mí.

Cuando llega la hora de Force, la *miss* pide los trabajos.

—Espero hayan hecho un buen ensayo. No sólo para la calificación, sino porque quien investigó se habrá dado cuenta que hay muchos adolescentes que sufren por ser violentados en sus derechos o incluso ustedes mismos. Y si es el caso, yo me comprometo a ayudarlos. Y canalizarlos a las instituciones correspondientes para buscar ayuda... Pues comencemos a ver, Liliana, ¿tu trabajo? Leeré todos los escritos y los que me parezcan interesantes los compartiré en voz alta.

Ahora sí que me voy a dormir en esta clase. Y sí fue aburrida, como todos estos meses. Hasta el momento en que Ángel entrega su ensayo y, tras unos pocos minutos,

la profesora empieza a leerlo, se para muy enojada y nos comenta:

—No puede ser posible todas las cosas que le hacen a su compañero. A ver, levántense: Kevin, Mauricio, Ernesto y Christopher. ¿Sienten muy bonito molestar a Ángel de la manera en que lo hacen y todavía grabarlo? Además, lo utilizan para que los demás lo vean, mientras ustedes hacen un ensayo que trata sobre cómo se está violando su derecho de descanso y esparcimiento... ¡Le están violando su integridad! Esto lo tendrá que saber el director. No puede seguir tal atrocidad.

En ese momento, mi grillito de la consciencia, como le dice mamá, me está haciendo sentir mal porque aunque no participaba en molestarlo sí me burlaba de lo que le hacían y hasta ver los videos nuevos. Nunca dije nada.

Después de todo eso, me toca entregar el trabajo a mí y mi pensamiento tal vez es egoísta pero digo *Qué bueno que pasó Ángel primero, porque no le pondrá atención a mi ensayo*. Y es como lo imagino: ya no lee uno más, sólo los recoge porque no tenía tiempo para leerlos en clase. De la que me salvo.

Cuando salgo de la escuela quiero comprarme unas papas con el *Rana*, pero otra vez no lo veo en su puesto. Qué raro. Nunca falta. ¿Se habrá enfermado? Últimamente ha estado muy extraño. En fin, ya lo veré el próximo lunes.

El fin de semana es el más largo del mundo. Es más, mi madre piensa que estoy enfermo porque estoy extraño. Lo que más me preocupa es mi calificación, y lo de Ángel me tiene inquieto. Además que habrá pasado con mis amigos. Bloquearon el grupo que había hecho en el *face* para subir los videos de cómo lo molestaban y de muchos compañeros más. Y hasta pienso en el propio Ángel. No creo que haya sido padre lo que escribió en el ensayo para la *miss* ya que se notó que se enojó mucho. Por último, pensé en el *Rana*... ¿por qué no fue a vender?

El lunes llega. Raro, pero me levanto temprano. Desayuno y me lavo los dientes. Da tiempo de todo. De repente, mi madre dice:

—¿En serio no estás enfermo? Hiciste todo a tiempo.

—Ya, ¿no? Dejen de *bullearme*.

—No, hijo, sólo bromeaba. Si no es de tu agrado, lo dejo de hacer. No te quiero incomodar. Sólo es muy extraño en ti... Bueno, vamos a dejarte a la escuela.

Llegando al colegio veo al *Rana*, pero muy raro. Usa una playera negra y está tan despistado que sólo me da mi torta y mis galletas sin decirme nada. Entré a mi salón y, aunque es temprano, se encuentra adentro la *miss* de Force.

Me siento y, en cuanto dan el toque, ella cierra la puerta. Y comienza a dar las calificaciones:

—Liliana, tienes 10... —y así hasta que pasa mi nombre

—Esteban, 6.

Respiro tranquilo. No es un 10, pero al menos no repuebo.

—Como se habrá dado cuenta ya no están sus compañeros que fastidiaban a Ángel. Los expulsaron de la escuela. En cuanto a Ángel, sus padres tomaron la decisión de cambiarlo de plantel. Antes de irme, quiero comentarles algo: Si vieron, a algunos no les importó tanto el ensayo como a otros y sólo sacaron la información de internet. No obstante, a Ángel le cambió la vida, dejó de sufrir. Por si no lo sabían, él estaba a punto de suicidarse porque no aguantaba más la violencia con la que vivía a diario. Dejaré su ensayo para que quien quiera leerlo lo haga y se dé cuenta lo mal que la puede pasar una persona violentada, no como otros que lo tienen todo y todavía así piensan que le es violentado su derecho a jugar, como redactaron mucho en este salón. Para ser exacta, de los 32 alumnos que hay aquí, 27 escribieron eso. No puede ser posible. Bueno, aquí les dejo el escrito. Nos vemos la próxima clase.

Yo, como todos, me acerco a leer las hojas y en verdad quedo impactado. Todo lo que había redactado mi compañero... casi lloro del remordimiento. Pude decir algo a tiempo, en vez de eso reí en cada publicación que hacían mis amigos.

Lo anterior me tuvo reflexionando el resto de la mañana y me prometí a mí mismo no volver a mirar ese tipo

de contenido en la red, donde *bullearan* a gente y si está en mis manos lo denunciaré de inmediato para ayudar en algo.

Cuando salgo de la escuela, me acerco al *Rana* para saber por qué no había venido el viernes.

—¡Qué onda, *Rana*! ¿Por qué no viniste el viernes?

—Por nada, *carnal*. Nada importante.

Al observarlo me llaman la atención unos golpes que trae en el cuerpo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué andas todo morado? ¿Te peleaste?

—Nel, *carnal*. Ya te dije que no tengo nada. Y vete mejor, que tu mamá se va a enojar.

No deseo continuar insistiendo. Me retiro a casa.

—¿Ya llegaste, Esteban?

—Sí, mamá

—¿Cuánto te pusieron de calificación?

—Seis, mamá.

—¿Por qué 6, Esteban? Te dije que te esforzarás. ¿Eso vale tu esfuerzo? Estás castigado.

—¿Pero por qué? Si no reprobé.

—Sí, pero 6 no es una calificación de un chico que se esfuerza; más bien es de un mediocre. Ya te he dicho: *Medio creo que hago las cosas*. Eso es lo que estás convirtiendo, en un conformista de calificaciones. Pero se acabó. Ahora sí te lo voy a cumplir. Estás castigado y no me cuestiones.

Creo que ahora sí me lo va a cumplir. Siempre me amenaza que me va a castigar, mas nunca la había visto tan enojada como hoy. Ni modo, a aguantar el castigo.

Al día siguiente, vuelvo a pararme temprano para ver si me da tiempo de ver al *Rana*. Se notaba tan extraño que deseo cerciorarme si necesitaba ayuda en algo. Cuando estoy enfrente a su puesto, checo que se está yendo una señora que le da un beso en la frente. Puede que sea su mamá, así que me aproximo.

—¿Ésa es tu jefa, *Rana*?

—No, *carnal*. Es mi tía.

—¿Qué no tienes mamá? Siempre te veo solo.

—Sí, *carnal*. Pero ahorita está detenida.

—¿Cómo detenida?

—Sí, en la cárcel, para que entiendas.

—¡No inventes! ¿Por qué?

Pero en eso suena el timbre de la escuela y tengo que entrar. La mañana se me Hace larguísima pensando en por qué la mamá del *Rana* está en la cárcel y espero con ansias que nos den la salida para que me pueda platicar... con razón estuvo triste estos días.

Tras el toque, corro a verlo pero se encuentra su tía. Me acerco de cualquier forma.

—Buenas tardes, señora. ¿Por qué no vino el *Rana* a vender?

—¿Quién? Él no se llama *Rana*, se llama René, y no vino porque tenía que ir a ver a su hermanita al hospital.

—Ah, bueno. Gracias. Y disculpe de que le llamé *Rana* a René. Es que no sabía su nombre y aquí todo mundo le dice así.

—Sí, ¿pero qué no sabías que estás dañando su derecho a la identidad llamándolo así?

—Am... —dudo cómo contestar a eso —Sí, disculpe —decido ser honesto y me alejo de ahí.

Bueno, tendría que esperar otro día para ver a *Rana*... ¡digo, René! Sin embargo, a la mañana siguiente la situación continúa igual. Vuelvo al puesto esperando no ser molesto con la señora.

—Buenos días, señora. ¿No va a venir René a vender?

—No, niño. Sólo vendrá por las tardes.

—Pero ayer no vino.

—Porque fue por su hermanita; ya la dieron de alta del hospital así que estará aquí en la tarde.

—Pues lo veré en la tarde. Gracias.

La tía de René no mintió, cuando salí del colegio lo vi. Estaba tranquilo.

—¿Qué pasó, carnalito? ¿Lo de siempre?

—Sí, por fa, René.

—¿Cómo me dijiste?

—“René”. Así te llamas, ¿no?

—Sí, pero así sólo me dice mi tía.

—Sí, pues ella me dijo. ¿Y cómo sigue tu hermanita?

—¡Ah! ¿También te dijo lo de mi *carnala*?

—Sí.

—¿Y qué más te contó?

—Pues nada más. ¡Ah, no es cierto! También me comentó que no vas a venir por las mañanas.

—Voy a ir a la escuela, mi Esteban. Estudiaré la primaria abierta, luego pienso hacer la *secu* y, ¿por qué no? ¡La prepa! ¿Cómo ves, mi Esteban? ¿Crees que *la arme*?

—¡Claro, René! Si quieres yo te ayudo. Pero me podrías ya decir por qué los moretones y por qué tu mamá está detenida... No por chismoso, sólo quiero saber si puedo ayudar en algo.

—Te voy a contar pero sólo para que valores lo que tienes —deja de arreglar la mercancía y se voltea por competo hacia mí. —Mi mamá, mis tres *carnalas* y yo vivíamos bien cuando mi jefe estaba vivo, pero le pasó un accidente en su trabajo y murió. Después, mi mamá no sé por qué, bueno sí sé... Ella pensó que no iba a poder mantenernos y se casó con un hombre malo que nos pegaba a todos y en vez de ayudar con los gastos a mi mamá, *pus* nosotros lo manteníamos; por eso es que me sacaron de la escuela cuando iba en quinto y me dieron este puesto. Todos los días nos pegaba, *carnal*, pero no tanto como el día que no vine y es que estaba tan tomado que le pegó feo a mi hermana porque le dijo que la llevara al doctor porque se sentía muy mal, ¿y cómo no? ¡Llevaba un ratote sin comer! Cuando salió huyendo de la casa porque una vecina le había llamado a una patrulla, un camión lo atropelló y murió. Por eso, mi mamá estaba detenida *pus* la familia de mi padrastro acusó a mi *jefecita* de haber provocado eso pero ya salió libre y mi tía va apoyarla. Por todo esto, ya vamos a asistir a la escuela. Mi Esteban. Lo que sea de cada quien, eres bien afortunado de tener una familia que se preocupa por ti...Lo bueno es que ya tendré una igual yo.



—¡Qué bien, René! Eso está bien chido. Y sí, que últimamente me he dado cuenta de muchas cosas. A veces vemos a las personas que aparentemente se ven felices caminando por la calle pero que cada una lleva su historia, tanto buena como mala, sin embargo, al final del día debe siempre haber un final feliz. Ése es el derecho que debemos pelear todos: ser felices.

Giro en 180°

Andrea Vivar Olvera

1989, junio. Xixtlaxtla y su familia provienen de un pueblo indígena zoque. Su esposo, Jictlixtle, es un humilde pastor. Él hace todo para darle la mejor vida a su familia, con sus respectivas limitaciones en algunos servicios, ya que no cuentan con esos recursos a su alcance. Ellos están alejados de la vida política y social; son una familia con plena felicidad y sin preocupaciones; cuentan con la riqueza de la biodiversidad y pueden sobrevivir y satisfacer sus necesidades con la naturaleza.

Tuvieron un hijo llamado Xitlix, que nació con síndrome de Down. Lamentablemente, ellos no tienen los recursos para poder darle una vida con la atención que se merece.

Un día por la mañana despertaron con los ruidos de una maquinaria. Jictlixtle salió corriendo para ver lo que estaba sucediendo. Se interpusieron en su camino unos arquitectos y le explicaron.

—Muy buenos días, señor. Disculpe la manera en la que ha sido despertado, pero lo que pasa es que tenemos una orden para poder construir en sus tierras. Es una zona arqueológica.

—Erroooooooooor. ¿Dónde viviremos mi familia y yo?

—Contamos con dinero suficiente para que ustedes busquen otro establecimiento donde vivir. Vamos a iniciar de una vez. Empiecen...

Jictlixtle fue corriendo a sacar a su familia y algunas de sus pertenencias. Esto fue una desgracia para ellos porque ahí habían pasado toda su vida. Todos sus anima-

les, cosechas, todo lo que habían construido se quedó en manos de los hombres del Estado.

“Se quedaron sin sentido de pertenencia a la comunidad”

No pudieron hacer nada al respecto de este despojo; no sabían que eso era un delito y que estaban violando uno de sus derechos, el *derecho a la propiedad*, ya que eran hombres que se hicieron pasar por trabajadores del Estado.

Caminaron un tiempo para llegar hasta la parada de autobuses. Tuvieron que tomar uno con destino a la ciudad a la cual pertenecía este pueblo indígena zoque.

Al subir, les tocó conversar con una señora con un alto puesto de trabajo. Ella se tocó el corazón y les ofreció trabajo en su casa. Encima, les iba a dar un apoyo para la enfermedad de Xitlix.

Al llegar a casa de la señora Beatriz, fueron muy bien recibidos por toda su familia. Gracias a ella, tenían una mejor calidad de vida y contaban con todos los recursos.

Una noche se sentaron a cenar. Xixtlaxtla, Jictlixtle y Xitlix les prepararon un delicioso manjar, como se acostumbra hacer en su etnia en agradecimiento.

Chanikuy

Naturalmente, a esta familia zoque le costó trabajo poder acostumbrarse a esta nueva vida. Tenían muchas costumbres, tradiciones y acciones que los representaban, las cuales tuvieron que dejar a un lado por la religión de la familia de la señora Beatriz.

Durante ese tiempo, se fueron acoplando y uniendo a su familia, formando un gran vínculo con ellos. A pesar de que Xixtlaxtla y Jictlixtle les brindaban sus servicios, ya se les consideraba parte de la familia.

Pasando el tiempo, la señora Beatriz tuvo problemas de salud y de trabajo. Su empresa ya estaba en bancarrota a causa de que no tenían una administración correcta, además de que su salud estaba en riesgo. Su esposo también era parte de su empresa.

Xixtlaxtla hizo todo lo posible con sus conocimientos para que la señora Beatriz se pusiera estable. Una noche, la señora Beatriz no pudo resistir una operación. Fue una catástrofe su fallecimiento de la señora Beatriz. La felicidad ya se había acabado. La vida de todos estaba a punto de cambiar.

1997, abril. Una mañana, el esposo de la fallecida, llorando, fue hacia la familia zoque.

—Familia mía: no saben qué dolor siento, sabiendo que son lo único que tengo. Pero lamentablemente ya no puedo seguirles dando la calidad de vida que antes les podíamos dar.

A la mañana siguiente, Xixtlaxtla, Jictlixtle y Xitlix ya tenían empacado todo para irse. Agradecidos, le dijeron:

—Es imposible sentirse agradecido y deprimido a la vez. Ustedes, que cultivaron la gratitud, suelen ver el mensaje en medio del caos. Y aunque la vida los tumbé ocasionalmente, las personas agradecidas siempre encuentran una razón, por muy pequeña que ésta fuese, para levantarse.

Se retiraron y quedaron plenamente agradecidos y satisfechos con el apoyo de esa familia, pero al parecer toda la felicidad y gozo ya había terminado en sus vidas. Fueron camino a la estación de autobuses para reencontrarse con parte de su comunidad en otra etnia. Al llegar a la estación, a punto de abordar el autobús, los policías los pararon y empezaron a hacerles diversas preguntas sobre su integridad personal.

Los señores ya estaban *súpernerviosos* porque temían a perder su autobús. Al darse la vuelta, se dieron cuenta de que ya lo habían perdido. Los policías les ofrecieron trabajo en su caseta donde ellos estaban viviendo, pero no era como el trabajo que les había ofrecido la señora Beatriz, ni la misma atención y gratitud. Durante 2 semanas les ofrecieron el 20% del salario de ellos, un techo donde vivir y comida.

Así fue. Ese tiempo fue un infierno sus vidas: los trataban como esclavos. A Xitlix lo trataban como si fuera una diversión por la enfermedad que padecía; Xixtlaxtla y

Jictlixtle eran quienes les hacían absolutamente todo, hasta sobarles los pies. Llegaron al punto de hasta darles una miseria de comida. Cuando no obedecían o simplemente buscaban una razón para llegar y soltarles golpes a los tres, no les quedaba de otra más que permitir todos esos desaires, con tal de percibir ingresos para mantenerse estables y cubrir las necesidades de Xitlix. Y ni cómo salirse, si los dejaban con llave.

Un día, Jictlixtle se levantó con valor.

—¡Ya basta de tanto maltrato hacia nosotros! ¡Exijo que nos dejen salir! ¡Ahora!

—¿Tú quién te crees para darnos ordenes, anciano negro? Más vale que le vaya bajando y me obedezca, ¿entendió?

Mientras éste le ponía la pistola en su cabeza, dignamente Jictlixtle agachó su cabeza y se retiró.

—Nada más vienen de un pueblo asqueroso de gente ignorante y ya me quiere venir a mandar como si fueran los Z.

Dado el tiempo pasado, era tanta su desnutrición y maltrato, principalmente de Xixtlaxtla, que ya no pudieron atender a los policías, así que éstos descaradamente sacaron a esta familia a golpes con una porra.

Afortunadamente, un señor se dio cuenta mientras estaba del otro lado de la avenida. Con desesperación se atravesó la avenida para ver qué era lo que estaba sucediendo. En ese momento, los policías se echaron a correr. Este señor le brindó ayuda a la familia por el estado de salud en el que se encontraba Xixtlaxtla. Les brindó información para poder armar un caso, para que los policías fueran arrestados por la forma en la que los tenían encerrados y por el maltrato psicológico y físico.

Xixtlaxtla fue llevada a un hospital urgentemente por las condiciones en las que se encontraba. Mientras Jictlixtle fue investigar para poder armar un caso contra los policías, los abogados de oficio como tales no querían dales apoyo porque eran de otra etnia y por no darles el dinero que ellos le pedían.

Jictlixtle levantó el acta contra esos policías, sin saber que fue a demandarlos donde ellos trabajan.

Mientras, Xitlix se quedaba con su mamá, dándole ánimos para que siguiera luchando por su salud y pudieran ir a un lago, lo que tanto anhelaban.

Xixtlaxtla poco a poco se iba recuperando. En la noche llegó Jictlixtle.

—Mujer. Te traigo las buenas del señor: he armado el juicio para que esos desgraciados paguen por lo que te hicieron. Mañana tenemos que estar ante la audiencia para poder declarar todo lo que vivimos con ellos.

Fue un momento de tanta emoción, en el cual tenían esperanzas de que se pudiera ser justicia, ya que los policías habían violado sus derechos.

—Derecho a la vida.

—Derecho a la igualdad y prohibición de discriminación.

—Derecho a la libertad de persona.

Jictlixtle ya se había informado correctamente sobre los derechos humanos y sobre la constitución que rige al gobierno. Decidió dejar sus ideologías a un lado y entrar un poco al mundo de la política y sociedad.

A la mañana siguiente ya estaba listo para declarar. A Xixtlaxtla la llevaron en silla de ruedas al juzgado y así empezó todo. Ellos y su abogado de oficio creyeron que ya todo estaba ganado, por las evidencias que tenían para que los pudieran arrestar.

Los policías jamás aparecieron, pero si su abogado que los representó.

Jictlixtle fue el primero en declarar sobre lo sucedido.

Ya terminado el juicio contra los policías, se dio un día para que el juez decretara que es lo que sucedería. El abogado de oficio mostró todas las evidencias de los maltratos que tuvieron y el daño psicológico que le habían causado a Xitlix.

Y dio a conocer los más derechos que les habían violado:

—Derecho a la integridad y seguridad personales.

—Derecho a la Libertad de expresión.

—Derecho a la libertad religiosa y de culto.

Se pudieron dar cuenta de que estaban pasando por alto la constitución política, en la cual deberían los policías estar sentenciados a cadena perpetua.

Al día siguiente era la segunda audiencia para ya decidir su libertad. El juez en realidad pasó por alto la evidencia que le habían mostrado. Tan descaradamente empezó a defender a los policías, poniendo obstáculos para que no se encontraran culpables. El juez atestiguó:

—Este caso no puede ser concluido correctamente. Ustedes son indígenas, con otras ideologías no respetables en esta comunidad. Y por supuesto, no tienen cómo comprobar cómo violaron sus derechos y no respetaron la constitución. Este juzgado no les corresponde a ustedes. Es recomendable que no anden solos, porque son distintos y para que sigan evitando la discriminación. Doy por anulado este caso.

—¡Esto es una clara injusticia ante la igualdad sociaa!

Injustamente perdieron el caso. Pero dada la situación, el abogado se dio cuenta de que el juez y los policías tenían una relación amistosa y que posiblemente por eso los dejó en libertad sin ponerles un cargo, a pesar en la situación en la que se encontraba Xixtlaxtla.

Como uno se podrá dar cuenta, a este caso y a muchos más no les dan seguimiento. En esto influye la discriminación e incluyen muchos factores más.

Lamentablemente, Jictliltle entró al hospital junto con Xitlix para darle la noticia a su esposa. Se interpuso el doctor —Felicidades. Su esposa ha hecho un gran esfuerzo. El día de mañana en cuanto amanezca la daremos de alta.

Más que una simple noticia que alegró sus corazones al saber que tal vez no ganaron el caso, pero si ganaron la lucha contra el estado de salud de Xixtlaxtla, con tanta emoción y alegría entraron rápidamente a verla.

Pero de repente, cuando la vieron, el mundo se les vino completamente abajo: encontraron a Xixtlaxtla en estado vegetativo. Y es así como su vida dio un giro por completo en un instante.



Lamentablemente, se quedaron solos él y Xixtlíx. Después del fallecimiento de su madre ya nada era igual. Ellos se establecieron en un catre que estaba en el estacionamiento del hospital, mientras pensaba Jictliltle qué iban a hacer de sus vidas. Iba a la esquina a un restaurante para llevar alimento a Xixtlíx, donde tiraban todo el desperdicio.

Durante dos semanas estuvieron viviendo ahí. Era tanta la depresión de Xixtlíx al haber perdido a su madre, que una noche quedó entrelazado en los brazos de su papá mientras éste le cantaba. A la mañana siguiente ya no despertó.



El niño Juanjo

Jesús Armando Jiménez Martínez

Había una vez un niño llamado Juanjo, que nació en un barrio algo pobre. Sus papás eran drogadictos y tenían una adicción; Juanjo logró sobrevivir en la calle tirado, ya que una perrita muy buena llamada *Lula* lo cuidó como si fuera uno de sus cachorros. Este niño creció, ya tenía cuatro años y vivía con la perrita en un basurero alejado de la ciudad, donde nadie los veía, donde estaba solo y no sabía qué hacer. La única que le hacía compañía era *Lula* a la que él consideraba una madre. El niño sólo portaba puesta una playera y un pantalón que encontró en aquel basurero.

Un día, Juanjo llegó a una zona de la ciudad y se encontró con niños como él, pero su desgracia es que, como vivía con *Lula*, no sabía hablar. Entonces le preguntaban algo y él no sabía lo que pasaba.

Entonces, esos niños decidieron llevarlo a donde ellos vivían, que era una casa de cartón debajo de un puente, donde pasaban demasiados carros y camiones ruidosos. Los niños sabían que Juanjo no sabía hablar, así que entre todos los que estaban le enseñaron lo poco que sabían, lo que por sí solos habían aprendido.

Ya pasaron dos años (sí, tan rápido y no lo esperabas, yo lo sé). Juanjo ya tiene seis años, ya aprendió a hablar como los demás de sus amigos, ya sabe lo que tiene que hacer para sobrevivir y ya está vestido un poco diferente. Un día, Juanjo decidió ir por aquella que lo cuidó y estuvo con él todo el tiempo que necesitó para crecer un poco más y que lo alimentó por cuatro años.



Juanjo llegó a la zona donde habitaba la perrita, que aún no tenía nombre; él se acercó, la vio hay recostada, sola, desnutrida, casi sin poderse mover. Ya era un poco tarde. Juanjo decidió cargar a la perrita y llevarla a donde estaba viviendo él. Les dijo a sus amigos que esa perrita lo cuidó y alimentó durante cuatro años. Sus amigos se quedaron impactados; no podían creer que un perro cuidara de un humano. —Sólo dejen que ella se quede aquí en lo que encuentro comida. Es muy necesario; siento que si no la alimento morirá —dijo Juanjo. —Sí, lo aceptamos. Nosotros te ayudamos a buscar comida. Dejemos a Carlitos cuidando de ella —dijeron sus amigos, sin pensar más.

Estaba anocheciendo. Juanjo y sus amigos ya llevaban comida para ellos y para la perrita, la cual Juanjo sentía que moría porque ella estaba recostada, tapada con un cartón; pero ella, al ver a Juanjo, se ponía feliz y movía la cola con alegría de verlo otra vez.

Esa noche, Juanjo le dio toda la comida que era para ella y lo que sus amigos le habían dejado a él —¿Por qué le dio su comida? —sus amigos se preguntaban asombrándose. Uno de ellos se acercó —¿Por qué le das tu parte a la perrita si a ella ya le diste de comer lo que le trajiste? —le preguntó. —Porque a ella no le importó quedarse sin comer cuando me cuidó, porque ella vio por mí como si fuera una madre y porque a ella le debo mi vida. Nunca me faltó un poco de comer, ella me alimentó —respondió Juanjo.

Sus amigos, sorprendidos y con lágrimas en los ojos, llorando de tristeza al ver la forma de pensar de Juanjo, decidieron darle a la perrita lo que les quedaba de comida. Juanjo la volteó a ver —Gracias por todo. Como tu cuidaste de mí, ahora a mí me toca cuidar de ti. Pero por ahora te tengo que poner un nombre: te llamare *Lula*. Ése es tu nombre —le dijo.

Al día siguiente, *Lula* se levantó con ánimos y fue a despertar a Juanjo, quien se puso muy feliz de verla despierta y con esas ganas de vivir, de las que él quería ver.

Diario Juanjo se iba a trabajar a donde pasan los carros; lavaba los cristales y a *Lula* siempre la dejaba a un costado

de la carretera. Ella entendía que tenía que estar ahí y así fue durante mucho tiempo.

Ya han pasado cuatro años. Juanjo ahora tiene 10 años; ya es grande, ya es un poco fuerte, ya piensa más lo que hace y ahora cuida y quiere a *Lula*. La perrita ya está más vieja; ya casi ni se puede mover, le pesa estarse moviendo, pero ella es feliz estando al lado de Juanjo. Un día, Juanjo salió a trabajar como siempre, acompañado de sus amigos y de *Lula*. Mientras Juanjo lavaba el vidrio, *Lula* lo miraba como siempre. Veía como Juanjo se exponía al sol y a que un carro hiciera una desgracia. Pero de repente, el perro que estaba amarrado con una cadena atrás, en un vecindario, se soltó y corrió hacia Juanjo, que estaba distraído, salto sobre él y le mordió un pedazo del labio de arriba. Al ver eso, *Lula* corrió con fuerza, enojada, furiosa de lo que había pasado, se abalanzó contra el otro perro y le mordió el cuello con gran fuerza y lo mató.

Juanjo, herido, casi desmayado y sin fuerzas, abrazó a *Lula*. —No te preocupes. Todo estará bien. Quédate tranquila, que no pasará nada —le dijo.

Un alcalde, quien lo vio tirado y sangrando del labio, sin pensarlo lo subió a su carro y lo llevó al hospital más cercano que encontrara. En el transcurso, el alcalde le dio muchos paños de papel para limpiar la sangre.—¿Por qué me está ayudando? —preguntó Juanjo, limpiándose la sangre. —Porque te veo desangrar y no es bueno ver a alguien sufrir —contestó el alcalde.

Llegando al hospital, los doctores atendieron a Juanjo con rapidez, aunque le recordaron que no lograría poder hablar como debería, ya que su labio sería cosido y hablaría diferente.

Pasaron dos meses y Juanjo salió del hospital. y nadie le dijo algo. Corrió hacia donde él vivía con sus amigos y lo único que espero a ver fue a *Lula*, la cual ahora estaba inmóvil porque un carro la golpeó y le lastimó la columna mientras ella corría hacia el hospital donde llevaban a su amigo o, mejor dicho, su hijo. Dice Carlitos que intentó alcanzarla, pero sólo escuchó cuando lloró.

Juanjo, al oír lo sucedido, corrió y abrazó a la gran amiga y a la gran mamá que lo cuidó y estuvo con él mientras la necesitó. La abrazó fuerte, *Lula* lo volteó a ver con una gran sonrisa y una mirada fija hacia él. —Gracias por dejarme cuidarte y por estar contigo. Ahora que es la última vez que te veo, ya puedo descansar en paz en verdad gracias Juanjo —fue como si le hubiera dicho.

En ese momento que Juanjo vio a la perrita, ella, con una mirada tierna y una lagrima en los ojos, durmió para siempre. Juanjo se puso triste, lloró por días y no comía, hasta que decidió ir a buscar al señor que le ayudó cuando él lo necesitó. Y lo encontró y lo vio —Quiero un estudio ¿me lo podría conceder? —le dijo. —Te lo concedo —le dijo el señor sin pensarlo. Pero Juanjo no nada más hizo esa petición, también dijo que a sus amigos les ofreciera el estudio, lo cual sus amigos lo aceptaron y le dieron las gracias al señor de que les hiciera ese favor, que eran un gran alcalde.

Al llegar a la escuela, no esperaba a ver a niños malos que se burlaran de él por como hablaba, por como estaba. Se reían de él, lo maltrataban y los maestros no ponían orden y lo ignoraban. Pero al paso del tiempo, Juanjo se acostumbró, al igual que sus amigos, y siguió estudiando.

Ya han pasado 29 años. Juanjo ya es mayor. Por fin ha terminado sus estudios junto a sus amigos. Cumplió el sueño y el trabajo que él deseaba tener desde que vio a aquel hombre que lo ayudó y que les dio un estudio a él y a sus amigos. Dijeron que él fue un gran hombre, así que ellos fueron alcaldes o fueron parte del gobierno de la Ciudad de México. Aunque Juanjo tuviera ese problema de su labio y no lograra hablar, bien decidió trabajar en un proyecto, el cual le costó un largo tiempo para que el gobierno de la Ciudad de México lo comprendiera, los derechos de los niños. Sí, que todo niño tenga derechos, los cuales son:

- ✦ Derecho a la vida, a la supervivencia y al desarrollo.
- ✦ Derecho de prioridad.
- ✦ Derecho a la identidad.
- ✦ Derecho a vivir en familia.
- ✦ Derecho a la igualdad sustantiva.

- ✦ Derecho a no ser discriminado
- ✦ Derecho a vivir en condiciones de bienestar y a un sano desarrollo integral.
- ✦ Derecho a una vida libre de violencia y a la integridad personal.
- ✦ Derecho a la protección de la salud y a la seguridad social.
- ✦ Derecho a la inclusión de niñas, niños y adolescentes con discapacidad.
- ✦ Derecho a la educación.
- ✦ Derecho al descanso y al esparcimiento.
- ✦ Derecho a la libertad de convicciones éticas, pensamiento, conciencia, religión y cultura.
- ✦ Derecho a la libertad de expresión y de acceso a la información.
- ✦ Derecho de participación.
- ✦ Derecho de asociación y reunión.
- ✦ Derecho a la intimidad.
- ✦ Derecho a la seguridad jurídica y al debido proceso.
- ✦ Derechos de niñas, niños y adolescentes migrantes.

Estos derechos fueron propuestos por Juanjo y por sus amigos que lo acompañaron y apoyaron desde los seis años. Dijeron que ésa fue la mejor propuesta, así que los niños poco a poco empezaban a recibir sus derechos. Juanjo jamás tuvo esposa y un hijo porque él sabía que por el problema que tenía no lo conseguiría, así que decidió ir por los niños de la calle y cuidarlos en un hogar.

Después de unos años, los niños en ese lugar estaban contentos porque ya tenían un lugar donde podían vivir y estar tranquilos, sin correr ningún peligro. Juanjo decidió también darles estudio, tal como lo puso en los derechos. Pero el único derecho que sabía que estaría un poco complicado, o más bien complicado, es el derecho a un padre y una madre, lo cual puso tristes a los niños, porque como ellos estuvieron sufriendo, no estaban conscientes de lo que era una madre. Lo único que sentían era cariño al ver a una mujer con dos niños, pero sabían que esa persona no les

pertenecía. Juanjo les dijo que muy pronto encontraría cada uno una madre que los cuidara y los amara.

Un día, Juanjo, como hacía en la mayoría de su tiempo libre, salió en busca de esos pobres niños y salió a buscar junto con los amigos que lo acompañaron desde que él llegó. Entonces, encontraron un minigrupito de amigos de la calle, igual a ellos cuando estaban chicos. Entre ellos se pusieron a llorar porque pensaron que se repetiría la historia. Entonces mejor decidieron llevarlos a la casa de niños. Ahí estaba también un pequeño niño, parecido a Juanjo. El niño llevaba a su perrito, llamado *Stich*, un perrito similar a *Lula*, y se puso feliz.

Juanjo decidió aceptarlo como hijo. —No te preocupes que yo te cuidare como un hijo y te pondré un nombre, como todos. Te llamas Mauricio y vivirás en la casa donde yo vivo —le dijo.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Mauricio al ver que Juanjo lo cuidaba. —Porque entre mis amigos y yo vivimos una historia similar a la que tu vivías cuando estabas en la calle. ¿Sabes? Tú te pareces mucho a mí, por eso te cuido. No quiero que sufras tal y como yo sufrí.

Y con una mirada dulce, tierna y llena de agradecimiento, lo abrazó. —Gracias, padre. Gracias por estar aquí.

Juanjo sabía que ya tenía un hijo y tenía su sueño de ese trabajo deseado. Pero había una cosa que le faltaba a él y a su hijo: una acompañante. Al fin, después de varios años, consiguió lo que estuvo buscando. Mauricio lo ayudó a conseguir una esposa, lo cual hizo que Juanjo se pusiera feliz y también Mauricio: ya tenía mamá.

Juanjo terminó con muchos niños de la calle y les dio un hogar. Tuvo una esposa y un hijo, vivieron felices por siempre y la gente lo apreciaba por dar una cosa tan simple pero la más valiosa que se llama EL DERECHO DE LOS NIÑOS.

La intención de mi cuento fue tener reflexión de lo que vive el mundo y los niños de la calle día a día. ¡Gracias por su atención!

Maricela de San Cristobal de las Casas

Korinthya Atzhanett Chaparro Salgado

En un pequeño pueblito de San Cristóbal de las Casas existe una familia humilde. Ahí se desarrolla una historia de valentía, coraje y deseos de superación. Ahí vive Maricela, una niña de 13 años, la mayor de cinco hermanos. Su padre es campesino y su mamá es bordadora de ropa en una comuna.

Maricela soñaba con ir a la escuela y ser maestra, pues ella tenía que ayudar a su madre con sus hermanos y en las labores del hogar. Ella se encargaba de ir por agua al río, lavar la ropa, hacer las tortillas y preparar la comida para todos. Ella veía a algunas maestras y soñaba con ser algún día una de ellas, pero desafortunadamente por las carencias que había en su casa y los usos y costumbres en su comunidad, a las mujeres no se les permite estudiar, a cierta edad se tienen que casar, pues con la boda de cada hija los padres piden dote y eso les ayuda por un tiempo.

Pero Maricela no quería que sus padres llegaran a casarla por una tradición.

Ella quería ser maestra, quería ser profesionista; ella soñaba, anhelaba, era su sueño. Un día le comentó a su mamá de su sueño, pero su madre venía de usos y costumbres. Le dijo que quién le había dicho tal cosa, que ella tenía que respetar las tradiciones.

Maricela, enfadada, se fue a llorar al río y a seguir soñando. Pensaba cómo le haría para lograr lo que ella deseaba tanto.

Habló con su papá que si ella podía estudiar, pues ella quería ser maestra. Su padre se enojó tanto que le dijo que

la llevaría con el brujo del pueblo para que le quitara ese embrujo. Llorando, ella se fue al río y ahí encontró a una señora que no era del pueblo. Ella le comentó que trabajaba en una casa en la ciudad de Puebla, le dijo que ella hacía las labores de la casa y que le pagaban muy bien. En ese momento pasó por la mente de Maricela lo que ella anhelaba, y le dijo que si la ayudaba a irse del pueblo a trabajar con ella, pues le comentó lo que ella quería hacer. La mujer aceptó y la acompañó a su casa para hablar con sus padres.

Al principio no aceptaban y ella les suplicó que la dejaran ir, pues con lo que ella ganara les iba ayudar para salir adelante. Su madre le dijo a su papa que la dejara para que ayudara. El padre aceptó y Maricela se fue con la señora a la ciudad de Puebla, emocionada porque ella llevaba en su mente hacer su sueño realidad.

Después de cierto tiempo, Maricela buscó una escuela cerca de donde trabajaba, pues ella le había comentado a su patrona que quería ser maestra, que por eso ella había decidido salir de su pueblo, para hacer realidad su sueño.

Maricela, ya estando en la escuela nocturna, en una de sus materias encontró que el artículo 3° de la constitución de los Estados Unidos Mexicanos que todo ciudadano ejerce su derecho a la educación primaria y secundaria gratuita obligatoria para todos. Una educación accesible para todos los niños y las niñas.

Sorprendida, le manda una carta a sus padres pidiéndole que a sus hermanos los manden a la escuela, que no tiene ningún costo y esto ayudaría que sus hermanos se preparen para tener una vida plena y social. Al llegarles la carta y leerla, no podían creer que Maricela estaba logrando su sueño de superarse y ser una maestra.

Ella, con sus ideas y cartas que les enviaba a sus padres, hizo que se cambiara en su familia la tradición, que a veces, por circunstancias que genera en las comunidades, hace que no se realicen este tipo de cambios y sueños.

Maricela, al paso del tiempo, logró su soñado anhelo de ser licenciada en educación primaria.

Ella le solicitó a la Secretaría de Educación Pública trabajar en San Cristóbal de las Casas, pues ése era ya el momento de reunirse con su familia.

Cuando recibió la aceptación de la SEP, empacó sus pertenencias y decidió viajar a Chiapas con el propósito de ayudar en su comunidad, participando en la alfabetización para que logren tener una mejor calidad de vida.

Maricela logró que hombres y mujeres tomen clases de Alfabetización en español y en su lengua materna.

Los sueños se realizan siempre con la esperanza de lograrlos. Si caes, te levantas y vuelves a empezar.

A veces muchas personas, por ignorancia, hacen que no lo puedan lograr. A veces es bueno saber a que tenemos derechos y saber exigirlos, pues de ellos tendremos una mejor calidad de vida para nosotros y nuestras familias.

Siempre tengamos un sueño, como Maricela de San Cristóbal de las Casas, ya que ella es un ejemplo a seguir para lograr lo que tanto anhelas.



Sin familia

Jacob Vázquez Cruz

Papá golpeaba de nuevo a mamá, como todos los días. Yo estaba en mi cuarto con mi hermano, Donovan. Se escuchaba el llanto de mi madre, pero no podíamos hacer nada, sólo nos quedamos abrazados el uno al otro. A la mañana siguiente, mamá estaba llena de moretones, sollozando en su habitación. Cuando papá se fue, mi hermano y yo corrimos a ayudar a mamá, pues él no dejaba que la curáramos. Mientras uno de los dos ayudaba a mamá, otro vigilaba que no llegara él. Pero en un instante que volteeé para ver si estaban bien, papá entró por la puerta totalmente borracho, con una cerveza a medias en la mano. Nos encontró consolando a mi mamá, tomo a mi hermano por los hombros, lo tiró al suelo y lo comenzó a patear.

—Déjalo —grito mamá, mientras intentaba ayudar a Donovan.

—Suéltame, mujer —dijo papá mientras se libraba de los brazos de mamá.

Tomé una silla con mis dos manos, la levanté y la rompí contra su espalda. Se volteó y me golpeó con toda su furia y por desgracia quede inconsciente. Al despertar vi que Donovan estaba muy mal, pero mamá estaba mucho peor. Salí de mi habitación para ayudarla, pero mi hermano me tomó del brazo y me dijo —Espera a que él se duerma.

Así que esperamos y, cuando se quedó totalmente dormido, nos curamos las heridas. Algunos días después, cuando nuestra madre estaba mejor, papá llegó a la casa borracho, más de lo normal. Comenzó a golpear sin razón

ni piedad a mamá, se escuchaban sus gritos de dolor. Entonces Donovan salió de la habitación y, con todo su enojo, le dio un golpe que lo dejó aturdido por un rato. Eso sólo hizo que papá se enfureciera más.

Me quede pasmado. No podía hacer nada: un pequeño niño de 13 años, flaco, sin fuerzas, con miedo. En ese instante tuve una idea: acabar con esto por siempre, así que tomé el cuchillo más afilado de la cocina y se lo clave por la espalda... o eso estuve a punto de hacer, pues algo me pasó que me detuvo. No podía acabar con la vida de alguien; no podía acabar con la vida de mi padre, pero a papá eso no le importó mucho y siguió golpeando a mamá. Mi hermano y yo intentamos llamar a la policía y a una ambulancia para que ayudara a mamá, ya que estaba muy mal. De lo que no nos dimos cuenta fue de que papá vio lo que estábamos haciendo y lleno de rabia nos comenzó a golpear, al escuchar esto, mamá, la mejor mamá, la más bonita, la más tierna fue a mi auxilio.

—¡Suelta a mi hijo, imbécil! —le dijo, mientras lo golpeaba.

—No me toques —gritó papá, mientras se volteaba para golpearla.

—¡Déjala, déjala! —gritaba Donovan furioso. Pero nada, nada lo podía detener. Parecía que ella fuera su enemiga. Una mujer tan bella y tan tierna, parecía que tenía que pagar por algo cuando ella sólo daba amor.

Ése es el último recuerdo que tengo de ella...

Cuando ella quedó inmóvil, él sólo se sentó en el sillón, prendió la tele y, con toda la tranquilidad del mundo, como si no hubiera pasado nada, tomó una cerveza y se relajó.

Esa tarde sentí como mi corazón se oprimió hasta casi morir. Mi hermano y yo nos fuimos de casa. ¿Qué más podíamos hacer? No teníamos más familia. Estábamos solos. Sólo nos teníamos a nosotros mismos.

Las primeras noches fueron las peores: pensar en su carita, saber que no me volvería a abrazar. Todos los días yo iba a pedir limosnas para poder comer, mientras mi hermano buscaba un trabajo donde lo aceptaran, pues sólo

tenía 15 años. Después de un largo y triste día, dormíamos en un basurero. Era lo mejor porque, a pesar del mal olor, teníamos una vista increíble del cielo nocturno, con cientos de estrellas, todas colgando con un delgado hilo sujeto a un inmenso mar oscuro y magnífico.

—Te estaba buscando, ven sígueme —me dijo Donovan un día que llegó corriendo muy emocionado.

—¿Para qué? —le pregunté.

No dijo nada. Sólo me miró con una sonrisa. Llegamos a una alcantarilla donde había más niños.

—Hola, me puedes decir *Vampi* —se presentó uno de los niños.

—¿Por qué *Vampi*? —pregunté curioso.

Solo sonrió.

—Vengan —dijo otro.

Todos nos sentamos alrededor de una fogata que hicimos con llantas y, uno por uno, comenzaron a contar la historia de cómo habían terminado en la calle.

—Mi madre siempre me pegaba tan duro que me tiro casi todos mis dientes, pero mis colmillos se salvaron. Por eso me dicen *Vampi* —dijo mientras sonreía y dejaba resplandecer sus pequeños colmillos de vampiro.

—Mi nombre es Juan. El mismo que el de mi hermano mayor, que murió en un accidente —dijo otro. —Mis padres me obligaron a ser él. No tenía elección, pues si me rebelaba, me golpeaban con toda su ira. Así que decidí huir para poder ser yo y no mi hermano. Y por favor díganme Sebastián, yo ya no soy Juan —terminó de hablar.

—Yo soy Mercedes y mi tío abusó de mi durante dos años, pero cuando se lo conté a mi padre no le dio importancia, así que decidí huir con mi madre pero quede atrapada aquí —dijo con tristeza.

—¿Cuál es su historia? —dijo *Vampi*.

—Hoy no —contesto Donovan.

A la mañana siguiente, salimos a vender flores hechas con reciclaje por Ángel, un chico del grupo.

Un día estábamos vendiendo artesanías de Ángel cuando de pronto llegaron varios policías que empezaron gol-

pear a un grupo de jóvenes sin razón alguna. Al ver esto, la gente ayudó a los muchachos. Mi hermano y Sebas fueron a defenderlos, pues eran los más grandes del grupo pero no ayudó mucho, pues llegaron refuerzos y se llevaron a Ángel.

Cuando llegamos a la alcantarilla, nadie hablaba. Todos sabíamos que no lo volveríamos a ver. Nunca supe su historia; sólo sabía que sus manos eran las de un dios. Con ellas podía hacer maravillas; convertía basura en verdaderas obras de arte.

Cuando ya no había más esperanza, en medio de la oscuridad surgió una luz: un grupo de ayuda a los niños de la calle llegó a la alcantarilla con comida.

Al principio no sabíamos si confiar, pues ya teníamos dos años en la calle y ya nos había pasado algo similar. Decían que te iban a ayudar, pero sólo te querían explotar. Por suerte, éste no fue el caso; cada día nos llevaban comida y hacíamos actividades recreativas, como juegos de mesa o simplemente platicar.

Un día Donovan preguntó curioso:

—¿Qué es lo que quieren? —pues no quería que volviera a pasar lo que le pasó a Ángel.

—Lo único que queremos es ayudarlos —contestó una de las chicas.

—Es verdad. Sólo quieren ayudarnos —contestó vampi.

Pero todos sabíamos que sólo lo había dicho porque se había encariñado con ella. Siempre hacía eso. Él sólo buscaba una madre, una que lo quisiera de verdad.

Todo iba muy bien hasta que nos preguntaron si queríamos salir de la alcantarilla e ir a comer a un centro de apoyo donde había más niños de la calle.

—No —contesto sin titubear Sebastián.

—Tiene razón —respondió Donovan.

—No lo sé. Tal vez es buena idea —dijo Mercedes.

—Deberíamos ir —dijo Vampi.

Yo no dije nada, sólo me quede observando. No sabía qué hacer. Estaba confundido; no sabía si ir o no. Si algo aprendí en el tiempo que estuve en la calle fue en no confiar en nadie, pero esto se sentía diferente.

—Yo voy —dije.

—Pe pe pero —tartamudeó Donovan.

—Está bien, pero no libraras de mí tan fácil. Yo voy contigo —contestó.

—Bueno. Alguien tendrá que cuidarlos ¿no? —dijo Sebastián con una pequeña sonrisa.

Cuando llegamos todos, nos dimos cuenta que en verdad nos querían ayudar.

La comida que nos dieron era la mejor que había comido en meses. Al igual que la de otros niños, pues había más niños. Uno de ellos se acercó a mí.

—Hola —me dijo —¿Todos ustedes vivían juntos?

—Sí —le contesté —y seguimos viviendo juntos.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué qué? —dije yo.

—¿Por qué viven todos juntos? —aclaró.

—Así es más fácil. Nos ayudamos entre nosotros —contesté.

—Ojalá lo hubiera sabido —dijo triste.

Casi siempre comíamos allí. También hacían actividades recreativas, nos daban terapias para dejar la calle y, aunque yo definitivamente quería salir de ese infierno, no todos pensaban lo mismo. Tal fue el caso de mi hermano, que estaba sumergido terriblemente en las drogas, lo que le hacía no querer dejar la calle, pues su vicio se lo impedía, al igual que a Sebas y muchos otros niños. Pero gracias a todas las terapias, los dos poco a poco las iban dejando.

Después de unos cuantos meses, nos invitaron a dormir en habitaciones compartidas con otros jóvenes y nosotros accedimos sin titubear. La alcantarilla ya empezaba a ser aburrida.

Poco a poco se iban y llegaban personas, como Mercedes, que fue la primera del grupo en irse. La gente que nos ayudó la llevo con su mamá y demandaron a su tío y lo metieron a la cárcel. Después fue *Vampi*, se fue a vivir con una familia que sí lo quería. Por fin, después de tanto, tenía una mamá. Por último, Sebastián y mi hermano consiguieron trabajo y se hicieron independientes, pues ya iban a cumplir los 18 años.

Yo fui a vivir con mi hermano. Al final todo se había resuelto: sobrevivimos a la calle y a todos los retos de ella, el hambre, la enfermedad y las peligrosas pandillas.

Pero no a todas, no a la pandilla más grande de México. Una que mata a cientos de inocentes, la misma pandilla que se había llevado a Ángel: el ejército. Ése mismo se llevó a mi hermano y nunca más volví a saber de él. Sólo porque junto con otros jóvenes exigían sus derechos.

Por eso me dedico a exigir mis derechos y los de otras personas, para que no le pase a más niños lo que nos pasó a nosotros, y que nunca más los jóvenes tengan miedo de salir, porque nos hacen falta muchos...

Como un sueño

Ana Jimena Valencia Cosme

Era la mañana del 19 de septiembre de 2017. Me levanté como todos los días, con las ganas y el entusiasmo de ir a la escuela. Suena raro, pero así es: me gusta ir a la escuela; siento que es la llave que abrirá la puerta para cumplir con todos mis sueños. Y cuando digo sueños, me refiero a todo: juegos, viajes, antojos, gustos, todo, todo.

Bueno, mi día transcurrió normal, mis clases, mis amigos, el receso todo. Sin embargo, algo yo sentía en mi corazón, un sobresalto o no sé bien; algo en mi interior me indicaba que algo iba a suceder, pero no sabía qué. Me encontraba intranquila, triste, nerviosa. No sé cómo describirlo.

Eran las 13:14 horas. Me encontraba en la última clase, cuando de repente todo comenzó a moverse; todo fue confusión. Mis compañeros y compañeras lloraban, gritaban, corrían... fue algo inesperado, que ya había durado, de acuerdo con mi percepción, mucho tiempo. Yo sólo quería caminar rápido y salir de ahí, y no podía; el piso se movía y sentía desequilibrio al caminar. Por un momento, lo único que pensé fue "como desearía estar con mi familia".

Cuando me di cuenta, ya había llegado al patio de la escuela y me encontraba junto a todos mis compañeros, maestros y demás alumnos de la escuela. Recuerdo haber sentido cómo aún se movía todo.

Durante unos segundos todo era silencio, miedo e incertidumbre; únicamente nos mirábamos a los ojos unos a otros, hasta que ese silencio lo rompió el ruido de una

ambulancia que se escuchaba fuera de la escuela, por las calles aledañas. Entonces se escuchó la voz del director de nuestro plantel para decirnos que guardáramos el orden y mantuviéramos la calma.

En ese momento, se escuchó cómo tocaban de manera estrepitosa la puerta principal de la escuela. Al mismo tiempo, los gritos de los papás pidiendo que abrieran la puerta y pudieran corroborar que sus hijos se encontraban bien.

Sentí un gran alivio cuando vi entrar a mi mamá por esa puerta. Enseguida corrí hacia ella y nos abrazamos fuertemente. Sin embargo, noté que su mirada me indicaba preocupación y que no todo estaba bien, que algo malo pasaba, pero yo me sentía feliz porque mi mamá estaba conmigo y me iba a casa.

Al cruzar el patio de la escuela, encontramos que había alumnos desmayados y tirados en el suelo; otros alumnos brindaban apoyo de primeros auxilios. Lo más impactante era ver los rostros de angustia y preocupación de los papás al llegar y encontrar a sus hijos en ese estado.

Durante el camino a mi casa entendí la angustia y tristeza que mi mamá me transmitió en su mirada cuando llegó por mí a la escuela.

Al estar caminando por las calles comencé a ver y entender lo grave que era lo que había sucedido. Aún no digo su nombre porque me cuesta trabajo mencionarlo, aunque para muchos es fácil decirlo cuando no te ha robado nada o no has perdido nada cuando se ha hecho presente.

Yo sí: perdí mi casa. Aunque aún tengo mi hogar, porque tengo a mi mamá, a mi papá y a mis hermanitos; son más pequeños que yo y nos queremos mucho. Durante el trayecto, mi mamá me dijo que habíamos perdido nuestra casa y yo no entendía que esto era la realidad. Parecía que estaba escuchando la historia de alguien más y no la mía. Lo bueno fue que mi mamá y mis hermanitos no estaban en casa, cuando se derrumbó.

Por ello, nos dirigimos a la casa de mis abuelitos, ahí estaban mis hermanitos. Mi papá llegó más, pero mucho más tarde. Él se encontraba en su trabajo cuando este fenó-

meno natural sucedió; afortunadamente en su trabajo nada sucedió y les permitieron salir, ya que tenían que hacer las revisiones que indica Protección Civil.

Nos platicó que llegar a la casa de mis abuelitos fue muy difícil, porque toda la ciudad era un caos, ya que no había transporte y muchas calles se encontraban cerradas; había muchas patrullas, ambulancias y gente caminando, buscando medios para llegar a sus casas.

Pero lo más dramático era ver edificios y casas dañados y derrumbados, y la gente afectada afuera. Éste era uno de los motivos por los cuales muchas calles habían sido cerradas. Otro fue que puentes se derrumbaron impidiendo así el paso de los vehículos.

La gente que traía auto buscaba calles alternas para llegar a su casa. El servicio telefónico se suspendió y la gente tuvo que esperar la reactivación para poder comunicarse con sus familiares y saber cómo se encontraban.

Mi papá nos platicó todo eso a mis abuelitos y mi familia; después tuvimos que enfrentar nuestra realidad. Cuando papá y mamá nos llevaron a ver nuestra casa no lo podíamos creer: todo se había derrumbado. No había nada que pudiéramos rescatar; no había modo de sacar algo, pues había riesgo de mover las deterioradas paredes y que éstas se derrumbaran encima de nosotros.

Mucha gente de mi comunidad resultó afectada; sin embargo, existe mucha gente buena, porque sin conosernos, sin ser mis tíos, primos o amigos, nos ofrecieron comida, agua, una cobija y hasta sus casas para pasar la noche. Así también llegaron ayudas de personas de diferentes lugares de la ciudad, para ofrecer también su apoyo en acciones de rescate. Por fortuna, aquí no hay edificios.

Entonces me di cuenta y entendí que los mexicanos somos una gran familia.

Es por eso, que ahora que tengo la oportunidad de dialogar con los 16 alcaldes de la Ciudad de México, presento mi propuesta: "Proyecto por un sueño", el sueño de todos los niños que como yo, perdimos nuestra casa, pero no nuestro hogar, entendiendo como "hogar" una familia unida y

fuerte por valores y sentimientos para luchar por una mejor calidad vida en los aspectos personal, profesional y de salud, en un ambiente social armónico y seguro.

No queremos ni podemos permitir que se pierdan los hogares porque nuestros padres se desesperen al no contar con lo mínimo indispensable, que es un lugar dónde vivir, tener qué vestir y qué comer; el ser una familia unida es porque el apoyo debe ser mutuo al ocuparse uno de trabajar para llevar recursos al hogar y el otro llevar a cabo las gestiones ante las autoridades que apoyen la recuperación o reparación de la vivienda y ocuparse del hogar, evitando con ello la complicación de las cosas y la desintegración familiar.

En estos momentos dormimos en casas improvisadas y muy pequeñas, fabricadas con madera, con orificios donde se filtran el sol, la lluvia y el viento, o en casas de campaña que no resisten el viento, las lluvias, y del frío o calor ni hablar.

Por todo esto, nos enfermamos constantemente del estómago o de la garganta.

Porque hoy que vivo prácticamente en la calle, me doy cuenta de todos los problemas y carencias a los que se enfrenta mi comunidad: que se inundan las calles en temporadas de lluvia, que por el sismo las calles se dañaron, afectando el pavimento y el drenaje, y a la fecha no han ni siquiera iniciado su reparación; o si la inician, no la concluyen en un tiempo razonable, lo que ocasiona más problemas que beneficios; que pasan días y no hay agua potable, que la basura que se tira en las calles atrae muchos animales que provocan enfermedades, que las calles están oscuras cuando llega la noche y todos somos presa fácil para la delincuencia, que existe un parque cerca de donde me encuentro, y por las tardes como ver niños jugar, veo jóvenes que fuman e inhalan sustancias tóxicas que por momentos el olor se hace presente hasta donde nos encontramos; y el miedo es constante, ya que existe más violencia y no sabemos si debemos confiar en nuestras autoridades, ya que las noticias nos dicen que en ocasiones se encuentran de acuerdo y protegen a los delincuentes.

Por eso la lucha. El objetivo es alcanzar el “Proyecto por un sueño”, que es vivir mejor.

Pero lo más importante es entender que el trabajo es constante y de manera conjunta, comunidad y autoridades, ya que la lucha es día a día para lograr un cambio permanente y así como ser humano mejorar nuestra calidad de vida y hacer un mejor país: MÉXICO.

Que esta vivencia, llamada 19S, no sea una pesadilla, sino el motivo de un sueño que se haga realidad, donde los niños, jóvenes y adultos tengamos un lugar donde podamos desarrollarnos y cumplir nuestros sueños y propósitos.

El sismo es una vivencia de reflexión y acción, en donde podemos observar que existe mucha gente consciente de lo que es el apoyo y la convivencia armónica entre las personas.

Debemos entender que los jóvenes y los niños somos el presente y futuro de nuestra nación y merecemos vivir con respeto para poder ofrecer lo mismo; para eso todos debemos tener los mismos derechos y obligaciones que permitan generar cadenas de prosperidad para los integrantes de nuestra nación.

Por lo que todo niño y joven tiene derecho a un hogar feliz, donde se le den los elementos necesarios para desarrollarse como un ser integro: casa, alimento, estudio, actividades deportivas y de esparcimiento; y tiene la obligación de cumplir con las obligaciones, reglas y valores que rigen un hogar.

En mi familia hay un pensamiento que constantemente me dice mi mamá:

Regala un pescado
a un hombre y le darás
alimento para un día,
enséñale a pescar y
lo alimentarás para
el resto de su vida

Proverbio chino

Es por ello que en mi familia nos indican que para todo derecho existe una obligación; que todos podemos participar en las actividades de la casa en la medida de nuestra edad y responsabilidad, y que todo ello va encaminado al sueño de vivir mejor y cuando lo alcanzamos uno lo disfruta más, porque uno participa y lucha para alcanzarlo.

Mi sueño para vivir mejor, y creo que el de muchos, es estudiar, ser un profesionista que pueda desempeñarse en su comunidad teniendo una adecuada calidad de vida.

Lo primero es contar con lo mínimo indispensable para vivir, que es casa, vestido y alimento. Por ello, es necesario trabajar y luchar en conjunto con las autoridades, quienes tienen que apoyar al menos en recuperar un lugar digno para vivir, igual o mejor que en el que vivíamos.

Luchar por recuperar espacios en nuestra comunidad donde podamos desarrollarnos de manera integral para ser gente responsable, de bien y convivir en armonía. Esos lugares son principalmente nuestras escuelas, nuestros hospitales y centros de salud, nuestros mercados y nuestros parques o centros sociales y deportivos.

Que los alcaldes realicen la reparación y mejoras en drenaje, agua potable, en seguridad, en luminaria, en mantenimiento de calles y espacios públicos. Los alcaldes deben combatir y evitar desde este momento actos de corrupción y vicios que influyen en la descomposición social.

El “Proyecto por un Sueño” es llevar a cabo cada uno lo que le corresponde.

Dicen que es muy fácil soñar despierto y que el despertar duele cuando no logras el sueño. Yo no lo creo así; éste es un sueño que se puede hacer realidad si todos nos unimos en ese mismo fin.

Recordemos que todos los alcaldes y autoridades también son seres humanos y que, si no tienen carencias como las de mi comunidad y se encuentran lejos de vivirlas, deben recordar que ellos también pertenecen y viven en esta gran nación.

Por ello, pueden encontrarse en su camino con un niño o joven que está en los vicios o en la corrupción porque

su familia se desintegró y no les importa nada, asaltan por un celular o por unos cuantos pesos y todos somos presa fácil de la delincuencia porque todos vivimos en esta gran nación, MÉXICO, y que el puesto de elección popular que aceptaron ocupar es para servir y luchar por el progreso, bienestar y necesidades de la población, de este país, mi gran casa donde vivo, MÉXICO.



El fantasma negro

Miranda Paola Dávila Lumbreras

Ha pasado mucho tiempo ya desde que las delegaciones de la CDMX estaban lideradas por criaturas místicas, como dragones, elfos, duendes y unicornios. Ellos manejaban la ciudad de una manera muy diferente a la nuestra: creían que escribir las leyes no era suficiente para que los humanos pudieran entender lo que no se debía hacer y lo que sí estaba permitido, por lo que decidieron crear una dimensión hecha por un software llamado *Dimensional Secret System*, es decir Dissi (di-sai), el cual estaba programado con todo lo que debía tener la ciudad. Pero también tenía las leyes y derechos que debían obedecer los ciudadanos y, al estar programada así, los habitantes de la CDMX no tenían la capacidad de pensar en romper las leyes o no respetar los derechos.

La única falla en este sistema es que, si había algún error, la dimensión se crearía así y la única forma de arreglarlo era creando una nueva, con un nuevo *software*, lo cual nunca nadie había logrado antes.

Un día, uno de los alcaldes de la ciudad, Darion Dragon, se dio cuenta de un horrible error en el Dissi. El error estaba en el archivo más profundo y decía lo siguiente: todos los niños o niñas que vivan en la CDMX pueden ser maltratados explotados y agredidos de cualquier manera.

Darion convenció a los demás alcaldes de crear una nueva dimensión, pero no lo lograron. Así que llamaron al mejor *hacker* que existe: me llamaron a mí.

3 de julio

Hoy es mi primer día en la guarida de los alcaldes. Yo debía encontrar la manera de crear un nuevo Dissi, pero no tenía idea de cómo lo iba a lograr. Estuvimos como tres horas en una junta, hablando acerca de los derechos que se supone que tienen todos los niños, sin importar su origen: derecho a la educación, a un nombre, a una familia y hogar, a una nacionalidad y a ser tratados con respeto.

Examiné el Dissi. Primero, debía descubrir el origen para poder copiarlo. El trabajo fue muy incómodo, pues no podía dejar de sentir que alguien me observaba y esperaba el momento justo para atacar, pero no pude verlo.

Se mostraba que el origen del Dissi era de hace más de 300 años, lo cual no tenía sentido, pues se supone que los alcaldes lo crearon hace tan sólo nueve años. Nada de esto era congruente, así que decidí interrogar individualmente a los alcaldes. Lo que empezó siendo trabajo de *hacker* pasó a ser trabajo de detective. Fue muy incómodo tener que interrogar a los alcaldes, pero lo hice. Ésta es una copia de las preguntas que les hice y de las respuestas.

—Dine (Da-in) Elf: usted estuvo en la asamblea de planeación del Dissi, ¿podría explicar por qué el software dice que su origen es de hace más de 300 años, si se supone que se publicó y creó por primera vez hace nueve años?

—Yo sólo estuve en la asamblea hace nueve años, pero extrañamente me enfermé muy fuerte y no estuve en la creación del Dissi, pero mis demás compañeros sí.

—Lisy Corn: usted estuvo en la reunión de la creación del Dissi, ¿podría decirme cuándo crearon el software?

—Yo iba en camino a la reunión, pero no recuerdo lo que pasó. Ni siquiera si llegué a la reunión o no.

—Duenlite (duen-lait): usted tuvo la idea de incluir las leyes en la programación del

Dissi, así que seguro estuvo en la reunión, ¿podría aclarar su origen?

—La verdad no recuerdo que esa idea haya sido mía. Creo que fue de Darion Dragon, pero no recuerdo casi nada de esa semana.

—Darion Dragon: usted era el líder de la reunión del Dissi. ¡Por favor aclare esto!

—Yo llegué a la reunión y no recuerdo. Después de esa semana, sólo recuerdo que desperté en mi cama.

Todo era muy raro y no podía culpar a nadie, pues no había pistas. No había partes de las coartadas que tuvieran sentido, porque ni siquiera había coartadas de verdad, simplemente nada.

8 de julio

Ayer me las arreglé para conseguir un detector de mentiras con un científico que se llama Shugar. Después de discutir durante horas, logré convencerlo de darme el detector. Hoy haré las pruebas de mentiras a los alcaldes.

Acabo de terminar las pruebas y ¡fue una completa decepción! ¡Nadie recuerda lo que pasó!

10 de septiembre

La investigación del Dissi estuvo en pausa porque yo también necesito vacaciones.

11 de septiembre

Estuve pensando y descubrí que en realidad me pasaron algunas cosas horribles. Hice un pequeño diario de todo lo que me pasó en las vacaciones:

13 de julio

Mis amigos y yo fuimos a Londres y pasamos por el Golden Bridge. Me detuve a tomar una foto pero no la vi hasta la noche en el hotel.

Cuando revisé la foto, estaba detrás de un árbol una figura de un fantasma que, era ob-

vio, estaba observándome con una muy mala intención. Esa noche casi no dormí.

29 de julio

Mi amiga y yo fuimos a París y nos tomamos una foto en la torre Eiffel. Todo iba muy normal, pero cuando revisamos la foto, el mismo fantasma apareció en la punta de la torre y parecía estar a punto de atacarnos.

5 de agosto

Mi prima y yo fuimos a Los Ángeles. Entramos a una heladería, mi prima entró al baño, igual que el vendedor; de pronto, se apagaron las luces y había un silencio escalofriante. Después de unos segundos, el fantasma tomó mi hombro y finalmente el momento más alarmante de mi vida terminó con un susurro que decía “আপনি যদি ভবিষ্যদ্বাণী পূরণ করেন এবং আমার পরকল্পনাটি লুটপাট করেন তবে আপনি ক’অপেক্ষা করবেন তা দেখার জন্য মরতে পছন্দ করবেন”.

Luego de traducirlo, descubrí que lo que dijo el fantasma fue “si la profecía cumple y mi plan estropeas, preferirás morir a ver lo que te espera”.

Esto me heló la sangre. Sabía que el fantasma tenía un plan horrible para los pobres niños de la CDMX.

29 de octubre

Les expliqué todo esto a los alcaldes y decidí ir con Shugar. Me prestó su cazafantasmas y una hoja con un hechizo para activar su *magia*.

Yo era la carnada perfecta para el fantasma. Él aparecía en cada momento de mi vida para intentar hacerme daño, así que hice un plan: organicé una fiesta con todos mis amigos.

Justo como estaba planeado, el fantasma estaba atrás de mí; lo perseguí hasta que lo alcancé en una casa abandonada y, cuando estaba a punto de decir el hechizo para

atraparlo, se volteó y me dijo: “eres tan predecible, era muy obvio que harías un plan y me seguirías para atraparme”. Luego ¡trató de tragarme! Afortunadamente, llegué hasta el cerebro y descubrí su plan y la profecía:

El fantasma negro tenía planes de destruir a los indígenas, así que fue con una psíquica; descubrió que en aproximadamente 300 años se construiría el Dissi, así que el fantasma aprovechó y creó el suyo propio, que fabricó con ese error, y otros a largo plazo y así poco a poco destruiría a los indígenas.

El fantasma negro borró las memorias de los alcaldes y remplazó el Dissi por el que él fabricó. Pero, además, la psíquica le dijo que una *hacker* nacería el 23 de abril de 2006 y podría vencerlo y, en cuanto supo de mí, intentó destruirme. Pero no lo logró y ahora que creyó que me había atrapado, yo tenía un plan:

Debo activar la aspiradora mágica de Shugar, diré el hechizo:

আপনার শক্তি ব্যবহার, আপনার বাতাস আনা, শক্তি
সঙ্গে কাজ এবং আপনার যাদু ব্যবহার উত্তর থেকে
দক্ষিণ এবং পূর্ব থেকে পশ্চিমে আত্ম গ্রাস এবং
আপনার শক্তি আমার ঢাল

Entonces el fantasma empezó a disolverse. Cuando me di cuenta, yo ya estaba libre y ¡había capturado al fantasma!

Fui a la guarida de los alcaldes y en una otra, les expliqué todo acerca del plan del fantasma, sólo faltaba arreglar el Dissi. Pero los alcaldes me dijeron que al parecer al matar al fantasma, el Dissi se arregló solo y recuperaron su memoria. Ahora todo estaba en paz.

Tercera categoría

(De 15 a 17 años)



Primer lugar

*¿Ayer fue realmente ayer?,
¿hoy fue del todo hoy?,
y ¿mañana...?*

Carolina Rivera Ramos





¿Los sueños son realidad?

¿cómo podría averiguar qué no es un sueño? Quizá todos tengamos algunos de ellos que desearíamos que cobraran existencia alguna; aquéllos que nos traen gozo al alma. Sin embargo, hay otros que los sentimos tan reales que desearíamos que sólo fueran producto de nuestra retorcida mentalidad. Si hablo de un caso en particular, si hablo de este caso, soñaría en nombre de todos los seres; soñaría en pos de que el sueño no vaya más allá de la ensoñación. Sin embargo, podría llegar el caso de que se convirtiera en la realidad más certera, no por un sueño, sino por nuestros actos.

Algunos relatos no comienzan en el principio. Son la caída de actos y decisiones, el despertar de una historia compleja. De esa forma, el destino me puso en la entrada de este complejo camino. No hay lujo de detalles en mi llegada: abrí los ojos como si fuera parte de una fuerte pesadilla, sólo que no me hallaba en mi cama, en mi habitación o en mi casa. Estaba parada en una esquina de una calle, con un ambiente tan sombrío; el aire tenía sólo una pequeña concentración de oxígeno, lo cual dificultaba el respirar; además, era casi imposible caminar. En todas partes se encontraban seres: pasaban apachurrándose como una horda de cucarachas, tenían largas máscaras que daban la ilusión de ser más grandes que todo su cuerpo. No tarde mas que unos minutos en notar que esas criaturas extrañas eran seres humanos y que el sombrío y extraño lugar era México, mi país.

Al menos sabía dónde estaba, eso me tranquilizó, pero ¿ayer fue realmente ayer? No sabía que

día era, así que me dispuse a preguntarle a las personas que iban caminando en la acera.

—Señora, ¿qué día es hoy? —dije, mientras la señora sin mirarme ni escucharme siguió con su camino.

—Oiga, señor, ¿puede ayudarme? —el efecto fue el mismo que en la ocasión anterior.

—Señorita, ¿sabe qué día es? —esta vez me miró, abrió los ojos de par en par y salió casi corriendo.

—¿Acaso ya no hablan? —pensé.

En fin, el día se volvía extraño. Lo mejor sería regresar a casa; mi mamá seguro podrá explicarme, al menos de ella no cabe duda que puede hablar. Jugaré con Bingo en el jardín; siempre es divertido ver como correr no es lo suyo y opta por los saltos de conejo; después, juntos veremos una película. Mi mente divagaba un poco al caminar, tuve un calor intenso, la gente, el sol quemaba incluso más que en la playa, además; parecía tan grande y naranja, daba la ilusión de que se acercaba. También observé que en todo mi recorrido no pude encontrar ni un solo árbol. Me apetecía sentarme debajo de uno que trajera sombra y frescura, Revisé mis bolsillos, tenía unas cuantas monedas, seguramente lo necesario para comprar una botella con agua. Encontré una tiendita y me dispuse a conseguirla.

—Buenas tardes, ¿me da una botella de agua? —le dije al señor detrás del mostrador. Sentí su mirada, expresaba odio, decepción, frialdad, sorpresa, como si yo hubiera sido partícipe del peor crimen en la historia de la humanidad. Pero también pude observar tristeza en su expresión; casi se veían sus

lágrimas a punto de fluir de sus ojos al son de la melancolía, añorando algo. Me confundí e inmediatamente me di cuenta que debía salir.

Seguí caminando. Me sentía más incómoda que nunca, sentí que no pertenecía a ese mundo. Indudablemente esa sociedad no era la de un día anterior; no comprendía la situación de la tienda, pero pude obtener una hipótesis cuando salió un anuncio de una pantalla gigante en medio de la vialidad, decía algo como lo siguiente: Recuerde que el consumo de agua ha sido racionado a 3 litros por ciudadano. —¿Cuándo pasó eso? —pensé, habiendo solamente una respuesta en mi cabeza. Hoy no es del todo hoy y ayer no fue realmente ayer, sólo quería llegar a mi casa lo más rápido posible, quería tener una respuesta. Me asuste y, a partir de ese punto, corrí lo más rápido que pude.

Intenté ubicar dónde vivía. Simplemente me fue imposible, estaba segura de que esas eran mi colonia y mi calle, pero en lugar de casas, camellones y, por supuesto, mi hogar, se hallaban grandes edificios con gente por doquier. Un hormigueo recorrió mi cuerpo, sentí escalofríos y pavor como nunca antes había sentido. En eso, me surgió la idea de asomarme por la ventana del gran rascacielos que se encontraba en lugar de mi morada, quizá allí se encontrarían mi mamá, mi familia o mi Bingo.

Miré hacia el interior y me decepcioné inmediatamente al no encontrar nada de mi interés. Una lágrima bajó sobre mi mejilla cuando un policía salió del edificio. Por un momento pensé que me podría explicar lo sucedido, pero inmediata-

mente recordé los eventos anteriores, al igual que observé su mirada agresiva, que combinaba con su manera de caminar, la acción de sacar su macana y dirigirse hacia mí. Corrí lo más rápido que pude, pero sus pasos eran firmes y veloces; saqué todas mis fuerzas y aunque no pudiera respirar más, sabía que no podía parar. Tenía miedo, como en aquel sueño de cuando era más pequeña, donde me perseguía un león y sentía la adrenalina circulando en mis venas. A diferencia de aquello, esto era real y era muy probable que no ganara la batalla. Pedí auxilio, simplemente nadie podía escuchar. Estaba a punto de encontrarme cuando corrí un segundo antes de que el semáforo se pusiera en *signa*, traté de seguir lo más pronto posible. Sabía que la única solución sería esconderme en algún sitio, así que me escondí en un puesto de periódicos. El policía paso frente a mí, pero no pudo verme, me sentí aliviada por un segundo.

—¿Tú qué haces aquí? —escuché una voz fuerte y un tanto malhumorada, pero sin duda la única voz que hasta el momento había escuchado. Volteé a ver al dueño de la voz y me sorprendí al ver que sólo se hallaba un perro pellejudo y sucio.

—¿Tú lo dijiste? —pregunté nerviosa.

—Pues al parecer no hay nadie más aquí —contestó.

—¿Tú hablas? —dije aun más nerviosa.

—Supongo Pero aquí lo sorprendente es que tú hables y estés en libertad —aclaró el perro.

—Por supuesto que hablo, pero ¿a qué te refieres con libertad? —contesté asombrada.

—A que ayer no fue realmente ayer y hoy no es del todo hoy. Hace mucho que los humanos

no hablan; además, todos los niños están en el Centro de Integración de la Niñez y la Juventud hasta que cumplen la mayoría de edad. No se necesita más que vivir aquí para saberlo.

—Pero, ¿qué es eso?, ¿y para qué sirve? —pregunté sin más.

—Escucha, es una larga historia: simplemente convierten a inocentes criaturas en monstruos como el que acaba de intentar asesinarte. Los niños se moldean fácilmente, los hacen crecer sin cariño, metiéndoles historias falsas en la cabeza, les esconden la realidad haciéndolos creer una sola y única idea; simplemente les hacen creer que el mundo es así, que no pueden hacer nada al respecto y se encontraran bien sin dar batalla alguna —explicó el perro con paciencia.

—Comprendo, pero no entiendo qué clase de mundo es éste. ¿Qué le ocurrió a mi casa?, ¿dónde está mi mamá? El mundo está de cabeza, simplemente es de locos —dije, perdiendo un poco de cordura.

—Mira, simplemente toda acción tiene una consecuencia. En el pasado nunca se cuidó el ambiente, hubo fallas en valores y no se actuaba con los derechos correspondientes. Solamente los problemas se engrandecieron, demostrando los errores como sociedad. Y, bueno, lamento lo de tu casa y tu familia; a mí también me quitaron mi casa. Tal vez podría ayudarte a encontrar a tu madre, ¿en qué casa vivías? —me preguntó, mientras surgió dentro de mí esperanza.

—Vivía en una casa blanca, con un gran árbol en frente, justo donde se encuentra ese edificio color gris en aquella esquina —le comenté con seguridad.

—¿Eres tú, Carolina?, ¿sí? —el perro preguntó con cierta emoción.

—¿Cómo conoces mi nombre? —le dije sin saber lo que ocurría.

—Antes de terminar vagando, yo también tenía una familia. Supongo que recordarás mi antiguo nombre —pronunció el perro con cierta seguridad.

—¿Eres Bingo? ¿De verdad eres tú? —llena de alegría le dije.

—Eso parece —contestó Bingo.

—No te reconocí. Te ves distinto, mi viejo amigo. Te extrañé —comentaba mientras lo abraza. Era mi primer momento alegre allí y no pude evitar soltar algunas lágrimas en su pelaje.

—Bingo tienes que ayudarme a encontrar a mi mamá —le dije al instante.

—Niña, sé que es lo que quisieras, pero no es tan sencillo. Lo he intentado durante los últimos años, pero no ha dado resultado; además, seguro las autoridades ya te están buscando en este momento.

—Anda, por favor. Al menos podríamos hacer el intento. Tengo miedo y no se me ocurre algo más que hacer —hablé con cierto grado de desesperación.

—Tú ganas, pero seguirás mis reglas —dijo Bingo —Primero que nada, te guiaré hacia el refugio para pasar la noche, no hagas mucho ruido, que seguro así te encuentran en menos de una hora.

El camino fue un tanto complicado, sobre todo porque tuve que tratar de seguir las reglas de Bingo. Las más complicadas fueron la de no emitir ningún sonido y la de esconderme de todas

las personas que se veían sospechosas de delatarme. Después de caminar algunas cuadras, dimos con una casa vieja. Mi perro me dijo que los dueños casi nunca estaban, así que ellos se hospedaban en el sótano del recinto. Trataba de averiguar quiénes eran ellos, cuando llegamos, resulta que en ese sótano habitaban cuatro gatitos y Bingo.

—Hola, ¿cómo se llaman? —pregunte para ser cortés.

—Hola, ellos son Pacha, Siamy, Chispa, y yo soy Zuzu. Bienvenida.

—¿También ustedes hablan? —pregunte sorprendida.

—Todos los animales hablamos desde que los humanos no escuchan lo que habita a su alrededor —dijo Siamy.

—A veces es difícil entender todo lo que ocurre, ha sido un día algo complicado —comenté.

—Descuida, niña, descansa. Mañana tendrán una jornada larga —dijo Pacha mientras me llevo a un rincón donde podría dormir.

La noche fue difícil, tuve sueños complejos, extraños; no recuerdo mas que la sensación seca de haberlos soñado y sentido. No pude dormir, sólo deseaba desesperadamente que al despertar estuviera en mi casa y nada de esta terrible pesadilla hubiera pasado. Sin embargo, tengo la desdicha de haber despertado con los gatos y de que ese nuevo día es del todo ese día.

Despertamos dispuestos a emprender nuestra pesada jornada. Los pequeños gatos me intentaban advertir del peligro.

—Niña, no creo que sea muy sencillo. Van a tener que cuidarse mucho; los niños no andan

con libertad, nosotros los animales menos, pero hemos procurado ser sigilosos y no salir a las calles –me advirtió Chispa.

—Sigo sin poder entender del todo por qué nos quieren mantener callados –le dije desorientada.

—Mira, hubo un día, a veces parece tan lejano, en el que los jóvenes levantaron su voz: hablaron de la realidad de la situación, de sus ideales profundos del corazón, dieron uso a un léxico tan avanzado y rindieron tributo al maravilloso cerebro que poseemos todos nosotros. Sin embargo, fue un sueño fugaz, el mundo cambió y desde entonces nadie puede alzar su voz en lo alto de sus profundos sentimientos. Así que lo mejor es tener cuidado –dijo por último el gato.

No dio tiempo de contestar. Inmediatamente había alguien allí y nos sobresaltó a todos, sentíamos un ambiente de peligro. Entonces los gatos y el perro empezaron a esconderse; entré en desesperación, así que no pude hallar donde me camuflajeara por completo. Mis manos se llenaron de sudor frío, mientras mis nuevos amigos no dejaban de susurrarme que me escondiera lo más pronto posible, sus voces a la vez me aturdieron lo suficiente para dejarme pasmada. En eso, hombres uniformados me vieron, golpearon mi cabeza con el fin de noquearme, perdí el conocimiento y lo único que tuve en mis pensamientos fue un profundo horror.

Desperté desconcertada en un lugar terrible. Un profundo frío recorrió todo mi cuerpo, mis manos me temblaban y noté que me colocaron un collar como si fuera su mascota. ¿Qué pasaría

conmigo?, ¿moriría? ¿Qué habrá pasado con Bingo y los gatos?, ¿estarán bien? Un mar de dudas inundo mi mente; tenía miedo, quería tan sólo escapar de ahí. Me llevaron a interrogarme. Tenía pánico y ni siquiera podía entender el mundo.

—Veo que puedes hablar y también andar en las calles cínicamente, ¿de dónde saliste? —dijo una persona grande, seria e intimidante.

—Claro que puedo hablar y acabo de llegar de un ayer que no fue realmente ayer —conteste sin pensarlo mucho.

—¡Qué cosas tan mas extrañas dices! No me preocupan mucho, en poco tiempo no tendrás la fuerza ni de articular tu boca. Regresaras a tu celda y no cabe duda de que no volveremos a tener problemas contigo —comentó por último.

Me llevaron a un pequeño cuarto donde se encontraban varios niños. Todos tenían tristeza en sus ojos, de manera comprensible; quizá nunca han vivido bajo los rayos del sol ni hayan dormido viajando al mundo de sus sueños arrullados en el frío cálido de la luna; tal vez no hayan vivido las emociones contraídas al conocer el mundo, pero cada una de sus mentes es, sin lugar a dudas, mil historias por descubrir.

—Hol... —intenté saludar, pero esto fue interrumpido gracias a un choque eléctrico. En ese punto entendí cómo lograron cambiar la naturaleza humana. Sabía que tenía que hacer algo; no podía quedarme ahí para que moldearan mi pensamiento a su conveniencia, ni mucho menos permitir que lo hicieran con una sociedad completa. Tenía que comunicarme con los niños, tenía que impulsarlos, pero la pregunta era ¿cómo?

El silencio era terrible. Lo descubrí mi primer día; pero era aun más duro cuando lo único escuchado era la versión de una sola y *verdadera* voz. Sin consideración alguna, les explicaban el mundo como algo horrible y sin color, que había que conformarse a vivir de esa forma, con cierta violencia, sin amor, sin comprensión, sin libertad de realizar lo que sus inocentes corazones desearan, que en el Centro de Integración de la Niñez y la Juventud les daban las mejores condiciones para crecer, que el único pago que debían hacer era la obediencia, el actuar de una forma igual, el actuar de una forma correcta.

Pasaron días. Cada día me daba más cuenta de que tenía que hallar la forma de comunicarme con ellos: intenté rayar el piso con un pedazo de piedra, empecé a escribirles un mensaje; por suerte ellos sabían leer y pronto comenzaron a escribir. Indudablemente tenían mil historias por contar. Cada uno era un universo completamente distinto, pero todos teníamos sueños, esperanzas, deseos de vivir en paz y buscar la libertad. Sin duda podría decir que eran mentalidades sanas, bondadosas e inocentes y, aun con todo intento de corromperlos, fue imposible quitarles su humanidad.

Después de un tiempo, todos querían conocer el mundo y transformarlo en una maravilla andante. Así que ideamos un plan para escapar del encarcelamiento: lo primero fue llamar la atención de los guardias; hicimos ruido, lo suficiente para que se hartaran y entraran a poner un alto; nos unimos y conseguimos quitarles el aparato donde se hallaba el mecanismo para abrir las puertas y controlar los choques eléctricos. Desconectamos

nuestros collares, acabando así con la posibilidad de ser calmados electrocutados.

Salir no sería sencillo. Corrimos, éramos bastante, o al menos lo suficientes para transmitirles inquietud. Algunos guardias no comentaron nada, otros dieron batalla, pero sin duda no podrían con todos, y mucho menos con nuestra voluntad y unión. Toparnos con el líder del centro fue la parte más complicada. Habló amenazantemente hacia los chicos, les metió terror en su sistema terrorista, Quizá les hubiese funcionado antes, pero ahora podían pensar; algunos claramente se asustaron, pero siguieron al frente con la lucha, se defendieron con el uso de la palabra y de la razón, demostrando su grandeza, al contrario de su poderoso sistema.

Corrimos aun más. Habíamos ganado una batalla, pero aún no la guerra. Faltaba un aspecto muy importante: tratar de cambiar al mundo. Así que ahora nos correspondía ir con las personas, hablarles y lograr que expresen su voz.

En las calles la gente no miraba. Viajaban en su mundo, pero se les notaban los rostros tristes. Tal vez porque no sonreían; quizás cargaban una pena en su ser; podría ser por el hecho de no cantar la melodía dentro de las flores. Ahora sé lo que les sucede: simplemente la carga del terror en sus seres, se sienten culpables y a la vez evaden la responsabilidad; quieren reír, quieren llorar, quieren gozar estar vivos, pero temen, sólo necesitan una chispa, sólo requieren ayuda. Es por eso la causa de nuestra canción.

—Hola, mexicanos. Nos complacería un poco de su atención, se los ruego —dije iniciando, mientras algunas personas comenzaban a mirar.

—Tal vez sea complicado escuchar cuando todo el mundo los ha dejado sordos. Puedo adivinar que sienten felicidad y alegría, cobardía y valentía; pero sentir es lo que nos hace humanos: pensar, generar ideas, opinar, decidir y exigir que cada uno de nosotros tenemos el poder de cambiar al mundo no es un sendero sencillo. El mundo está fragmentando, destruido y dañado más ni menos que por nosotros mismos; hemos lastimado todo lo que está vivo, todo lo que puede llorar pero también reír, e incluso hemos matado nuestra propia personalidad; herimos los conceptos de libertad, igualdad y justicia; hemos caído en la violencia y en la falta de solidaridad. Cómo podría ser posible, si todos, tan distintos y únicos, somos hermanos de una misma casa, del recinto más asombroso de todos, llámese México o llámese la Tierra, todos somos iguales: merecemos los mismos derechos, las mismas obligaciones y el mismo respeto; todos debemos de contribuir a sanar las heridas del mundo, a salvarnos como sociedad, a construir un presente y un futuro mejor; tenemos que dejar de ser egoístas, tenemos que apoyarnos y debemos tolerar las ideas de los demás. Por eso los invito a hablar, a pensar, a no tener miedo de ser las personas que somos en realidad, pero sobre todo a exigir nuestros derechos, a actuar con responsabilidad y siempre tratar de mejorar el mundo, no sólo para uno mismo, sino para todos, sin tener miedo de actuar en nombre de la paz. Nosotros queremos ser escuchados, queremos opinar sobre el futuro que será nuestro presente. Ayer sí fue realmente ayer, ha sido el desenlace de la historia que hemos forjado

hasta el momento, pero mañana podrá ser todo distinto, y estará en nuestras manos de que sea el más glorioso amanecer –dije entusiasmada por un cambio, entusiasmada por la gente atenta, esperanzada de que les haya llegado al corazón de muchos y estos actúen con certeza.

Así comenzó el principio del mañana, el cambio del mundo y la mejora de la humanidad. La gente comenzó a hablar, a alzar su voz hacia el cambio. Caminé junto a la multitud, pude ver a mi mamá, a Bingo y a los gatos; me alegré, me sentí segura y tuve el presentimiento de que sin ninguna duda habría oportunidad para éste, nuestro nuevo futuro.

Al final, sólo fue un sueño, ¿pero quien nos dice que los sueños no son reales? Nadie podrá negar el poder de los sueños mientras no obtienen la certeza de explicar lo que son, sólo nos queda creer en su grandeza y lo que significa para nuestra coexistencia, cuando dejan de ser coincidencia y empiezan a respirar realidad.



Segundo lugar

El derecho a la realidad

Adolfo Enrique Guayara Aponte



Existe un lugar que muchos consideran como falso.

Sin embargo, ese lugar existe y es mucho más cercano de lo que todos creen; es un lugar en el que los niños enfermos son tratados con agua, un lugar donde los niños hambrientos son alimentados con migajas de pan y en el que los adultos sólo piensan en llenar sus bolsillos con más dinero; no les importa cómo obtenerlo, no importa si para hacerlo deben dejar sin medicinas, comida y casa a los niños. Es un lugar lleno de pobreza y sufrimiento, o más bien debo decir era, era un lugar lleno de tristeza y sufrimiento, lo digo en pasado porque todo ese sufrimiento terminó un día de julio, en el que un grupo de gente poderosa se reunió para decidir cómo se manejaría el gobierno.

Este grupo de personas se reunió en lo que era la alcaldía de la capital. Llegaron políticos de todos los partidos del país, todos diferentes en ideología, pero iguales en otros sentidos. Uno de esos puntos era que todos eran corruptos y eso toda la gente lo sabía. Al fin y al cabo, la población siempre votaba por el menos peor. Todos los civiles sabían que allí no se llevaban a cabo reuniones para ayudarlos, sino para decidir a quién le tocaba el poder y, debido a las ideologías diferentes, normalmente estas reuniones tardaban una eternidad.

Uno a uno, fueron entrando los políticos a la sala hasta que ésta estuvo llena casi en su totalidad. Igual que en anteriores reuniones, se tocaron temas de interés, por ejemplo:

- ✦ Qué dirección debía tomar el gobierno.
- ✦ Cuánto debía invertirse en cada área.
- ✦ Infraestructura.

Sin embargo, al igual que en años anteriores, al final todos se pusieron a pelear entre ellos. Cuando uno de los moderadores consiguió que todos guardaran silencio y continuaron haciendo propuestas, uno de los últimos políticos en entrar abrió la boca

—¿Y qué vamos a hacer respecto a la población?

—A que te refieres —le preguntó un hombre vestido de traje y algo pasado de peso.

—Me refiero al bien de la población. Las calles están llenas de niños muertos de hambre y familias que cubren todas sus necesidades con lo que ustedes hacen el mercado —respondió el hombre.

—¿Y eso qué? Eso lleva ocurriendo desde hace décadas, y si a nadie le ha importado, ¿por qué nosotros deberíamos preocuparnos? —dijo otro político.

—Se supone que ése es su deber —se quejó indignado el hombre.

En la sala empezaban a escucharse murmullos y peticiones para que sacaran al hombre de la sala. Acto seguido, unos hombres se acercaron por atrás y lo tomaron por la fuerza. Casi sin oposición, el hombre fue expulsado de la sala y lanzado a la calle. Y aunque lo que les voy a decir suene irreal, es la realidad. El hombre al que expulsaron tomó una decisión imposible de cambiar: era hora de que el pueblo tomara el control, y ésta no era una idea vacía, como las que apare-

cen en las novelas de ficción con héroes perfectos, éste era el pensamiento del hombre que un día fue un niño, un niño que vivió con sus padres y sus tres hermanos en una casa del tamaño de una cocina, trabajando a diario para poder comer y siempre soñando con algo mejor. Este hombre siempre había deseado convertirse en escritor, un sueño que había intentado cumplir durante mucho tiempo pero que nunca se había podido realizar, ya que cada vez que intentaba contactar a una editorial o periódico, siempre elegían al novato con más estudios.

Y el hombre no culpaba a esos otros novatos, culpaba a los que estaban en el poder. Cuando hacían campaña, decían que el sistema educativo sería mejor y que el trabajo infantil dejaría de existir; pero igual que todos los años esto no ocurrió. La razón por la que el hombre no pudo ir a la universidad fue que estaba ocupado manteniendo a su familia. Y él no era el único que había tenido que pasar por aquello: miles de hombres habían; es más, miles de jóvenes pasaban por lo mismo en esos momentos. La decisión estaba tomada, sería él, Rodolfo Uribe, quien acabaría con el poder corrupto.

El tiempo corrió. La ciudad continuó oscura, sucia, controlada por corruptos. Sin embargo, un año después de la reunión de los políticos, la gente se levantó y muchos de ellos recibieron el periódico. La primera noticia estaba escrita por alguien que probablemente era un novato en el equipo de periodistas, un tal Rodolfo Uribe. La noticia hablaba sobre la vida de la familia en el país. Hablaba sobre casos que mucha gente co-

noía, pero que eran descritos con tal detalle que parecían aterradores. Casos de familias que vivían en casas de aluminio, niños que eran obligados a trabajar para ganar un poco de dinero. Muchas de estas veces los trabajos que tenían los niños eran horribles.

Con sólo una noticia que mostraba la cruda realidad, Rodolfo Uribe logró captar la atención de un pueblo que ignoraba su propio sufrimiento y que por muchos años había sido tratado de manera injusta.

La gente empezó a leer a Uribe cada día, casi como si fuera obligación. Después de todo, el hombre mostraba cómo se vivía en el país de una manera honesta y sin censura. Cada noticia de Uribe era más desgarradora que la anterior: niños abandonados por el Estado, violaciones que pasaban sin castigo, delincuentes que salían libres, maltrato familiar. Éstos y muchos otros temas parecían ser los favoritos de Uribe. Sin embargo, hubo una noticia que no fue como las demás; en ella se hablaba de cómo la cultura ya no existía en el país, de cómo la gente había pasado de ser inteligente moral e ideológicamente hablando a ser simple marioneta sin cerebro que se tragaba cualquier mentira que dijera el gobierno. Igual que otras noticias, muchas personas ni siquiera intentaron culturizarse un poco, aunque claro, siempre hay excepciones. Algunos civiles empezaron a enterarse de su país, su historia, sus leyes y, lo más importante, sus derechos y los derechos de los niños.

Los periódicos se fueron esparciendo por el país y, con ellos, las noticias de Rodolfo Uribe. El

hombre que no aceptaba las mentiras del gobierno; el hombre que decidió hacer algo. En muy poco tiempo, casi la mitad de la población conocía a Rodolfo Uribe. Y mientras una esperanza crecía en el pueblo, los políticos intentaban ahogarla a como diera lugar. Intentaban poner a Uribe en escándalos cada que podían y, aunque muchas veces esto funcionaba, la cultura que Uribe promovía funcionaba entre la población como un escudo contra las mentiras. Las noticias de Uribe asqueaban a los hombres de poder; todo lo que habían ocultado se podía derrumbar con unas cuantas líneas de realidad escritas por un hombre talentoso.

Un año después de que saliera la primera noticia de Rodolfo Uribe apareció una nota del mismo en el periódico.

Están cordialmente invitados a celebrar conmigo y mi equipo un año de historias, nos vemos la siguiente semana, el lunes a las 12 de la tarde en la plaza central.

De su amigo Rodolfo Uribe

Cuando la nota llegó en el periódico, la gente no perdió su tiempo: el carnicero cerró la carnicería, el zapatero no abrió y los restaurantes cerraron. A mucha gente le extrañó el lugar de reunión. La plaza central no era un lugar común para una fiesta de un periodista tan importante.

El gran día llegó. Un hombre se posó en el escenario, la gente gritó y de la boca del hombre resonaron palabras que marcarían a la población de por vida.

“ ¡Pueblo! Créanme cuando les digo que no hay nada que me haga más feliz que estar junto a ustedes hoy. Estoy feliz porque es hora de que alguien le eche un balde de agua fría a los ciudadanos de este país. Vivimos en un país donde no existe la justicia ni el respeto, los dirigentes del Estado nos pisotean sin que nadie haga algo. Es momento de hacerse respetar. Los derechos de los ciudadanos, sobre todo los de los niños, han sido olvidados; en nuestro país el derecho al desarrollo óptimo de los niños parece haber sido olvidado. Los niños no tienen vivienda digna y lo peor de todo es que no son escuchados en sus necesidades. Yo siempre he deseado cambiar esta realidad; sin embargo, es algo imposible si se intenta hacer solo. La verdad es que hoy los he reunido en esta plaza para hacerles un llamado. Un llamado a juntarnos todos por un futuro mejor para todos, no sólo para la niñez, sino también para los jóvenes, adultos y ancianos. ¿Acaso no están cansados de tener que aceptar las mentiras del gobierno? Yo sí lo estoy y estoy seguro que muchos opinan lo mismo que yo. En poco tiempo llegarán las elecciones y se decidirá el futuro del país. Tenemos que ser realistas, ninguno de los candidatos que aparecen en las encuestas le conviene al país. He tomado una decisión definitiva: hoy yo, Rodolfo Uribe, me presento como posible candidato al cargo de presidente de la república. Eso, claro, si el pueblo está de acuerdo.

”

La plaza se llenó de ovaciones. La gente le daba su aprobación a Rodolfo Uribe. Esa tarde el país se detuvo. Justo después de acabar el discurso, el equipo del periodista se puso a trabajar en el proceso legal para postularlo como candidato. Apenas Uribe entró en las encuestas para presidente, las estadísticas se pusieron a su favor.

El día de la elección llegó. Las masas se movilizaron para votar, el día pasó en una incertidumbre tremendamente difícil de soportar. Al final del día, los resultados salieron a la luz. Rodolfo Uribe fue el ganador con el 60% de los votos a su favor. Ese día, el presidente se reunió de nuevo con el pueblo en la plaza central. La gente lo cargó en brazos, sólo se escuchaban vítores y alegrías. Por primera vez en mucho tiempo, el pueblo ganaba sobre el poder. El periodo de Rodolfo Uribe comenzó y, con él, una época de alegrías y victorias para el país, los niños obtenían medicinas, se abrieron miles de comedores comunitarios, se impulsó el trabajo y se protegió a los niños de cualquier daño. Fin.

El abuelo había terminado de contar su historia y sus nietos lo miraban intrigados.

—¿Eso es todo, abuelo? —preguntó una niña que rondaría los diez años.

—Sí, ésa es toda la historia —dijo el viejo —¿Qué les pareció?

—Creo que te la inventaste de la nada —le dijo un joven como de 12 años.

—¿De qué hablas, abuelo?

—¿Recuerdan que les dije que este era un lugar ficticio?

—Así es —respondieron los niños al unísono.

—Pues bien, eso sí me lo invente. Ese lugar es nuestro país, México —dijo el viejo.

—¿Qué, en serio? —preguntó la niña.

—Sí, en nuestro país existen niños que no tienen qué comer, que no son atendidos en hospitales y que deben trabajar. Todo eso por el deseo de otros de obtener más dinero y poder —dijo el abuelo con una expresión de tristeza.

—Eso es horrible —dijo el chiquillo con la inocencia que caracteriza a los niños.

—Abuelo, ¿eso quiere decir que Rodolfo Uribe si existe? —preguntó la niña. El anciano mostró una sonrisa.

—En parte sí y en parte no —dijo con el tono de acertijo que caracteriza a los ancianos. —No existe un Rodolfo Uribe; sin embargo, Uribe sólo es un simbolismo, Uribe representa a todo el pueblo mexicano y los derechos de los niños. Uribe también representa a todos aquellos hombres y mujeres que han dedicado su vida a defender los derechos, sobre todo los de los niños. Gente como Malala, Kailash Satyarthi, entre otros, son ejemplos de defensores de los derechos de los niños.”

—Abuelo, ¿por qué nadie hace lo mismo que hizo Rodolfo Uribe en nuestro país? —pregunto la niña.

—No es tan sencillo hija —respondió el abuelo. —El problema es que hoy en día nadie quiere hacer nada, todos se contentan con ver al político en turno hacer su trabajo. Es como si esperaran que un político resolviera todos sus problemas y ésa no es la idea.

—¿Pero entonces que se debe hacer? —dijo la niña.

—Mira, hija. Si quieres que algo como lo del cuento suceda, es necesario que todos en México nos preocupemos por ser mejores y hacer valer nuestros derechos, sobre todo los de los niños. Ellos son el futuro de nuestro país. La única manera en que los niños de México puedan vivir de una manera segura hoy en día es que cada uno de nosotros nos esforcemos por ayudar a construir un país en el que la justicia pueda entender que lo esencial es mantener los derechos de los pequeños.

De la cocina se escuchó un grito que llamaba al abuelo y a los niños a la mesa. El grupo se levantó y dejó sola la sala. La niña va camino a la sala mientras piensa. Quizás..., quizás sea posible un cambio, como se lo dijo el abuelo. Tal vez sea hora de preocuparse por otros y dejarse de lado a uno mismo. La niña lo piensa y en el fondo de sí misma, espera que todos, mexicanos, humanos, pensemos igual.





Tercer lugar

La historia de seis pueblos

Osiris Nahomi Núñez Barbeyto





Nuestra historia comienza con seis pueblos,

cada uno con su gobernante encargado de proteger su gema asignada. Cada una de las gemas representaba un derecho de los niños y jóvenes, y cada pueblo corresponde al color de la gema que protege: la gema del pueblo de rosa le da a los niños y jóvenes el derecho de tener una familia; la gema del pueblo morado les da el derecho a una casa; la del pueblo blanco les brinda salud; la del pueblo azul les da educación, la del verde les da una buena alimentación; y finalmente el amarillo les brinda diversión.

En uno de estos seis pueblos vivía un niño amable, alegre e inteligente, pero muy peculiar. Todos en su pueblo eran de un solo color, pero él era especial: él tenía todos los colores y por ello en la calle lo veían mal; no tenía amigos con quienes jugar, sus padres también eran rechazados, ya que eran de pueblos diferentes y la unión entre gentes de otros pueblos no era aceptada por nadie. Su madre era amarilla y su padre era azul. Su unión era algo inadecuado para la demás gente del pueblo pero eso no les impedía que fueran felices.

Un día, el niño salió de su casa para regar su jardín como cada mañana. Verdaderamente era hermoso: tenía unas bellísimas rosas de tantos colores, un árbol de manzanas rojas y jugosas. Estaba más que campante y feliz, regando su lindo jardín, cuando de repente un estruendo acompañado de un fuerte temblor interrumpió su labor. Después de eso, su día transcurrió normal,

fue como si nunca hubiera pasado nada esa mañana.

A la mañana siguiente, el niño salió nuevamente a regar su jardín, pero paró en seco cuando se dio cuenta de que nada a su alrededor tenía color, ni sus rosas tan coloridas tenían una sola gota de color. Todo era gris y sin vida; incluso los colores de las personas se habían ido.

Unos minutos después de que todos los pueblos enloquecieran por no saber qué estaba pasando, los gobernantes de cada pueblo se juntaron para dar la noticia a sus habitantes. Resultaba que las seis gemas habían desaparecido y, en consecuencia, los niños ya no tenían derechos. No podían hacer nada: los gobernantes anunciaron que encontrarían a alguien que los pudiera ayudar a recuperar sus gemas y con ellas los derechos de los niños y jóvenes.

En cuanto el niño escuchó eso, inmediatamente dijo que él quería ayudarlos a recuperar sus derechos, a lo que todos comenzaron a reír, ya que no creían que él, siendo sólo un niño, pudiera recuperar seis gemas. El niño no los escuchó y muy seguro dijo que las recuperaría a como diera lugar. Regresaría para demostrar que era capaz de hacer muchas cosas, así que regresó a su casa y tomó un abrigo que le había hecho su madre y una bolsa de tela que le regaló su padre. Mientras sus padres lo despedían en la puerta de su casa, donde esperarían el regreso de su amado pequeño que estaba a punto de convertirse en un héroe el niño emprendía su camino hacia el bosque.

El chico caminó y caminó hasta que entró a una zona pantanosa y desconocida para él, pero

nada lo detuvo, excepto un quejido que venía de detrás de un arbusto. El chico se acercó sin miedo y con lentitud, y de ahí se asomó un ogro. El niño saltó sorprendido y el ogro imitó su acción para luego decir: "¿Quién eres tú?", a lo que el niño respondió: "Sólo soy un niño que ha entrado al bosque para recuperar unas gemas de gran valor e importancia". El ogro se tocó el estomago adolorido y se recostó en el suelo; el niño, preocupado, le preguntó qué le ocurría, a lo que el ogro, aguantando el dolor, le contestó: "Estoy enfermo. Estaba en camino a la casa del brujo que vive en el bosque, ¡pero con este dolor no me es posible caminar!". El niño no lo pensó ni un segundo y le ofreció ayuda para llegar con el mago que había mencionado. Y así fue; ambos se fueron y en poco tiempo llegaron; el niño tocó la puerta y de dentro salió un hombre alto, con una barba tan blanca como una nube y suave como la más fina seda; un traje muy colorido, alegre y brillante; y un sombrero de copa con unas plumas de colores divertidos y una cinta azul que combinaba a la perfección con su personalidad, tan amable y divertida como su atuendo.

El brujo saludó amablemente, a lo que el niño y el ogro respondieron de igual manera y, después de que el niño le explicara toda la situación que estaba sufriendo el ogro, el brujo entró en una habitación secreta dentro de la casa. En una vieja caldera, comenzó mezclando los pétalos de una rosa arcoíris, tres ramas de un viejo árbol maldito y ocho monedas del bolsillo de un cadáver. El brujo lo vertió en una botella y se la dio al ogro para que la bebiera su contenido. Una vez hecho esto,



el ogro se comenzó a sentir automáticamente bien y, mientras miraba al niño, decía: “Gracias, jovencito. Si no me hubieras encontrado, yo seguiría sufriendo en medio del bosque”. Terminando de decir eso, el ogro le dio al niño una gema de esas que estaba buscando. Después de pasar un rato con el brujo y el ogro, el niño se fue muy agradecido con su amigo el ogro.

Mientras caminaba buscando un lugar donde quedarse para descansar y refugiarse de la posible lluvia que estaba a punto de caer, encontró entre unos arbustos una cueva oscura y un poco húmeda, pero eso no le importó, así que decidió pasar la noche en esa oscura pero acogedora cueva.

A la mañana siguiente, lo que despertó al chico fue un fuerte estruendo. No parecía estar lloviendo pero caían rayos, así que fue a revisar; subió a un árbol y, en una de las nubes más cercanas, vio a un hombre grande, el cual era el causante de todo ese alboroto. Así que subió a la nube, se acercó a él y amablemente le preguntó qué le ocurría; aquel hombre con ropas creadas con las nubes más suaves de todo el bosque le respondió que estaba aburrido y no tenía con quien jugar. Como el niño también se estaba aburriendo de ir solo en su viaje, lo invitó a acompañarlo y que fueran amigos. El hombre alto con ropas blancas aceptó gustoso y acompañó al niño a su aventura. En el camino iban jugando, riendo y hablando de cosas muy interesantes.

Llegó la noche de nuevo y durmieron en las nubes más cómodas que uno se pueda imaginar. Y mientras miraban aquel cielo estrellado, aquel hombre le agradeció al niño por tan maravilloso

día, que nunca se había divertido tanto en su vida. Como forma de agradecimiento, le dio otra de las gemas que él estaba buscando. Al final cayeron dormidos y felices por saber que ahora tenían un amigo.

A la mañana siguiente, ambos amigos siguieron su camino, buscando en distintos lugares y preguntándoles a las criaturas del bosque si no habían visto algo parecido a una piedra preciosa, mientras viajaban en cómodas nubes. En una de sus búsquedas llegaron a un valle con muchos arbustos y árboles con ricas y jugosas bayas de muchos colores y sabores; y más adelante había un lago que brillaba muy lindo con la luz del sol. De ahí se asomó una sirena con una hermosa cola de colores morado y azul, como la de un pez beta grande y elegante.

Mientras aquellos dos amigos disfrutaban de los ricos frutos que crecían en el bosque, aquella sirena sólo se dedicaba a examinarlos con la mirada y ver cada detalle de su complexión. Ambos amigos, al tener la sensación de estar siendo observados, vieron en dirección hacia el lago, viendo inevitablemente a aquella sirena que los estudiaba con la mirada, provocando que se ella asustara y se sumergiera dentro del agua otra vez.

Ambos se acercaron de prisa para ver si la podían ver una vez mas y averiguar si la podían ayudar en algo. Estuvieron un rato tratando de encontrar a aquella sirena, hasta que repentinamente saltó del agua, salpicando al hombre de nubes y al niño. Cuando finalmente la pudieron ver, lo primero que preguntaron fue si necesitaban ayuda, a lo que ella respondió que sí había



algo que podían hacer por ella: hace tiempo que ella quería disfrutar de esas deliciosas bayas, pero ella no podía salir del agua y no había nadie cercano que la pudiera ayudar a alcanzar los arbustos o los árboles. Sin que la chica tuviera que decir otra palabra mas, rápidamente fueron a recolectar en una canasta las mejores bayas que encontraron, las más brillantes y jugosas, y se las llevaron. La sirena, muy agradecida, decidió compartir de sus bayas con aquellos chicos, haciendo en el proceso una nueva amiga y, como muestra de gratitud, ésta le dio al niño una gema que hace tiempo había caído al lago.

Siguieron su camino, no sin antes invitar a la joven sirena a acompañarlos en su aventura y arreglárselas para poder transportarla cómodamente. El hombre nube absorbió un poco de agua del lago y puso adentro a la sirena; al estar cómoda, partió en una aventura con sus nuevos amigos, riendo, cantando, jugando y hablando para conocerse entre sí. Comenzó a caer la noche, dando fin a otro día lleno de diversión y con una nueva amiga en el grupo; todos se quedaron contemplando la luna, tan brillante y blanca con la forma de un conejito dentro de ella. Mientras, el niño sólo pensaba en sus padres y que al paso que iba los vería de nuevo y todo volvería a la normalidad conviviendo con sus nuevos amigos.

Unas horas después se levantaron para seguir con su viaje. Al caminar por unas horas sin encontrar nada, encontraron en el pasto un polvo brillante de muchos colores vivos y que si lo aspiraban olía a su comida favorita en todo el mundo y si lo comían obtenían el sabor de tu golosina

favorita. Unos pasos más adelante encontraron a un grupo de haditas que estaban pasando un rato divertido, jugando y dejando su polvo mágico por todas partes y, al percatarse de la presencia de la sirena, el hombre nube y el niño, amablemente los invitaron a jugar. Y así fue: jugaron por horas y, cuando llegó el momento de seguir con su camino, las haditas los acompañaron, haciendo de su camino algo mucho más divertido y agradable.

Mientras todos estaban felices en su viaje, buscando las gemas restantes, las cosas en los pueblos no mejoraba, sólo empeoraba con cada segundo que pasaba: los adultos ya no se hacían cargo de los niños; la mayoría de los habitantes estaba enferma. Todos los niños y jóvenes estaban sufriendo porque ahora no se les permitían las cosas que necesitaban para tener una vida estable y sana; los gobernantes de los pueblos aún no sabían qué hacer o a quién llamar para que los ayudara a resolver ese grave problema. Sabían que aquel niño se había ido, pero nadie confiaba en que pudiera hacer un trabajo como ése, ni siquiera tenían esperanzas de que volviera.

Incluso pensaron que se había perdido en medio del bosque, pero sus padres no hicieron caso; sabían que su hijo era fuerte y que era capaz de hacer cualquier cosa si se lo proponía; ellos tenían toda su confianza en él, tenían fe de que volvería sano y salvo a casa, victorioso, con las gemas en mano, para demostrarle a la gente que sí podía.

Mientras los viajeros se divertían con las haditas y cantaban canciones lindas, escucharon a lo lejos como si alguien estuviera talando árboles, así que por curiosidad siguieron el sonido y llegaron hasta



donde estaba un minotauro, que estaba recolectando en una pila de cosas mucha madera, sogas, hojas grandes de arboles, y piedra.

Cuando se dio cuenta de su presencia, los saludo y les pidió ayuda: "Buen día, viajeros, ¿serian tan amables de ayudarme a construir mi casa en este gran árbol?". A lo que el niño amablemente respondió: "¡Será un placer ayudarle con su casa, señor! ¿Qué necesita para construirla?". El minotauro les dijo que con los materiales que tenia no alcanzaba para construir su casa, así que todos se pusieron manos a la obra: la sirena buscaba las sogas, el niño buscaba hojas grandes, el hombre nube buscaba la piedra y el minotauro seguía buscando la madera que faltaba. Cuando todo estaba listo, la sirena y el niño, junto con las haditas y su polvo brillante, estaban haciendo un techo hermoso para la casa, mientras que el hombre nube y el minotauro hacían las paredes y el piso con la madera y la piedra. Ésa seria sin dudas una casa del árbol casi indestructible. Seria súper resistente y muy hermosa.

Después de unas cuantas horas de arduo trabajo, la casa que el minotauro había soñado ahora era real, así que, en agradecimiento por la ayuda que le brindaron para construir la casa de sus sueños, hicieron una fiesta y, al terminar, el minotauro le dio una gema al niño diciendo: "Gracias por ayudarme a construir esta hermosa casa. Vuelvan cuando quieran, mi casa es su casa, ésta es una armadura y quisiera que la conservaras". El niño le agradeció y, al guardar la gema en su bolsa, vio que sólo faltaban dos gemas para poder regresar orgulloso a su casa y abrazar a sus padres.

Los viajeros y amigos del niño estaban felices porque eran un gran equipo. Se llevaban muy bien y todo mejoró aun mas cuando llegó de entre los arbustos el ogro que había sido ayudado por el niño al inicio de su viaje. Muy alegres, todos invitaron a aquel ogro a unirse a su viaje, y gustoso aceptó, por lo que ahora era uno más en su grupo de amigos. Siguieron caminando y caminando, cuando de repente escucharon como alguien, desde el fondo del bosque, tiraba piedras, así que se asomaron y vieron a otro niño. Pero éste no era un niño como otros; literalmente era un chico de lava y estaba triste porque no podía salir de esa zona de piedra porque todo lo que tocaba lo convertía en cenizas.

Trataron de ayudar al chico de lava: lo trataron de transportar de la misma forma que a la sirena, pero éste sólo atravesaba las nubes; el ogro le hizo unos zapatos y unos guantes, pero en cuanto se los puso se quemaron por completo; hasta que el niño recordó la armadura que el minotauro le había dado, y el chico de lava era del tamaño perfecto para que le quedara, así que se la pusieron con cuidado y, una vez listo, salió lentamente de esa zona rocosa. Mientras caminaba pasito a pasito, se estaba dando cuenta de que estaba funcionando y comenzó a brincar de alegría, así que abrazo a todos y después de disfrutar de la vista, de las flores, y de poder tocar todo sin quemar ni dañar nada todos se fueron a divertir y pasar un rato increíble.

Jugaron, rieron, cantaron, bailaron y demás cosas, hasta que llegó la noche y todos fueron a dormir. Pero antes, el chico de lava habló con el



niño y con todo el corazón le agradeció el haberle dado la oportunidad de poder explorar el mundo y de aprender más cosas de él, así que a cambio le dio una de las dos últimas gemas que le faltaban. Le dijo donde podría estar la última gema para que pudiera volver a su casa y demostrar lo valiente y generoso que es al ayudar a los demás.

En la mañana los guio a un castillo enorme y elegante, pero había algo que no estaba bien, y era que se veía extrañamente abandonado y tenebroso. Todos, con un poco de miedo se fueron acercando a las puertas y, cuando estuvieron lo suficientemente cerca, las puertas se abrieron de manera inmediata. Pero no había nadie, siguieron avanzando y poco a poco se les fue quitando el miedo y revisaron cada habitación que encontraron, hasta que llegaron a un salón muy grande repleto de joyas y muchos lujos. En el centro de este había un gran trono donde estaban sentadas dos gemelas siamesas de cabellos negros con un vestido de color morado y encaje blanco, ambas estaban llorando.

Todos con cuidado se acercaron y les dijeron que por qué estaban tan tristes, a lo que las dos les contestaron: “Nosotras éramos parte de un acto de circo. Por años nos obligaron a hacer muchas cosas, así que el día que huimos llegamos a este castillo; pedimos ayuda, pero todos se asustaban al ver nuestra apariencia así que inmediatamente abandonaron el castillo, abandonando sus pertenencias. Desde entonces nadie ha vuelto a este lugar, así que tratamos hacer de éste un hogar, pero nos sentimos tan solas aun sabiendo que estamos unidas”. Al oír esa triste historia,

todos pensaron lo mismo y les dijeron a las gemelas siamesas que podían acompañarlos y no dejarlas solas nunca, incluso que podrían ser como una familia. Al oír eso, ambas se miraron, y se sonrieron mutuamente para luego abrazar a todos con alegría y con lagrimas en los ojos. Las dos dijeron al unísono un leve “gracias” y que ahora se sentía como un verdadero hogar.

Como ya se lo han de imaginar, las gemelas siamesas regresaron al trono y de la punta de éste retiraron una gema, y se la dieron al niño, agradeciéndole por haberles dado la oportunidad de tener una familia que las quiera tal y como son, y que las apoyen incondicionalmente. Finalmente, al tener todas las gemas sanas y salvas, podía regresar a su pueblo acompañado de sus nuevos amigos y ahora nuevos miembros de su familia, una familia que iba a querer con todo el corazón. Todos regresaron por donde llegaron, desde el castillo hasta la casa del minotauro, y de ahí hasta el lugar donde conoció al ogro y al mago.

Una vez en la entrada del bosque, donde justamente se podían ver los pueblos y a los niños sufriendo y jóvenes también, todos entraron y se dirigieron a donde estaban los gobernantes. Al igual que los habitantes del pueblo, los gobernantes los miraron asombrados y sin poder creer lo que estaban viendo. No podían creer que el niño lo hubiera logrado, no podían creer nada. Cuando reaccionaron, dijeron: “nos sorprende que hayas vuelto y con las gemas, pero no entiendo cómo es posible que hayas traído a semejantes monstruos y poner en peligro a el pueblo”. A lo que el niño dijo: “ellos no son monstruos, ellos son mis



amigos. Son parte de mi familia, ellos son los únicos que me aceptaron como soy al igual que yo acepté como son ellos". Terminó de decir para luego unirse con todos sus amigos en un gran abrazo lleno de cariño. Las gemas regresaron a su lugar. Pero esa peculiar familia dio origen a una nueva gema: ellos se tienen tanto afecto entre sí que no les importan sus defectos ni sus diferencias, y el derecho al que han dado origen es al de tener una convivencia sana; donde nadie tenga que ser separado de nadie ni donde tengan que decirte con quién estar y con quién no. Al juntarse ahora siete gemas, los colores ya no importaban. Y ahora todos eran como todos: todos eran de colores, todos olvidaron sus diferencias, y esos seis pueblos se convirtieron en uno solo, donde ahora los niños son sanos, tienen una buena educación, y una buena alimentación, una familia, una casa, y una vida feliz como la que vivió la familia del héroe de esta historia.



Menciones honoríficas de la tercera categoría

(De 15 a 17 años)



¿Y qué ganas tú?

Illariq Aimeé Peña Poblano

No puedo evitar emocionarme al escuchar que mis padres le dicen a mi hermanita las palabras mágicas, aquéllas con las que cualquier niño pequeño fantasea cada fin de semana: “¿Quién quiere ir al parque?”.

Hace varios años que yo no me subo a la resbaladilla o me trepo en el pasamanos (especialmente porque mi cabeza siempre terminaba estampándose en cada juego, como si mi cerebro fuera un metal que el imán llamado *golpe* siempre quería atraer), pero me hace muchísima ilusión ver a mi hermana pequeña, Leah, subirse por primera vez a aquellas estructuras; verla disfrutar con cada desliz en el tobogán, escucharla hablarnos a mis padres y a mí cuando nos pregunte si la podemos trepar a la punta de los juegos (y, claro, no podremos decirle que no a esos ojitos de bebé, éstos que siempre nos gasta) y ver cómo disimula su mareo en los columpios.

¿O soy el único extraño al que le revuelve el estómago el vaivén de los columpios?

Bueno, como sea. Muero por ver a mi hermanita disfrutar de los juegos con los que yo pasaba mis sábados y domingos, divirtiéndome como loco, gozando de ellos como si fuera un mundo aparte, un universo alejado de los adultos, de la escuela y de la preocupación, un lugar donde puedes disfrutar trepándote como chango a cualquier pieza metálica que te encuentres.

Si tengo que escoger un lugar que haya marcado mi infancia, ése sería el parque de mi colonia, el cual, me duele

decir, no he visitado desde que tenía 10 años. No es que quede a una lejanía enorme de mi casa; es más, nos hacemos quince minutos a lo mucho, si vamos caminando. Lo que pasa es que... ya estoy demasiado grande para él, es demasiada la tentación de subirse a los juegos y no soporto pasar junto a aquel lugar sin sentir el deseo, la emoción de perder el tiempo en ellos. Pero no sirve de nada tentarse con algo que no está al alcance. Por eso evitaba ese parque a toda costa.

O así era hasta hoy, sábado, que iremos por primera vez con Leah. Me dolerá mucho no poder jugar ahí, lo sé, pero si se sufre para hacer feliz a alguien que amas, el dolor es soportable.

Mis padres, mi hermanita y yo salimos de casa y nos dirigimos al parque. Leah viene dando saltitos y hablando como el periquito que es. No la culpo: es difícil ocultar la emoción cuando se es pequeño: tiene dos años, sigue reforzando su agilidad con las piernas y su boca aún se encariña con cada palabra que aprende (¿saben lo difícil que a veces me resulta el tener que callarme las groserías, para que ella no las aprenda?).

Durante todo el camino vengo fantaseando con aquel lugar, preguntándome qué tanto ha cambiado desde mi última visita y, ¿para qué mentir?, recordando las mil y una aventuras que tuve, las mil y una amistades de un día que hice y los mil y un raspones que arañaron mi piel por andar de descuidado. Si tengo que ser sincero, no sé quién viene más hiperactivo, si Leah o yo.

Llegamos finalmente al parque y mis padres se quedan con cara de “¿Qué rayos pasó aquí?”, mueca que seguramente tengo yo en este momento. Porque, de verdad, ¿qué pasó aquí? ¡Este lugar no se parece en nada a mis recuerdos! Sigue rodeado de árboles y arbustos, sí, pero la tierra está llenísima de basura. Los juegos tienen la pintura descarapelada y las pocas partes que se salvaron de los estragos del tiempo, tienen la huella del vandalismo marcada con aerosol, en forma de palabras altisonantes.

Sacudo la cabeza. Tal vez la niñez y las ganas de divertirme te hagan pasar por alto este tipo de pequeñeces. Sí, seguramente es eso. Intento convencerme de que es así.

—Vamos, Leah —me atrevo a romper el silencio, mientras agarro la manita de mi hermanita. —Busquemos el primer juego al que vas a subirte.

Entramos, a pasito lento, al parque (ella aún no termina de confiar en sus piernas). Mientras avanzamos, siento escalofríos. No importa qué tan despistado era de pequeño, no puedo haber pasado por alto tantos detalles desagradables de este lugar, empezando por varios juegos rotos, destrozados por el tiempo, el descuido y alguno que otro maldoso que no sabe apreciar lo que se tiene.

A pesar de eso, intento encontrar un juego, uno en el que pueda jugar mi hermana. ¿El sube y baja? No, está zafado y temo que, si esta cosa se va por el caño, mi poco aguante físico no pueda salvarla. ¿Los columpios? ¡Ni siquiera están todos conectados! Incluso uno está hecho un nudo, dejándolo a más de metro y medio del suelo. De momento, el único que parece fiable es la resbaladilla, así que animo a Leah a que se dé un buen desliz en ella. La pequeña me mira con desconfianza, pero aun así se trepa por las escaleras.

Bueno, al menos podrá conocer la adicción que provoca el descender por aquel tubo, la adrenalina que te confiere el acelerar, el miedo que sientes en la garganta cuando intentas bajar con un estilo distinto (acostado, panza arriba, sentado de espaldas), la...

—Eh, ¿Alex? —dice Leah en un hilo de voz. Se encuentra arriba de las escaleras, a sólo un puente de distancia del tobogán.

—¿Qué pasó, *cosucha*? —le digo en modo cariñoso.

—No puedo bajar —gime con miedo.

—Mira, si te da miedo la altura, no te preocupes, es normal la primera vez. Si te hace sentir mejor, subo contigo y bajamos juntos —digo esto último con un cosquilleo de emoción en el estómago.

—No es por eso, Alex. Alguien duerme al pie de la resbaladilla.

Confundido, me asomo al interior del tubo. Tengo que taparme la boca para no soltar un grito de sorpresa. ¡De verdad hay un hombre durmiendo aquí! Es un indigente, desparramado en la resbaladilla, con ropa realmente sucia, barba de quién sabe cuántos días y una botella de vino barato en la mano.

Voy directamente a las escaleras y le ofrezco mi espalda a Leah, dándole una bajada más rápida y menos traumática. Ella se trepa en mí, como si fuera un koala, y le doy la única diversión que se pudo conseguir en ese lugar.

Nos reunimos con mamá y papá, y nos vamos de regreso a la casa. Me llevo a Leah de caballito todo el camino. Ésa es mi versión de disculpas por haberla ilusionado por un lugar que, ciertamente, no estaba a la altura de mis recuerdos.

Tal vez no pueda arreglar todo el desbarajuste que se ha creado en el parque, pero puedo intentar revivir lo salvable, regresarle el alma a aquel lugar. Ése que varias veces me había regresado a la vida después de algún pleito con algún compañero de la escuela o por una caída de las escaleras. Aquel lugar había estado conmigo en los peores momentos de mi niñez. Yo tengo que regresarle el favor.

Le digo a mis padres que saldré con Elena, pero en realidad voy al parque nuevamente, esperando que no se encuentre peor que ayer. Traigo un par de bolsas de plástico y unos guantes de látex; voy dispuesto a limpiar lo mejor posible el área. Sólo espero que mi equipo no sea demasiado escueto como para no poder lograr mi objetivo.

Empiezo a limpiar lo más difícil y desagradable que encuentro: excrementos perrunos. Apenas comienzo y lamento no haberme traído un cubrebocas, pero al mal paso, darle prisa...

¡Argh, en serio, esto es repugnante! ¡Y argh, esto no puede ser de un perro! ¡Por favor, indigentes! ¡Este lugar es un parque, no un baño público!

Cuando termino con los residuos fecales (ya sean de humanos o de animales), comienzo con los materiales peligrosos: pedazos de vidrio. No miento al decir que son los

que más encuentro; lo peor de todo es que, a pesar de que varios son lo suficientemente grandes como para tomarlos (en serio, hay una botella casi entera, excepto por el fondo, que es lo peligroso, ya que lo astillado puede fácilmente encajarse en la piel de alguien), la mayoría son pedazos milimétricos, tan visibles como un insecto hoja en un árbol. Recojo todos los que puedo, esperando que nadie se corte con los que no he logrado levantar.

Ahora, sigo con los residuos peligrosos para el ambiente: botellas de plástico, envolturas de papas, latas de cerveza y de pegamento y, lo segundo que más encuentro, colillas de cigarro. Hacer esto me hace preguntarme qué es lo que los adultos quieren enseñarles a sus hijos. Digo, ¿esto es un parque público, lugar donde juegan los pequeños! ¿Quieren que los adultos del futuro terminen siendo tan puercos como los actuales? Y no, no me respondan, no quiero saber su respuesta: yo mismo la acabo de encontrar en este preciso momento, al ver las mega bolsas de basura amontonadas junto a los botes.

Bueno, el parque ha quedado lo más limpio que puede estar (y creo que apesto más de lo que he apeestado durante toda mi vida; ¡ni después de educación física he quedado tan repugnante!). Sólo me queda encargarme de algo: el borracho de ayer. Tal vez ya sea muy tarde como para traer ahorita a Leah a jugar, pero quisiera que la siguiente vez, seguramente el próximo fin de semana, ella pueda conocer, por lo menos, la experiencia de la resbaladilla, así que me quiero asegurar de que a la próxima no haya impedimentos para ella. ¿Cómo le haré? No sé. Pero en la escuela no dejan la perorata de “Con el diálogo se arregla todo”, por lo que puede que tenga razón. No pierdo nada con intentar.

Llego a la resbaladilla, donde no me cuesta nada verlo: se encuentra en la parte más alta, en la base, dándole una buena calada a un cigarrillo del todo blanco. No dudo que sea de marihuana.

Me aclaro la garganta y digo con voz temblorosa:

—Disculpe, señor indigente —me encojo de hombros, esperando que no se ofenda con la palabra *indigente*.

El marihuano me voltea a ver y suelta algo de humo por su boca. Al instante, me llega el olor que se percibe de vez en cuando en la prepa: el aroma a droga.

—¿Qué quieres, hijo? —masculla el hombre. Se acuesta y baja por la resbaladilla, cayendo de sentón en la tierra, a menos de medio metro de mí.

Ahora, teniéndolo de frente y a menor distancia de por medio, siento el olor de la marihuana, el alcohol, sudor y orina; y éstos son solamente los que llego a reconocer. Se me retuerce el estómago, pero no sé si la razón es el asco o los recién reforzados nervios.

—Este... ¿No tiene un mejor lugar adónde ir? —pregunto, obligándome a respirar por la boca —Digo, éste no es el sitio más cómodo del mundo y... pues... no sé... Esto es un parque...

El humo que me lanza en la cara hace que olvide a dónde quería llegar con esto.

—¿A ti qué te importa? Ve a meterte en tus asuntos —comienza a desabrocharse la bragueta del pantalón, señal suficiente para que yo salga corriendo del parque.

No tengo la mejor complexión física, pero sí la agilidad suficiente para ganar gran ventaja en poco tiempo (además, yo no vengo ebrio ni pacheco). Cuando pierdo de vista el parque, me regreso a paso lento a mi casa. Perdí media tarde limpiando para nada. ¡Ni siquiera va a durar limpio! Aseguro que, para mañana, ya va a estar sucio nuevamente y quizá el indigente me va a dejar otro *regalito* para que lo limpie. Tres horas desperdiciadas... Lo único que me consuela es que, tal vez, una pareja de novios aprecie mi arduo trabajo y se pongan a fajotear en el recién limpiado parque, a la oscuridad que comienza a brindar la noche. Vaya consuelo.

Llego a la casa y evito encontrarme con mis padres y con Leah. Me meto directamente al baño y me ducho lo mejor que puedo, sin importarme que el agua parezca importada del Polo Norte: necesito quitarme todo rastro de mi buena obra a toda costa, incluyendo el repugnante olor que ha de emanar de mí.

El lunes llego cabizbajo a la prepa. Me cuesta entenderle a las matemáticas, la clase de Literatura se me hace eterna y hasta casi me quedo dormido en Historia. No puedo concentrarme en nada, sólo en lo enojado que estoy con la humanidad. ¿Es mucho pedir respeto hacia los lugares públicos? ¿Acaso sería un milagro que un parque pudiera sobrevivir bien? ¿Es demasiado esfuerzo tratar de la debida manera los recursos con los que contamos? En verdad, ¿es mucho pedir!?

—¿Te encuentras bien, Alex? —dicen, interrumpiendo mis pensamientos.

Subo la mirada y me encuentro con la suya. Elena Villanueva, la chica más linda, más lista, más amable y más hermosa del salón; quien, para mi suerte, también es mi novia. Sonríó apenas digiero su presencia.

—Hola, Ele. Sí, estoy bien, sólo... algo molesto.

Comienzo a contarle mi desventura, comenzando en la emoción que sentía por Leah el sábado y terminando con la persecución del borracho. Prefiero omitir la parte en la que el hombre acercó su mano al pantalón.

—¿Y ya fuiste a poner una queja a la delegación? —me pregunta.

—¿Acaso ellos harán algo? —respondo, realmente dudando en esa clase de autoridad, de lo que ellos pudieran hacer (o querer hacer) por mi caso.

Elena simplemente se encoge de hombros.

—No perdemos nada con intentarlo, ¿o sí? —me da un suave beso en el cachete—. Tal vez sólo la esperanza, pero fuera de eso, nada.

Elena me acompaña a la delegación, donde, tras deshacerme del nudo en la garganta, expreso todo mi descontento sobre el parque de mi colonia, todo lo que me enoja y las razones por las que deberíamos hacer algo, incluyendo a una pequeña ANÓNIMA, de dos años, que ansiaba conocer la emoción, esa que puede traerte una tarde de juegos en aquel paraíso, el que ahora parece un parque de diversiones abandonado de película de terror.

Cuando termino de explayarme en el departamento de quejas, la señorita que nos atiende me dice que po-

drían arreglar las instalaciones, poner más botes de basura y, tal vez, hacer que el marihuano de la resbaladilla se vaya a un refugio, pero que les haría falta dinero. Le propongo hacer una colecta, ya sea trabajando, haciendo servicios comunitarios, incluso vender boletos de rifa, algo que esté a mi alcance, para ganar dinero. Luego me dice la cifra aproximada necesaria y siento que el suelo se mueve debajo de mis pies. Es realmente mucho dinero, mi Prepa Sí es, a lo mucho, una décima parte, y eso siendo optimistas. Sin embargo, acepto el reto, por mi hermanita y por el parque.

Estoy consciente de que llegar a semejante cifra es realmente un reto, por lo que, al llegar a la escuela el martes, en el salón, les cuento a mis amigos sobre la colecta, sobre el dinero, sobre el parque, y les pido que me ayuden: en primera, a saber cómo conseguir el presupuesto y, en segunda, a ejecutar la idea que salga ganadora. Sin embargo, las respuestas no son las que me esperaba.

—¿Un parque? ¿En serio? —dice Mario entre carcajadas.

—No me digas que sigues subiéndote a esas cosas, Alex —lo secunda Beto.

—No, pero haríamos un bien a los niños que sí. Los ayudaríamos a tener un lugar en el cual reunirse, jugar, pasar sus ratos libres, relajarse.

—Vamos, Alex, no puedes decirlo en serio —dice Fred.

—¿Qué te darán a cambio?

—¿Perdón? —no logro sintetizar su pregunta. ¿Un parque, tal vez?

—Pues eso, Alex —sigue Beto. —¿Y qué ganas tú? Por favor, uno no hace ese tipo de caridades por nada. ¿Qué te darán, si llegas a esa cifra?

—Pues... —empiezo, pero me interrumpe Mario:

—Seguramente ni siquiera es para eso el dinero.

Y es por este tipo de cosas que a veces no tolero a la humanidad. Los dejo reírse y me voy a sentar a mi respectivo lugar, lejos de todos. ¿En serio es tan difícil de creer que alguien quiera hacer algo desinteresadamente? ¿Uno no puede ayudar a los demás, sin ser beneficiado? ¿No es

suficiente beneficio el cosquilleo en el estómago de saber que has ayudado al prójimo?

Apenas llega Elena, la pongo al corriente con mi intento de llamar a las masas, a los que consideraba mis amigos.

—Bueno... —dice estirándose, pasando *discretamente* su brazo por mi espalda—. Entonces sólo estamos tú y yo en esta causa, ¿verdad?

—¿Por qué sigues apoyándome? Tú no ganas nada a cambio... —digo, sin saber realmente si quiero conocer la respuesta. ¿Y si ella sí espera una recompensa después de esto? Digo, es poco probable, pero tampoco me esperaba que mis amigos fueran tan crueles con su respuesta...

—Porque a ti te importa esta causa. Si a ti te importa, a mí también. Y, además, si hay un parque cerca, podré llevar a mis dos hermanos menores ahí y separarlos por un rato del Nintendo. Sería un bono extra.

Le di un tierno beso en la frente. Por favor, quédense con las personas que estén con ustedes por quienes son, no por los beneficios que puedan traerles. Esas son las que valen la pena.

—Ahora sólo necesitamos saber cómo conseguiremos el dinero —digo.

—¿Y si vendemos trufas de galleta Oreo?

Instantáneamente, me gruñe el estómago.

—Sería una buena idea, si no fuera por dos razones: en primera, ya hay muchachos vendiendo de esas en la escuela.

—Por favor, Alex, ellos no son dueños de la marca ni de las trufas. Podemos hacerles la competencia.

—Pero, en segunda, yo soy altamente adicto a esas trufas. De verdad, no soy capaz de cuidar de esas exquisiteces sin terminarme la mercancía.

—Entonces... entonces... entonces podríamos... ¡lo tengo!

Y vaya que Elena tiene buenas ideas, tanto de productos como de la forma de venderlos. Al día siguiente nos ponemos en marcha: hacemos un gran número de paletas de hielo, las llevamos en unas hieleras de mediano tamaño y

las vendemos en la prepa. Durante nuestras horas de clase, sólo las vendemos a nuestros compañeros, pero después, cuando empieza el turno vespertino, las vendemos afuerita de canchas, aprovechando los clientes que salen de educación física y a los acalorados cercanos (después de todo, es verano, y hace un calor como para derretir Neptuno). Y nos va bien. Nos va realmente bien.

Al hacer el conteo de nuestro primer día en la contienda, Elena y yo nos sorprendemos al descubrir que llegamos, mínimo, a recaudar una veinteava parte hoy. ¡En un día! ¡UN DÍA! Digo, ¡wow!

—Si seguimos así, terminaremos en menos de un mes —dice Ele mientras vamos en el micro, de camino nuestras casas.

—Espero que nos mantengamos a este ritmo... Aunque ambos sabemos que eso no depende de nosotros, sino de los que nos comprenden.

—Tú disfruta el momento —toma mi mano y la aprieta cariñosamente. —Hoy nos fue de maravilla.

Sin embargo, termino por no hacerle caso a Elena y, por alguna rara razón, me enoja y saco mi lado negativo.

—El gobierno tiene dinero para los transportes, ¿no? —digo. —¿Por qué no tienen el dinero para mantener los parques, para restaurarlos cada poco tiempo, para asegurarse de que no los dañen o los usen de vivienda? Digo, siempre andan diciendo que los niños son primero, que hay que ver por ellos antes que nadie y todo ese rollo. ¿Por qué no lo demuestran? Digo, ¡los parques son un espacio para ellos, para su disfrute! ¿Por qué no los cuidan? En serio... No puedo olvidar la expresión de miedo en los ojos de Leah al encontrarse con ese lugar...

Aunque suene extraño, logro respirar mejor después de eso. Tal vez necesitaba realmente desahogarme y yo no me había dado cuenta hasta ahora.

—El gobierno dice lo que la gente debería hacer, pero no controla del todo a la gente —susurra Elena en mi oído, tan calmada como si fuera un ángel. —Si fuera así, no asaltarían a cada rato. Y como no controla a la gente, tampoco controla el dinero. No tiene un burro que le haga dinero

cada que lo necesita. Es gente común, que intenta hacer del mundo un lugar mejor.

Intento creerle, pero una parte de mí dice. —Hacen el mundo un lugar mejor, sí, pero sólo cuando ganan algo.

Y como predije, las cosas no dependen de nosotros, sino de nuestros clientes. Nuestras ventas son una loca montaña rusa: un día vendemos mucho; otro día, nada; algunos, tenemos que comernos una paleta cada uno para no insolarnos. Para cuando termina el mes, sólo llegamos a obtener como dos terceras partes, incluyendo lo que Elena y yo tenemos de nuestro Prepa Sí. Y la verdad, mi tolerancia a este empleo está llegando a su límite: tengo que desvelarme demasiado para poder hacer mis tareas y mantener mis calificaciones, cada día me cuesta más trabajo no dormirme a media clase y estoy empezando a empalagarme de traer siempre conmigo el olor dulce de las paletas.

—¡No podemos rendirnos ahora, Alex! —me dice Elena cuando se lo digo, cuando estamos alistándonos para irnos de la escuela. —Ya estamos muy cerca de nuestra meta. Sólo hay que aguantar un poco más.

—Sé que nos falta poco, pero me cuesta mucho no colapsarme. En serio, hoy sentí que me desmayaría de camino a nuestra clase de matemáticas. Aún deseo ayuda para el parque; quisiera aportar a la colonia un lugar recreativo para los pequeños, pero necesito un descanso, uno de verdad... Me duele mucho no haber llegado a nuestro objetivo tanto como a ti, pero... no puedo más...

—Aún pueden ayudar —Elena y yo nos volteamos hacia el lugar donde proviene esa voz. Son Mario, Beto y Fred. —No pueden darse por vencidos —dice Beto.

—Tal vez no nos estaríamos rindiendo, si **ALGUIENES** se hubieran dignado a ayudarnos —digo, cortante. Quería callármelo, en serio, pero las palabras salieron vomitadas de mi boca, sin que yo pudiera detenerlas.

—Y eso es lo que hicimos —Fred me da un fajo de billetes.

No sé si es mayor la emoción, que me acelera el corazón, o el miedo, que me impide respirar.

—Tranquilízate, Alex, es dinero legal —dice Mario.
—Mientras ustedes vendían sus paletas, nosotros nos dedicamos a vender *brownies* (sin droga, que conste), receta de la madre de Fred.

Poco a poco voy recuperando la tranquilidad. Después de todo, Fred es un chavo muy sobreprotegido. No lo creo capaz de mentir así sin que se ponga realmente nervioso.

—Cuando vimos que realmente estabas comprometido con ese parque —me cuenta Fred. —Cuando vimos que de verdad te interesaba, pensamos que nosotros, como los amigos tuyos que somos, debíamos echarle una mano.

—Y tenías razón —agrega Mario. —No se siente tan mal ayudar a los demás sin recibir nada de regreso.

—Nosotros fuimos niños y tuvimos un parque donde jugar —añade Fred. —Los niños de ahora, y los de después, agradecerían tener el propio —se encoge de hombros.

Tras las disculpas respectivas que me hacen, los cinco nos vamos a comer una pizza, merecido premio por todo nuestro esfuerzo. Juntando todo el dinero, nos sobra suficiente como para poder atiborrarnos esa noche.

Al día siguiente, todos me acompañan a entregar el dinero a la delegación.

Tardan dos meses, pero finalmente ha quedado reinaugurado el parque por el que hemos trabajado tanto. Está limpio, está reparado, está sin borrachos que den miedo. Está como yo lo recordaba de pequeño.

Cuando llegamos mi familia y yo, me sorprende ver que no somos los primeros en estrenar el lugar: Elena supervisa a dos niños, seguramente sus hermanos, mientras se divierten en el sube y baja. Al verme, ella me sonríe y articula un hermoso “Valió la pena, ¿no crees?”, a lo que yo simplemente asiento y le articulo un “gracias” de corazón.

La mirada de Leah ya no era de miedo, sino de emoción, de felicidad, de la energía que tiene un niño contento.

—Gracias, Alex —me dice, dándome un gran abrazo.

—No hay de qué, pequeña *cosucha* —la tomo en mis brazos y la cargo, esperando que ese abrazo demuestre todo el cariño que le tengo.

—Súbete conmigo.

—Ya no quepo en esos juegos, Leah.

—Cabes en los columpios.

Me negaría si pudiera, pero a esos ojitos de bebé no se les puede decir que no, así que me subo con ella. Mis padres la empujan por un rato, yo tengo que mecarme solo.

No tardo ni tres minutos en sentirme mareado. Leah habla como merolico, pero me es difícil concentrarme en sus palabras y no en las náuseas que comienzo a tener. Sin embargo, hago el esfuerzo de entenderle a su plática sobre Paw Patrol. Y al verla ahora, me doy cuenta de que es su sonrisa, su risa, su mirada de emoción y felicidad, lo que he ganado. Tal vez igual haya ganado la alegría de más niños, pero la que me importa es la de ella, la de mi *cosucha*, la de la pequeñita a la que amo ver crecer. Gané la mejor adquisición imaginable.

También gané un poco de cinetosis, pero eso no importa ahora.



El Niño

Sergio Alejandro Ramos Sandoval

Esta historia toma lugar en un pueblo cualquiera, muy pobre y lleno de corrupción, en el cual habitaba un niño que yo había conocido cuando estaba de viaje buscando nuevas aventuras... pero ése no es el punto. Lo conocí en un orfanato cuando el apenas tenía 10 años de edad, en medio del grandioso Bosque Risas, un bosque que estaba dentro del pueblo. Era solo un niño común y corriente, como todos: alegre, risueño, humilde y demás. Pero si algo lo caracterizaba era su gran *imaginación*. Muchos dirán que eso es normal para un niño de su edad y tienen razón, pero este niño parecía tener más ingenio para esto de la imaginación. En ese entonces me mostraba sus dibujos y no parecían simples dibujos de un niño pequeño, éstos tenían algo en particular que simplemente podrían utilizarse para crear cosas ridículamente fantasiosas y sacadas de un maravilloso cuento de hadas.

Pero en esa época lo que más recuerdo es la historia que me conto acerca de cómo llego al orfanato, ya que este niño común y corriente fue abandonado por sus padres a los 7 años de edad. No contaban con la mejor economía ni nada de lo necesario para criar a un niño y su mejor decisión fue ésa: abandonarlo como si de un animal se tratase. Cuando me contó su triste historia, lo único que hice fue romper en llanto, ya que él era muy inocente para entender lo que había pasado. Sin embargo, a diario lo podías ver feliz y sonriendo, como si nada pasara. Y ésa fue una de las cosas que más me gustaron de ese niño: que a pesar

de todo siempre sabía como alegrarte el día. Y créanme que eso es muy valorado por mí y yo sé que por muchas personas.

Pero regresando a la historia, este niño fue encontrado llorando en una calle cercana al orfanato por la encargada del mismo; ella decidió llevarlo ahí y darle ropa nueva, ya que la suya estaba rota; lo alimentó, lo cuidó y simplemente lo trataba como si fuera su hijo. Pero esperen un momento, el punto de esta historia no es contarles toda la vida de este niño, sino explicarles el por qué decidí escribir un texto completo sobre él, pues ya que conocen algo de su historia, vayamos a lo importante.

Todo comenzó un día cualquiera del mes de junio: el niño despertó y se levantó de su cama como lo hacía a diario. Ya cuando se había parado, se fue a desayunar con los demás niños del orfanato; al bajar las escaleras con los demás, antes de irse al comedor, el niño vio a la encargada del lugar, a la cual le decía “madre”, entrando a su oficina con un señor con traje muy raro y sospechoso. Y ya que no era para nada un tonto, decidió poner su oído en la puerta para escuchar de que hablaban su madre y el señor, y lo único que pudo escuchar de su madre fue —Entonces, ¿me dice que este lugar desaparecerá para crear algo nuevo? —Así es, señorita. Si acepta, ¿este orfanato aburrido se transformara en algo mejor para los niños? —decía al señor. Y la madre de aquel niño sin pensarlo dos veces dijo —Entonces, trato hecho —sin imaginar que estaba cometiendo un error.

Ya después el niño, asustado, sólo salió corriendo a su habitación. En esos momentos, lo único en lo que podía pensar era que se quería ir de ese lugar, ya que no quería estar ahí cuando lo destruyeran. Lo único que hizo fue agarrar una mochila, meter su amado *Cuaderno de Inventos* dentro de él y, por último, ir a la cocina y llevarse suministros. Y así de simple: sólo vio la puerta y salió corriendo instantáneamente hacia ella; pero no vio que ese mismo señor misterioso se dirigía hacia la puerta de igual forma y ambos chocaron, haciendo que el niño se cayera. Y en ese momento todo se quedó en un silencio incomodo.

La peor imagen que podría ver el niño en su vida. Al ver al señor a la cara se dio cuenta de que no era una persona normal: tenía unos ojos negro profundo, parecía que tenía escamas. Eso no era una persona normal. El niño aterrorizado, sin pensarlo, se fue corriendo por la puerta, se adentró a lo más profundo del bosque, y sin mirar hacia atrás. No sabía a donde ir, solo corría y corría, y al final del camino sólo se perdió. Solitario y desconcertado comenzó a llorar, ya que una vez mas estaba abandonado. Al paso de unos minutos, el niño triste y desanimado por primera vez en su vida, empezó a caminar por el bosque y a imaginar qué cosas podía encontrar.

Caminó y caminó por horas y horas, y no encontraba nada interesante: sólo árboles, arbustos, rocas y demás cosas similares. Después de caminar por mucho tiempo, empezó a llover y rápidamente busco refugio, ya que los arboles no lo protegían de la lluvia. En eso, vio un acceso a una cueva; sin pensarlo dos veces, el pobre niño se metió a la cueva y, como su estomago ya estaba rugiendo del hambre, saco de su mochila la comida que empacó. Mientras el niño estaba comiendo, empezó a sacar de la mochila su *Cuaderno de Inventos*, en el cual recordó que había anotado en cómo hacer una fogata con rocas y un microrrefugio para protegerse y pasar los días en él, ya que de antemano sabía que iba a durar varios días, e inclusive meses en el bosque y, sin más que pensar, el niño empezó a recolectar cosas para crear un refugio en la cueva a la cual le había apodado *La Salvadora*, ya que esta misma lo salvó para que no se mojara por la lluvia.

Al poco rato de recolectar rocas, hojas de árboles, ramas, e inclusive uno que otro desecho que trajo la corriente de agua gracias a la lluvia, ya después de tener los materiales, puso manos a la obra y empezó primero con la fogata, ya que para hacer su refugio tenia que tener una estructura solida y dura como piedra. Así que lo que hizo fue con ayuda de una roca empezó a romper más rocas hasta hacerlas polvo; puso ese polvo en una botella vacía, pues se había acabado el agua dentro de ella, junto la roca molida con

mucho barro y tierra mojada, y puso a quemar esa botella en la fogata que había creado, y ésta, al terminar de quemarse, se tornó de un color entre gris y negro oscuro, y se volvió inclusive mas fuerte que una roca.

Ya después eso sólo fue para crear un recipiente para poder repetir el proceso de la roca molida, el barro y la tierra mojada. Luego de repetir este proceso como 50 veces, el niño empezó a construir su refugio con ese mismo material que había creado. Se tardó horas y horas en hacerlo: rocas, tierra, ramas, hojas y el material hecho por el niño dio como resultado una gran morada hecha con materiales naturales y, aunque no fuera la más cómoda y bonita posible, le daba un hogar y un sitio donde protegerse de los peligros exteriores.

Al paso de los días el niño fue sacando de su maravilloso *Cuaderno de Inventos* más cosas por crear para transformar su fea y aburrida cueva en un sitio mas agradable y lleno de cosas interesantes: más rocas, hojas, tierra, ramas y demás cosas naturales fueron necesarias para sus inventos. Todo era felicidad e imaginación total para el niño en su nueva vida en el bosque. Parecía que sabía como disfrutar de la situación en la que se encontraba, aunque al cabo de unos días más llegó el problema más grande: la comida, ya que se había acabado y el niño, aunque tuviera el conocimiento de dónde conseguir más comida y agua, ya que el bosque estaba lleno animales y lagunas, pero él no quería matar animales, ya que eso no se le hacía algo bueno, aunque fuera necesario; aparte, no sabía cómo hacer para esos pobres animales llegaran a su fogata así de sencillo. Y con el tema del agua, sabía que si tomaba de esa agua se enfermaría y le caería mal, así que parecía que el niño había llegado a su triste fin.

Al paso de una semana, aún sin comer ni beber nada, el niño volvió a ponerse mal y con un dolor insoportable por no haberse alimentado en días. Pensó que era su final, pero su mente decía: "No te puedes rendir tan fácilmente", así que no se quedo de brazos cruzados y empezó a romperse la cabeza pensando e imaginando una forma de conseguir

alimento. Horas y horas de pensar fueron necesarias para que el niño por fin tuviera una idea, después de ese tiempo: “Alimentarse de frutas y hojas silvestres”, pero el problema era cómo, pues lo que hizo fue recolectar distintas frutas caídas y distintos tipos de hojas. Su siguiente paso fue hacer algo para poder beber y desinfectar el agua de una manera natural. Y recordó lo que una vez su madre le contó: “Si alguna vez tienes sed, nunca bebas de un lago o de aguas desconocidas, para esto si quieres hacerlo, necesitas piedras, tierra, arena y barro, después eso lo meterás en una botella y al salir el agua de ahí se podrá beber”. Así que no lo pensó dos veces e hizo eso que le dijo su madre: en una botella metió los materiales en distintas posiciones y así, teniendo la esperanza de que funcionara, empezó a llenar esa botella con agua, tal y como le había dicho su madre; se desinfectó, no por completo, pero ya no sabía mal y ahora si el gran niño podía beber agua del lago.

Pero aún tenía el dilema de la comida, así que después de beber lo suficiente para vivir y no llenarse, empezó a moler esas frutas y hojas en el recipiente del material que había creado; después prendió la fogata y empezó a quemar el puré de frutas que había hecho, luego ese puré lo mezcló con agua desinfectada para que tomara una forma más líquida y menos espesa, volvió a quemarlo y sorprendentemente lo logró: había creado su propia comida sin haber matado a ningún ser vivo y, bueno, aunque no fuera lo más delicioso ni lo más rico, lo mantenía bien nutrido y sin hambre.

Y así por varios días, semanas, meses y al término de casi un año viviendo en la naturaleza, este niño se fue adaptando a esa nueva forma de vivir, creando cada vez más cosas en *La Salvadora*: tenía cama, ropa nueva, zapatos nuevos, más diversidad de alimento y demás cosas. Y todo eso gracias a la naturaleza y, en mayor parte, a su imaginación y a su fantástico e increíble *Cuaderno de Inventos*, en el cual seguía cada vez metiendo cada vez más y más ideas que tenía. Hasta que un día, siendo más específico, el día de su cumpleaños, el niño acostado en su cama, aca-

bando de cumplir 11 años de edad, empezó a recordar a su madre, esa señora que lo quería y amaba como su hijo. ¿Cómo fue posible que pudiera hacer tal cosa como vender el orfanato? Su hogar, el lugar donde creció. Inclusive se puso a pensar en por qué sus padres verdaderos padres lo habían abandonado. Porque todo ese tiempo que estuvo en el Orfanato lo único que quería era una familia que lo criara; quería estar con los demás niños en una escuela y poder llevar sus ideas e inventos a algo más grande y maravilloso y no solo que se quedaran en su cabeza.

Pero, más que nada, lo que mas le preocupaba desde que comenzó su nueva vida en el bosque era ese misterioso señor que estaba en el orfanato, ya que el niño recordaba ese día, en el que vio la cara del señor. Simplemente para él no era normal esa cara. Sabía que se trataba de algo, pero decidió mejor olvidarse de una vez de esa cara y ese tipo para siempre; así que sólo decidió levantarse de su cama y, antes de darse la vuelta para salir de *La Salvadora*, se dio cuenta de que la cueva tenía una gran grieta que estaba en lo profundo; se sorprendió mucho, ya que llevaba casi un año en la cueva y jamás se había dado cuenta de que estaba eso ahí. Sin pensarlo, fue a investigar la grieta; al acercarse a ella pensó que sólo era una grieta sin más, pero al tocarla, la pared se hizo cenizas y dejó mucho polvo que al esparcirse dejó ver un mini cuarto secreto.

El niño, sorprendido, sacó un cuchillo de madera que había creado para alguna situación de peligro. Al entrar al cuarto, lo único que podía ver eran dibujos tallados en la pared. Pero se dio cuenta de que no eran simples dibujos, ya que estaban muy bien hechos y no tenían ningún error. Al verlos más de cerca, notó que en uno de los dibujos estaba una especie de lagarto tallado en la pared; aunque lo que lo dejó paralizado totalmente no era eso, sino que parecía tener el mismo rostro lleno de escamas, con ojos totalmente negros, que tenía el señor con traje en el orfanato. Por lo que el niño entendió, la historia tallada en la pared hablaba sobre unas misteriosas especies de reptiles llamadas Mulls, que en una época antes de la humanidad

gobernaban el planeta. Pero debido a que se desataron guerras entre ellos, se terminaron extinguiendo, excepto el líder, gracias a que de una manera desconocida sobrevivió. Ahora busca personas para convertirlas en su especie y así volver a gobernar el planeta Tierra. Pero al parecer esto sólo podía ser posible en luna llena. Eso fue lo único que el niño pudo entender, aunque también vio un símbolo raro donde aparecía el propio monstruo rodeado por unos tipos de palito como causándole dolor o algo así.

Después de salir de ese lugar lleno de jeroglíficos raros, se puso a pensar y a buscar por qué ese señor quisiera el orfanato. Llegó a la conclusión de que, como los niños son más fáciles de persuadir, los convertirá en su especie; aparte recordó las fechas y se dio cuenta que esa misma noche era luna llena. Así que el niño, asustado y preocupado, sin pensarlo, tomó sólo su cuchillo de madera y se salió rápidamente de *La Salvadora*, dejando atrás su preciado *Cuaderno de Inventos*, preocupado, corriendo velozmente hacia el bosque para encontrar una salida. Corrió y corrió, y cada vez se perdía más, pero no podía permitir que ese señor se saliera con la suya. Pasaron los segundos, los minutos, las horas...y no podía hallar una salida del bosque, así que su última opción fue subir a un árbol para buscar el orfanato; escaló rápidamente el árbol mas grande y observó todo. Veía de un lado para otro, no sabía a dónde ir, casi perdía toda su esperanza, hasta que ocurrió un milagro: a lo lejos vio luces y sabía que ahí estaba el orfanato. Puso manos a la obra y corrió lo más rápido posible para llegar a tiempo.

Cada vez que corría, más y más parecía que jamás llegaría, pero no podía fallarle a los niños del orfanato, ya que ellos siempre fueron su única familia y son los que lo apoyaban, así que él no podía dejarlos solos, ya que de eso se trata una familia: la que está contigo en las buenas y en las malas. Y el niño, llorando de la felicidad y aún preocupado, por fin llegó al orfanato y vio que estaba rodeado por policías. Pero no le importo ese detalle y escaló el orfanato hasta llegar a una ventana abierta donde se podía colar y, sin pensarlo, lo hizo. Ya adentro, el niño rápidamente busco

a los demás en sus habitaciones y no encontró a ninguno, hasta que escuchó un ruido muy raro en el salón principal. Bajó corriendo las escaleras y ahí estaba el monstruo aco-rralando a los niños y a su madre. Sin pensarlo dos veces, el niño le aventó el cuchillo de madera que había hecho, pero el monstruo sólo lo miro con ojos de burla, ya que no le había pasado nada. No le importó la presencia del niño y siguió con su trabajo, pero antes de que pudiera morder a alguien, lo único que ese niño común y corriente pudo decir fue "perdónenme", sabiendo que no podía salvar a sus amigos, los demás niños lo escucharon y le contestaron entre todos "No tienes por qué perdonarte, sabes que aun así somos familia y esteremos contigo siempre".

Sorprendentemente el monstruo hizo un ruido de ago-nía, como si lo hubieran lastimado Inmediatamente, el niño recordó el símbolo raro que vio en la cueva y después de analizar las cosas dijo "La Familia... eso es, el amor de fa-milia lo lastima". Y los demás niños escucharon y empeza-ron a mostrar ese amor de familia que tenían, el monstruo gritando de la agonía, sólo pudo decir como última frase "Volveré", y desapareció de la faz de la Tierra. El niño aliviado vio a su familia y sólo se desmayo por tantas cosas que habían pasado.

Ya al día siguiente, despertó con su ropa normal y en su habitación. Instantáneamente pensó que todo fue un sueño, pero al llegar los niños y su madre a su cuarto le dijeron "Gracias por nunca abandonarnos". El niño sólo los vio, lloró de la alegría y los abrazó a todos. Después de ese momento, el niño les empezó a contar a su familia toda su fantástica historia y todo lo que tuvo que pasar, y sólo que-do feliz y aliviado de que ya todo hubiera terminado y que ya estaba sano y salvo en el orfanato. Antes de que todos se fueran a desayunar, el niño recordó que había olvidado su libro en lo más profundo del bosque, pero se despreocu-po porque ya no existía ningún Mull que pudiera atacarlos, porque el único fue el líder. Así que sólo creó un nuevo *Cuaderno de Inventos* y se bajo a desayunar con todos los demás.

Y tal vez muchos hasta este punto se preguntarán cómo es posible que sé tanto de la vida de este niño común y corriente. Pues, bueno, ¿qué puedo decir? Al principio les mentí a todos, pues yo jamás viaje a ningún lugar ni nada de eso... en realidad yo soy el niño y esta fue mi maravillosa y fantástica historia.

Fin

Aunque lo que ni el niño ni nadie se esperaba fue que en realidad el Mull que mataron con el amor de familia no era el líder y que alguien más encontró el *Cuaderno de Inventos*. Se imaginaran que cosa encontró ese cuaderno. Pues la verdad es que... es el líder.

¿Continuara?...

Escribe tu propio cuento

Cuentos de jóvenes para jóvenes. Cuentos ganadores del 11° Concurso Infantil y Juvenil de Cuento se terminó de imprimir el 30 de noviembre de 2017 en Litografía y Empaques Solís, S.A. de C.V., Calle Simón Rojas Mz. 1799 No. L20, Colonia Ampliación Emiliano Zapata, Ixtapaluca, Estado de México. El tiro consta de 1 000 ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché mate de 250 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Ayuthaya, Kepelka New, Menlo y Frutiger.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral de la Ciudad de México desde el 21 de mayo de 2019.

Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines,
Tlalpan, c. p. 14386, Ciudad de México
Teléfono: 54 83 38 00